
Albert Lora

y

Gonzalo de
Reparaz



CHINA

EN

ASCUAS



FUEVAS IDEA

COLECCION NUEVAS IDEAS

**ALBERT LONDRES
Y GONZALO DE REPARAZ**

◆

**CHINA
EN ASCUAS**

EL PELIGRO AMARILLO EN MARCHA

◆

MENTORA
BARCELONA

PRECIO: 4 PTAS.

7A-28 39



CHINA EN ASCUAS

ALBERT LONDRES

CHINA EN ASCUAS

EL PELIGRO AMARILLO EN MARCHA

==== Traducción de ====

Eduardo Toda Valcárcel

==== Extenso epílogo de ====

Gonzalo de Reparaz



EDITORIAL MENTORA, S. A.
Rosellón, 154 — Barcelona

ES PROPIEDAD

Copyright, 1927, by
Editorial Mentora, S. A.

Impreso en España

Printed in Spain

Talleres Gráficos de la S. G. de P., S. A. - Diputación, 211. - Barcelona



HISTORIETA QUE PUEDE SERVIR DE PRÓLOGO

Juan Pedro d' Aigues-Mortes no tenía profesión; era «enviado especial» de periódicos. Desde hacía luengos años recorría la tierra del uno al otro punto cardinal, pudiendo asegurar que la geografía se equivoca al no querer reconocer más que cuatro; está fuera de duda que hay muchos más...

Juan Pedro se había convertido en lo que era, sin premeditación. Un día le habían llamado a un despacho en el que un señor, generalmente adornado del título de redactor en jefe y de la roseta de la Legión de Honor y que había conseguido obtener de la administración algún exiguo crédito «para dar más vida al periódico», le había dicho:

—Buenos días. ¿Tiene usted maletín? ¿Sí? Pues vaya a Constantinopla a ver qué pasa. Marchó; evolucionó tres meses por los Balcanes y regresó.

El redactor en jefe, a quien habían felicitado por la idea, miró al viajero con atónita expresión y dijo:

—¿Qué hace usted aquí? ¡Vuélvase a marchar en seguida!

Y... se volvió a marchar.

Cuando hubo dormido en todas las capitales de Europa, entrevistado a cuatro monarcas y predicho inminentes complicaciones internacionales, no le quedaba ni un céntimo, y como por otra parte su periódico tenía otras pulgas que raspar más importantes que el contestar a sus telegramas desesperados, Juan Pedro cruzó el Occidente en tercera clase y reapareció, visiblemente famélico.

—¿Otra vez usted? — dijo el redactor en jefe. — ¿Se le ha acabado el dinero? No es ésa la opinión del administrador.

—¿Qué opina?

—Que se debe usted de haber comprado lo menos una casa de campo.

—¡Dos!

Se marchó de nuevo; paseó su sombra por los varios Orientes. Hasta que en Fez le hicieron

prisionero y durante toda una interminable noche el yu... yu... yu... de las marroquíes llevó a sus oídos la melopea de su muerte probable.

En el Mar Negro, cuando trataba de comprender la razón de que los turcos, que no valen gran cosa, degollasen periódicamente a los armenios, que tampoco valen mucho más, Juan Pedro atrapó un elegante tifus, en justo castigo a su perversidad, por meterse en lo que no le importaba.

—Vaya usted a Damasco a ver qué hace el Emir Faical.

Fué a Damasco cuando el ir a Damasco no estaba de moda; durante largas noches el Club Arabe discutió lo que políticamente convendría más, si dejar marchar al corresponsal o compadecer, el día siguiente, a grandes voces, al infiel que se había dejado caer sobre el puñal de un fanático.

Un granuja, llamado Hussain, se había bombardeado rey de Hedjaz por dar gusto a Inglaterra. Juan Pedro marchó a Hedjaz, ávido de contemplar al nuevo rey de la Meca.

Pero los ingleses olisquearon a Juan Pedro en el Mar Rojo. Y por si el mundo no lo sabe, que conste ahora: es preferible, para un corresponsal en viaje de curioso, el encontrar en

su camino una tribu de escorpiones que dos gentlemen de la policía inglesa.

Poco después, cuando so color de estudiar el problema egipcio, Juan Pedro estaba en el Cairo caldeándose las costillas al sol de febrero, la Eastern Telegraph Co., que ya le había jugado otras malas pasadas, le trajo un cablegrama refrigerante: «Vaya a Moscou».

Y fué.

Estas idas y venidas habían causado a Juan Pedro una extraña enfermedad: le era imposible contemplar dos días seguidos su propia estampa en el espejo del mismo armario.

De paso por París, la sola vista de su piso le sumía en una indecible melancolía. Vendió sus muebles, rescindió su contrato de alquiler, y para engañarse a sí mismo tomó domicilio en el Hotel Terminus Saint Lazare, desde donde le era dable contemplar, asomado a su ventana, los taxis cargados de equipaje, oyendo, mientras tomaba el baño, la nostálgica llamada del silbato de las locomotoras.

Más tarde, seis meses más tarde, tuvo la revelación de la angustia de los retornos. En general, la gente llora y se acongoja al marchar. Son los falsos viajeros; forman parte de la categoría del desgraciado que necesita una semana para hacer el baúl. ¡Cuando se vuelve es cuando se siente la boca amarga y el corazón oprimido!

Juan Pedro volvía de una tierra ingrata, de América del Sur.

El viajero de marca adquiere rápidamente la costumbre de circular a sus anchas entre millones de individuos que le son y le serán perfectamente desconocidos. Va por entre las muchedumbres sin preocuparse más de ellas que el pez en la inmensidad del mar. ¡Qué asombro, al volver a la patria, oír a los transeuntes hablar en vuestro propio idioma! ¡Son vuestros hermanos! Uno está en familia. Pero pronto se estrecha el horizonte; diríase que las fronteras limitan la visión. El criterio, tan libre en los caminos del mundo, se viste del uniforme nacional. Tenéis la sensación de que una mano invisible os ha plegado las alas.

Aquella noche, en su París reconocido, Juan Pedro iba por los boulevards exteriores. Pasando cerca de la entrada del Metro Pigalle, oyó gritar: L'Intran!, La Presse!, Paris-Soir!

Conocía la voz que hablaba a sus recuerdos. Se volvió. Vió la misma vendedora de periódicos, con los mismos cabellos rubios, en el mismo sitio, gritando las mismas palabras.

Así durante diez y siete meses había deambulado de Suez a Panamá y de la Polar a la Cruz del Sur... ¿para qué?... Para tropezar aquella noche con aquella criatura que no se había movido de su sitio.

Juan Pedro siguió su camino. El hada invisible que guía a los hombres le llevó a un café que de momento no reconoció.

—¡Eh! Buenas noches, señor Aigues-Mortes — le dijeron. — ¿Qué hace por aquí? ¿No estaba usted de viaje?

—He aquí la inevitable frase — se dijo Aigues-Mortes; — la reconozco. Hace diez años que me la están sirviendo. No tengo derecho a circular por mi país natal sin que parezca sospechoso.

—¿Cuándo te vas? — preguntó el amigo.

Compareció el camarero. Era el mismo. Le llamó un cliente. ¡No había cambiado ni de nombre!

—¡Anda! — exclamó el camarero. — ¡Señor Aigues-Mortes! ¿Cuándo se vuelve a marchar?

—¡Adiós! — dijo el hombre errante.

Llegaba a la estación de Saint Lazare cuan-

do en la esquina de la calle Chateaudun le detuvo una mujer. La reconoció. Era la de siempre. Tampoco había cambiado. Diez y siete meses antes, en la misma esquina, le había detenido con las mismas palabras.

—¡Cómo! — le dijo. — ¡Tampoco tú te has muerto?

—¡Que te zurzan! — contestó la sílfide.

Juan Pedro entró en su *Términus*. Ya en la habitación, tiró violentamente el sombrero sobre la maleta.

—¡Ah, Carnaval! — gritó. — ¡Qué idea tan filantrópica! Invitar a sus contemporáneos a cambiar de hocico del día de Reyes al Miércoles de Ceniza!

¡A mi entender es lo más notable de cuanto han hecho los italianos en la Historia!

Al día siguiente por la tarde, pudo verse a Juan Pedro d'Aigues-Mortes, absorto en una de las aceras de la calle Vignon, mirando en el escaparate de las «Mensajerías Marítimas» el mapa del Extremo Oriente y hablando solo.

—*Port - Said, Suez, Djibuti, Colombo... ¡Bien!... — decía. — Penang, Singapur, Saigon... ¡Perfecto!... Haiphong, Hong - Kong, Shanghai, Yokohama... ¡Eso es lo que a mí me conviene!*

Había pasado la noche buscando hacia qué nuevas tierras marchar. Era imperativo, visto que su presencia en Francia daba lugar a escándalo. ¡Los Balcanes? Podrían contarse por kilómetros las líneas que les había dedicado. ¡El bluff bolchevique? Ya estaba cubierto. ¡La Nueva Turquía? Sí y no. ¡España? No era un país de actualidad.

Mandó Europa a paseo.

—*¡Méjico? ¡La guerra de los petroleros? Demasiado inflamable para periódicos de gran circulación. ¡Palestina? ¡El Sionismo? Supondría un sinnúmero de judíos poderosos colgados del teléfono de la redacción en cuanto apareciese el primer artículo. ¡El fraude del alcohol en América? ¡La Avenida del Ron? Se lo habían prohibido. Entonces... ¡qué?... ¡qué quedaba?*

—*¡Y del otro lado del Canal?— se dijo. — La India convulsa, Gandhi... no está mal... ¡China? ¡China y su anarquía?... China, la puesta en la partida a cañonazos que se prepara entre Japón y América. ¡Vaya por la China!*

Y dando un magnífico puntapié a su amada maleta de piel de cerdo:

—¡Regocíjate, vieja — le dijo; — vamos a ponernos en camino!

Al día siguiente por la tarde, como íbamos diciendo, después del monólogo de la 'calle Vignon, Juan Pedro entró en el hall de las «Mensajerías Marítimas».

Unicamente los verdaderos cristianos, los que sienten escalofríos de respeto al pasar bajo el pórtico de un templo, pueden comprender la emoción de Aigues-Mortes cada vez que franquea la entrada de Tomás Cook o de una Compañía cualquiera de navegación.

—¿En qué fecha la primera salida para Shanghai y Yokohama?

—Todo cubierto hasta dentro de cinco meses.

Juan Pedro sonríe. Ignora muchas cosas, pero sabe que un corresponsal encuentra siempre un camarote a bordo. Sabe que no se ha quedado ni se quedará jamás en tierra. Sabe que aunque cayese un rayo cada cinco metros ante sus pasos el día de zarpar, llegaría a tiempo y llegaría incólume a cruzar la pasarela o a utilizar la escala de cuerda.

Pregunta de nuevo:

—¿Cuándo es la salida?

—*El sábado.*

—*¡Adiós!*

Era jueves.

Cogió un taxi.

—*Al «Grand Journal».*

—*Cuando se le ve por aquí, señor Aigues-Mortes — le dijo el muchacho del ascensor, — es que va usted a marchar.*

Entró en el despacho del redactor en jefe:

—*Tengo una idea que no le costará cara. Yo me arreglaré.*

—*¿Dónde?*

—*India, Japón, China.*

—*¿Se las arreglará usted solo?*

—*Al parecer, los diarios de por allá pagan bastante decentemente. Adelánteme algunos billetes. No hará mal negocio.*

—*¿Marcha usted mañana?*

—*Pasado.*

—*Tenga un vale. ¡Hasta la vista!*

—*¡Hasta el año que viene!*

Juan Pedro estaba ya a punto de salir de la habitación.

—*¡Oiga! Pase a ver al administrador. Según tengo entendido, ha caducado su seguro de vida.*

—*¡No tengo tiempo! ¡Adiós!...*

—*Vea al administrador, le repito; después se-*

ría el periódico el pagano. Ya es bastante el tenerle que dar dinero en vida...

Marsella. Juan Pedro estaba a bordo. Evidentemente había encontrado camarote.

—¡Perfecto! — dijo después de estrechar la mano al barman, amigo de otras travesías. — Por lo pronto voy a pasar aquí cuarenta y cinco días que no le deberán nada a nadie.

Y Juan Pedro aspiró la brisa con fruición.

Viajaba como otros fuman opio o toman cocaína. Era su vicio. Tenía la intoxicación de los sleepings y de los trasatlánticos. Y después de muchos años de correr mundo podía afirmar que ni la mirada de una mujer bonita e inteligente por añadidura, ni el atractivo de una caja de caudales, tenían el encanto diabólico que tenía para él un sencillo y rectangular billete de ferrocarril.



ESTE ES EL PAIS

—¡ Reyes, ministros, oficiales, gentes del pueblo, echad pie a tierra!

En Pekín, en el recinto del Palacio de Invierno, de cara a la montaña de carbón de los cinco picos y cinco pagodas en una estela milenaria, en cinco lenguas, mongol, mandchú, chino, turco y tibetano, la vieja China apostrofaba así, altiva, al viandante. A quienes me sigáis en mis andanzas por los oscuros rincones del Celeste Imperio en delicuescencia, hombres de poco u hombres de pro, melancólicos desarrapados o abonados a las rúbricas mundanas, yo, diablo blanco y bárbaro de Occidente, desde el alto *rickshaw* (1) que me traquetea sobre el suelo inmundo y venerado de la China, os grito :

— ¡ Gentes del pueblo, oficiales, ministros, re-

(1) Coche muy ligero de dos ruedas arrastrado por un hombre, al que se llama *coolie-pousse*.

yes, calzaos hasta por cima de la rodilla, armaos de pinzas para evitar contacto con cosa alguna, y adelante!

China, el caos, carcajadas ante los derechos del hombre, violaciones, saqueos, rescates y rapiña. Un móvil: el dinero. Una finalidad: el oro. Una adoración: la riqueza.

Del bandido de segunda clase al más auténtico tirano, una sola idea: encauzar hacia su morada la carretilla cargada de cobre o los vagones atestados de oro. El pueblo es una chinche que los hombres armados aplastan si se atreve a salir de su rendija.

Si queréis rejuvenecer, venid conmigo; vamos a retroceder siete siglos. El territorio entero está en manos de las grandes Compañías. Nos hallamos en la época de Du Guesclin, pero Du Guesclin no comparece.

Veintiuna provincias, veintiún tiranos. El uno vende su parte de la China al Japón, el otro a los americanos. Todo se subasta: ríos, minas, ferrocarriles, templos, palacios, barcos. El país es buena presa para todos. La cuestión es echar-

le mano y abrir la subasta. ¿Quién quiere locomotoras? ¿Quién dijo tantos dólares? ¿Usted? ¿Tokyo? ¡Adjudicado! ¿Para quién serán los tesoros de los emperadores Ming, con el mercado del petróleo de propina? ¿Para América? ¡Adjudicado!

Gabelas, impuestos, contribuciones, todos los recursos son para los generales. Si al regreso de una de sus correrías, bolsillos repletos, se incinerase a uno de ellos, no serían cenizas, sino metal fundido, lo que rendiría. Con sus restos podría fundirse una campana.

—De algún modo han de pagar a sus soldados — me diréis.

—¡Cándidos compatriotas, ya lo creo! Pagan a sus soldados con un día de saqueo cada mes. Cuando, por su fortuna, los chinos saben la fecha de antemano, se precipitan a casa del *tukiun* (esos tiranos se llaman *tukiun*).

—No nos descuartices. Pagaremos los gastos. ¿Cuánto quieres?

Los poblados menos generosos se ven reducidos a la miseria. Las damas, que tienen horror a lo imprevisto en el placer, se tiran a los pozos para escapar al celo desencadenado de la soldadesca. (¡Qué pozos más estrechos! ¡Qué pequeñas deben de ser!)

En el Maomingan, a ochocientos kilómetros de

Pekín, en el centro de la curva del río Amarillo, los bandidos caen sobre Honrato. Raptan a las mujeres; generalmente son mercancía de fácil venta. Las evalúan a peso. A sus ojos, una de ellas vale cien dólares, no porque posea una linda boca en forma de cereza, sino porque el marido es rico. Pero ¡ay! el marido no solamente es rico, es también idiota. Quiero decir que ama tanto su bolsa como su mujer. Va a ver al jefe:

—Soy pobre — le dice. — He aquí todo lo que puedo ofrecerte: cincuenta dólares.

—Bien — dice el jefe, aceptándolos. — No soy intransigente. Acércate.

Abre una puerta. Los rehenes están alineados.

—¿Dónde está tu mujer? ¿Aquella? ¡Perfectamente!

De un sablazo la corta en dos.

—Toma tu parte. Cuando traigas los otros cincuenta dólares te llevarás el resto.

Acullá, en un día de orgía militar, los notables de la ciudad se habían hecho los sordos, enterrando previamente su peculio. La horda tenía que cobrar.

El *tukiun* les había concedido veinticuatro horas de libertad con ese objeto. Los expoliadores invadieron las casas, se apoderaron de los niños y los fueron echando por las ventanas,

a sus camaradas, quienes los recibían en la punta de sus bayonetas. Así dieron pronto con los cuartos.

Esto no es una crónica del tiempo de Marco Polo. Es historia contemporánea.

China ha perdido la cabeza. Para compensarlo, tiene dos cerebros: Pekín al norte, Cantón al sur.

En el sur, un hombre que se llamaba Sun Yat Sen se arrellanó un día en un sillón sobre el que había un letrero que rezaba: «Presidencia de la República». Era Presidente de la República del Sur como yo soy en este momento propietario del Hotel de Pekín, porque ocupó la habitación número 518.

De cinco provincias, tres no le obedecían, y en Cantón, su capital, se había desmandado un tercio de las fuerzas.

Las tres provincias refractarias tienen por rey a un tal Tchaen-Kiong-Ning, que escupe delicadamente en el suelo en señal de mentís cada vez que se le dice que Sun-Yat-Sen fué

su Presidente. Y no va equivocado. Lo demuestro.

El conjunto de vagabundos, ganapanes, desarrapados y otros piojosos que forman los ejércitos del sur suman trescientos cincuenta mil fusiles. De éstos trescientos cincuenta mil caballeros del hampa, el ciudadano que expectora, Tchaen-Kiong-Ning, posee cien mil, y el ciudadano que era Presidente de la República, como yo era propietario del Hotel de Pekín, treinta mil. Los doscientos veinte mil restantes son la chusma, mercenarios de simples *tukiuns*, con más fusiles que cartuchos, malgastando los que disparan fusilándose mutuamente, no obedeciendo más que para saquear, neutralizándose entre sí, persiguiendo en invierno los rebaños para robarles la lana, y faroleando en verano con... casi todo al aire. Es el sur.

El norte tiene por capital Pekín. Desde el punto de vista político, Pekín es una ciudad suprimida.

Cierto que en Pekín reside un Presidente de la República habitante en un palacio celeste e imperial al otro lado de los lagos de nenúfares en la ciudad vedada, pero, a mi juicio, el que está vedado es él. Es un Presidente de la República para gentes de mi calaña y para los ministros plenipotenciarios del barrio de las

legaciones. El único ser que le obedece es tibetano y no es un hombre: ¡es un perro!

En la China del norte reinan dos tiranos, dos super-*tukiuns*: Tsang-Tso-Ling y Wu-Pei-Fu. Son los dos Budas de la guerra.

Tsang-Tso-Ling está al norte, capital Mukden. Cuenta con trescientos mil hombres y cerca de él, tras un biombo, el Japón.

Wu-Pei-Fu, en el centro, también dispone de trescientos mil hombres. A su lado, acurrucada a la sombra de un gran dólar, está América.

El lunes, Tsang-Tso-Ling, encaramado en el extremo de la gran muralla, en el punto en que solemnemente entra en el mar, grita a Pekín:

—¡Cambiadme ese ministerio; el Presidente del Consejo me da asco! He dicho. ¡Rompan filas!

Visto lo cual, el antedicho Presidente coge el primer tren y... pies para qué os quiero, se refugia en Tientsin, en la concesión francesa. La misma que tres días antes, en un magnífico arrebató de oratoria, aconsejaba arrasar.

El martes, Wu-Pei-Fu, plantado sobre el gran puente del Río Amarillo, proclama a grandes voces:

—Tsang-Tso-Ling es un asno. El Presidente del Consejo permanecerá en Pekín. Lo ordeno.

Y el acomodaticio Presidente del Consejo se

reintegra de noche, a la chita callando, a su ministerio.

Entonces, Tsang-Tso-Ling, desde su Trono, interpela a Wu-Pei-Fu en el suyo.

—¡Hijo de mala perra, ten cuidado! ¡Preparo mi fusil!

Conmigo tengo al Japón
pon... pon
Que vale más que un cañón.

—¡Ojalá las sombras de tus antepasados vaguen inquietas fuera de sus sepulcros! — le replica Wu-Pei-Fu.

Y murmura :

Tengo América conmigo
higo... higo
¡Cuidado con lo que digo!

Esté es el país al que os llevo, compañeros de aventuras.



¡COOLIE, QUIERO ACOSTARME!

¡Mukden! ¡Tengo frío! ¿Les parece a ustedes decente que en invierno, en las regiones siberianas, lleguen los trenes a las seis de la mañana? Hasta el nuevo día parece olerse lo que le espera en cuanto asome las orejas, y no se atreve a salir de la noche.

Si está escrito que he de morir aplastado por una muchedumbre, puedo estar tranquilo por ahora. Del Transmandchuriano bajamos dos infelices. Yo y un encalador. Creo piadoso prevenir a este ciudadano de la bata blanca de la magnitud de la tarea que le espera si viene con propósito de encalar el Imperio Chino.

—¡Caballero! — le dije, acercándome cortésmente. — Sin ayuda no lo conseguirá jamás. Vaya a buscar a sus compañeros.

El individuo no me contestó. No me había comprendido. No era un encalador, sino un

coreano en traje nacional, y la blusa blanca era un camisón de dormir. Además, llevaba en la cabeza un cazamoscas, es decir, un sombrero de copa de tela metálica sin bordes y sujeto por dos cintas anudadas bajo la barbilla en un lazo bastante coquetón. Este sombrero no tiene por misión resguardar su testa, sino proteger contra posibles injurias el vergonzante moño que todo buen coreano luce sobre el cráneo.

¡Por Dios, que arribaba en buena compañía!

¡Qué frío! ¿Esto es Mandchuria? ¿Y aquí, en honor de este país, se amontonaron los cadáveres? La humanidad está completamente guillada.

Salgamos de la estación. Los empleados no tendrán inconveniente... ¡No hay ninguno! El coreano se va; su camisón se pierde en la noche.

—Quizá — me dije — voy equivocado. He creído apear-me en Mukden y estoy en el desierto de Gobi. Sea como quiera, si espero cinco minutos más me convierto en carámbano.

Pero... he aquí un *coolie-pousse* que surge de entre las sombras tirando de su *rickshaw*.

—¡Coolie, mírame!

Como hablo el chino a estilo sordomudo, junté las manos figurando almohada y apoyé en ellas mi cabeza.

—¡Yes! ¡Yes! — exclamó el amarillo.

Y el hombre-caballo partió veloz, arrastrándome en su silla de ruedas.

El viento me producía el mismo efecto que si me frotasen los carrillos con papel de lija. Y en cuanto a mis orejas, que, indudablemente, aquella mañana eran de burro (¡qué se me había perdido a mí en semejante país!)... más vale no hablar; estaban congeladas hacía un rato largo. Tenía ganas de refrenar el ardor del chino, echarme en el arroyo y confiar al destino mi brillante porvenir.

El coolie seguía tirando: probablemente por eso le llaman *pousse* (empuja).

—¡Si me encuentra una cama antes de cinco minutos le doy un dólar!

Este fué mi pensamiento. No me quedaban ilusiones, pero aun tenía alguna idea.

En París hay la Avenida de los Campos Elíseos; en Berlín, Unter den Linden; en New-York hay tantas, que han tenido que numerarlas, pero todas son filfa al lado de la Avenida de Mukden. Empieza en la estación y no acaba en ninguna parte. Si el infierno en lugar de ser un horno fuera una cámara refrigeradora, la Avenida de Mukden sería el camino más derecho para Satanás.

El día, haciendo de tripas corazón, se había

levantado; yo estaba deseando acostarme. De mi acongojado pecho salió un débil suspiro. El coolie se volvió y, por segunda vez, puse mi frente sobre la almohada de mis manos.

—¡Yes! ¡Yes!

¡Una plazoleta! Los vientos siberianos se habían congregado para saludar el nuevo día con una zarabanda diabólica. Invisibles bruñidores, tomando mi cara por un entarimado, la pulían al esmeril.

¡Una pirámide! ¿No hubiera sido más inteligente el edificar un hotel? ¿Una fecha? 1905. ¡Ah, sí! Mukden, mil novecientos cinco. Cuando los oficiales del Zar juergueaban en vez de guerrear.

Una idea cruzó mi mente. Acababa de comprender la razón de que Kuropatkin perdiera la batalla de Mukden. Aquel día debió de hacer tanto frío como hoy y los oficiales rusos... con las amiguitas servidas por los japoneses... ¡Lo comprendo todo!

El coolie suelta las varas. He aquí un hotel. El hostelero chino dormía.

¡Llama, coolie gentil, llama, descuaja la campanilla, hunde la puerta, rompe los cristales! ¡En tu carricoche la pulmonía me acecha!

¡Nadie responde!

—¡Dos dólares! — digo.

Las palabras que se refieren a dinero se comprenden en todo el planeta. ¡Era la fortuna! El coolie se sintió crecer alas en los pies. Ya no fué papel de lija ni esmeril lo que me resregaba las mejillas... ¡eran cuchillas de afeitarse!...

Pero... ¡en fin!... estaba en China. Y supongo que todo el mundo se hará cargo de la inmensa felicidad que representa el haber realizado tan bonito viaje.

¡*Myako Hotel!* Era un hotel japonés. Entre la palabra *Myako* y la palabra *Hotel* una palomita torcaz servía de escudo de armas al establecimiento. Su plumaje, aun siendo de yeso, me calentaba el corazón.

Como los japoneses madrugan siempre más que los chinos, el patrón estaba ya levantado.

—*Konnitchiwa* (buenos días) — me dijo.

—¡Toma! — dije yo al coolie. — ¡Mira! ¡Tres dólares!

Al principio de los viajes somos así. Después, cuando llega la hora de empuñar el lápiz terrible de echar cuentas, es cuando nos sabe mal no haber llevado la tabla de logaritmos en nuestro equipaje, pero... ¡eso es después!

¡Qué cosa tan hermosa es una habitación de hotel! ¡Ay de mí! Estaba condenado a seguir teniendo frío. Era infalible. Desde que perdí

mi adorada manta no he vuelto a entrar en calor. La olvidé una noche aciaga en Abo, en Finlandia, sobre el mostrador de la Aduana marítima.

Procedía de Salónica. Me la vendió un venerable judío. Compañera fiel, cálida y ligera, me había seguido a través del mundo en una peregrinación de sesenta y seis mil kilómetros. Juntos habíamos dormido en todas las capitales de Europa; conocía los Balcanes y sus tifus, el Oriente y sus cuarentenas, el puente de los trasatlánticos, los Palaces y los *Kans* nauseabundos.

Un día de requisa en el Moscou del terror, conseguí salvarla de las teorías de Karl Marx y para que la bendijeran se la presté a S. E. el cardenal Dubois, camino de Jerusalén. Y Su Eminencia me había cumplimentado por ella. Solía sacudirla, despiojarla, de tiempo en tiempo. Hablaba con ella:

—¡Vamos, vieja! ¡Otra vez al tren!

¡Y pensar que ahora cubre, sin duda y para siempre, la yacija inmóvil de algún finlandés sedentario, quizá de un aduanero!

¡Oh tú, que no volverás a viajar, perdóname!



UN REPORTAJE ES UN REPORTAJE

Hablamos ahora para quienes tienen costumbre de cambiar de lecho; los demás no nos entenderían.

Me desperté por la tarde en ese estado de beatitud familiar a los viajeros de altura.

¿Dónde estaba? ¿En el Cairo, en Tokio, en New-York? ¡Momento delicioso aquel en el que no se sabe dónde se vive! ¿Podría la gaviota decir en qué latitud está la ola que la mece?

Recordando esos momentos, me explico las gentes que beben, o juegan, o se narcotizan. Deben de conocer instantes parecidos a estos instantes. Pero... prefiero los míos. No saber dónde se respira, ¿no es ya convertirse, en cierto modo, en cuerpo glorioso?

Abrí la ventana y mirando al exterior vi que todo daba asco. Me acordé de que estaba en China.

—Bueno, y a propósito: ¿por qué estoy en la China? Para asistir — me dije, calzándome, — para asistir a la guerra entre el señor Tsang-Tso-Ling y el señor Wu-Pei-Fu.

Me permití una ligera sonrisa, volviendo a dirigirme la palabra:

—¿Estás seguro — me dije — de que los lectores de tu periódico esperan trepidantes cada mañana noticias de los señores Tsang-Tso-Ling y Wu-Pei-Fu? Un buen crimen local se llevará siempre la palma contra una guerra en la provincia de Tchely. Además, ¿no sabes que cinco mil cadáveres varían de valor y de importancia según que yazgan a quinientos o a cinco mil kilómetros de París?

¡Bah! Un reportaje. Calé el chapeo, requerí la... pluma y partí en busca del truculento bandido llamado Tsang-Tso-Ling.



FANTASTICA HISTORIA DE TSANG-TSO-LING

Tsang-Tso-Ling, jefe de los bandidos *Hong-Huzes* o de los Mostachos Rojos, super-*tukiun* del Fantien, Mariscal del ejército chino, dictador de Pekín, y famoso de Singapur a Yokohama (¡hasta la gloria reconoce fronteras!)... ¡un ás!

Nació en el sur, de padre *coolie-pousse* y madre zurcidora. Prefiriendo la voluptuosidad de arrastrar la coleta por los barrizales chinos al orgullo de ser letrado, no aprendió a escribir ni a leer. Buscaba plantas de jugos maravillosos para curar con ellos a los animales enfermos de malos tratos. Esa fué su primera vocación. Se hizo veterinario como otros se hacen curanderos.

Pero el Japón decide enzarzarse con la China. Estamos en 1894. El andrajoso Tsang, cazado a lazo por los reclutadores, se ve enro-

lado en los ejércitos del Emperador de China. Le ponen zapatos, le visten con una túnica. Todo esto le viene ancho. Deserta. Le acosan. Los reclutadores recorren el país. Si le cogen le cuesta la cabeza para escarmiento. Huye y cae cerca de Nuzian, en la quinta San José, de las Hermanas de la Providencia, santas mujeres de alma noble.

Explícales que sus enemigos le pisan los talones; suplica que le escondan. Así lo hacen. Se convierte en su fámulo. Saca agua del pozo, ordeña las vacas. Pasan dos semanas. Quieren despacharle. Implora.

—Entonces, hazte catecúmeno.

¡Vaya por Cristo! Se hace catecúmeno.

Le enseñan los rezos apostólicos. Su mayor éxito es el Credo. Lo canta como cantaría un refrán de cafetín, esquilando carneros. Pero... todas las guerras tienen un fin. ¡De no ser así, no se podría volver a empezar! Desaparecen los gendarmes de los caminos. Tsang lo sabe. Al ver vía libre, escapa, renunciando a su eterna salvación.

Vuelve a su país, a Newch-Wang. Tiene veintidós años. ¡Hermosa edad para escoger carrera! En el camino encuentra siete fusiles. Recluta seis mozuelos de su edad; con él por jefe... siete bandidos.

Los primeros pasos revelan ya al hombre del porvenir. Promulga las leyes de su compañía. La disciplina que impone es férrea. Sus bandidos no podrán atacar los poblados. Su radio de acción termina a dos *lis* (mil doscientos metros) de la última casa. En principio, se limitarán únicamente a despojar al viandante; si es preciso, matarán, pero sólo en caso inevitable le torturarán.

Sus negocios marchan. Su energía se impone. Se le busca. Su cuadrilla aumenta. Los *Hong-huzes* o Mostachos Rojos, famosos bandidos de Mandchuria, cuyas cartas de nobleza remontan a más allá del diluvio (Noé, para conservar la raza, se llevó dos en el arca), se ponen bajo su estandarte. ¡Es el poder! Tsang reina en una provincia.

Diez años pasan pronto. Japoneses y rusos se sienten perdidamente enamorados del país del Plácido Amanecer que lleva el bonito nombre de Corea. Deciden empuñar las armas por los bellos ojos de la doncella. ¡Es la guerra! En los campos donde ejecutará su danza macabra, Tsang-Tso-Ling es una potencia. Los japoneses le toman a sueldo, prodigándole dinero, armas, zapatos y bendiciones.

Hele aquí, espía y caballero de fortuna. Cesa la guerra. Tsang es rico. La Mandchuria en-

tera está bajo su yugo. Ya no es un bandido anónimo, es un jefe de banda organizada.

El Imperio Chino no puede prescindir de él. Le ofrecen ingreso en el Ejército regular con el grado de coronel y condecoración del Tigre (de tercera clase). El compadre sonríe interiormente y acepta.

Ya es oficial superior del Ejército Imperial. Solapadamente se le da a entender que su carrera sería más rápida si diera pruebas de su conversión.

Cogido por la ambición y por los japoneses que le empujan, dará cuantas pruebas le pidan.

Pronto se presenta la ocasión. Pekín desearía verse libre de Tu-li-San, otro de los jefes de los Mostachos Rojos.

Tsang-Tso-Ling invita a almorzar a Tu-li-San. Es un viejo compinche, hermano de leche de bandidaje. Tu-Li-San acepta. El *menú* es de lo más escogido. Aletas de tiburón, pato laqueado, vino ambarino que apenas colorea las diminutas tazas de porcelana...

Satisfechos, los dos camaradas evocan sus más selectos crímenes.

—¿Te acuerdas?...

¡Qué hermosa es la amistad entre los hombres!

Termina la fiesta. Tsang acompaña a Tu

hasta la puerta. Las cortesías ceremoniales se prolongan. Por fin, Tu sale al patio. Un pelotón de soldados le espera y le fusila al pasar. Tsang-Tso-Ling le decapita y a galope tendido vuela al palacio del virrey, depositando el sangriento trofeo, aun caliente, sobre la mesa imperial.

Tsang se había hecho hombre honrado. Es la primera fase de su vida.

He aquí la segunda :

El mariscal tártaro que por entonces mandaba en Mukden cobra miedo a Tsang y le envía a Mongolia. Tsang ha aprendido ya que en la vida de los hombres ilustres hay momentos en los que desaparecer es un rasgo de genio. Marcha a Mongolia.

Súbitamente estalla la revolución china. Estamos en 1911. El mariscal tártaro hace defección al Imperio. El virrey de Mandchuria apela a Tsang-Tso-Ling. El coronel Tsang regresa de Mongolia y liquida al mariscal tártaro.

Pero... el mariscal había tenido buen ojo. La república gana la partida. ¿Qué importa? Para Tsang todos los regímenes son iguales. Sigue cortando cabezas en nombre de la República, como ayer en el del Imperio, y anteayer en el de Mandrino. Ya está acostumbrado. ¡Es

su oficio! Gracias a él renace la calma y le ascienden a general.

Congrega entonces a sus amigos los jefes de cuadrilla, nombrándolos de oficio capitanes del ejército regular. Siguiendo su costumbre, la China entraba en un período de descomposición. La hora de Tsang había llegado. Se proclama virrey de Mandchuria, se nombra mariscal y se adjudica el sello de los Nueve Leones.

Los acontecimientos se precipitan. Otra guerra — en 1914, según dicen — ocupó al mundo y dió a luz al bolchevismo.

Los bolchevistas invadieron la Mandchuria y Tsang resistió la intromisión. Exige a Pekín treinta millones de dólares para echar a Lenin de Mongolia. Pekín se inclina, Tsang embolsa. Va a correr a ponerse al frente de sus ejércitos. Antes hay que consultar los horóscopos, la Tortuga y el Aquileo para saber el día fasto de partir. Estos sinos habiendo decidido (según él) que todos los días eran nefastos... no va a Mongolia.

En cambio... forma Gobierno: Comisariato de Negocios Extranjeros, de Finanzas, del Interior, de Instrucción Pública (sigue sin saber leer); una Corte, maestro de ceremonias, chambelán; una guardia de honor formada por facinerosos seleccionados, con dos crímenes por lo menos

en su haber. Su hijo, de veinte años, se pone a su frente, con categoría de general.

En Mandchuria reina un orden que asusta. Es inflexible para con los saqueadores, los irregulares, los bandidos.

Cuando sale a la calle, su cortejo oficial lo forman cuatro autos blindados, no sabiendo nadie cuál de ellos ocupa. ¿Echa pie a tierra? Un círculo de soldados le rodea de cara y otro, adosado al primero, acecha el atentado posible. Tsang es el centro de un sol, cuyos rayos son los cañones de sus fusiles.

Su ejército cuenta trescientos mil hombres. Se establece en Mukden, invectivando a Pekín; personalmente vale (o tiene) cien millones de dólares; sueña con el Imperio y todas las mañanas consulta a su agorero negro, famoso ciego adivino.



DEL CONSULADO AL OBISPADO

¿Cómo conseguir ver a tan magnífico personaje? Me había puesto el sombrero, lo que demostraba que tenía cabeza, pero... dentro de ésta, ni una idea.

¿Habrá un Consulado en Mukden?

— ¡Coolie! *¡French Consulate!*

— *¡Yes!*

Carga con uno y emprende el camino sin saber dónde va. Lo importante para él es meteros en su carretilla, pero esto no lo supe hasta mucho más tarde, cuando me espabilé.

El coolie me llevó de la concesión japonesa a la ciudad china, me paseó de la estación transmandchuriana a la estación de Pekín y me hizo dar tres vueltas a la pirámide 1905.

— *French Consulate*, ¿eh, coolie?

— *¡Yes, yes!*

Me condujo a Correos. Dejó las varas y tras una breve pausa, en la que ambos resollamos,

se atalajó de nuevo, enfilando unos descampados interesantísimos. Francia, mi patria, pensaba yo, será siempre la misma. Emplaza sus consulados en lugares desiertos. ¿Cómo queréis que prospere nuestro comercio exterior?

Escudriñado el terreno en todas direcciones, el coolie me volvió a la pirámide. Por escasamente desarrollado que esté el cerebro del europeo en China, el mío se abrió a la luz. De-tuve al coolie y señalando con el dedo sucesivamente los cuatro puntos cardinales:

—*French Consulate?* ¿Allí? ¿Allí? ¿Allí o allí?

Encogiéndose de hombros definitivamente, el coolie confesó que no tenía ni idea.

Me apeé para estrangularle.

Escapó gracias a su mugre. Su pescuezo no presentaba lugar alguno en el que poner las manos sin peligro.

Al lugar del suceso llega un caballo arrastrando un coche. El cochero se hizo cargo de mis desventuras. Espabiló con el látigo al ignorante coolie, como quien espanta a una mosca inoportuna, y llamándome *sir* me invitó a montar a su calesa.

Restos lamentables de legumbres abandonadas cubrían su suelo. Sobre la tela de los cojines las pulgas jugaban a las cuatro esquinas.

—¡Bah! Iré de pie y me espulgaré al volver. Cochero: ¡*French Consulate!*

Ya hemos llegado. ¡Santo Dios, qué pobres somos! Pero... aun así, ¿no podrían sacar brillo a la placa de cobre? El cardenillo se la come. Seguramente el presupuesto del Ministerio de Negocios Extranjeros no se desequilibraría por un tubo de pasta limpiametales. Dejaré un donativo con ese objeto. Mi periódico es rico.

Una verja rodea la cabaña. ¿Dónde está la puerta? ¡Cochero! ¿Dónde está la puerta del Consulado de mi país?

¡Bien disimulada estaba! Con el bastón y con los puños la aporreo. Llamo, suplico:

—¡Cónsul! ¡Es un pobre francés quien agita la campanilla.

Se entreabre una ventana. La faz celeste de un chino aparece. En seguida comprende de qué se trata:

—¡Espere!

El chino desaherroja la puerta y me presenta un tarjetón, como un monaguillo presentaría un misal:

El Consulado de Francia
se ha trasladado momentáneamente
a Harbin.

¡Esto va bien! ¡Guarda celosamente la casa, viejo chino! ¡Sobre todo, ojo con el fuego! En último extremo, Francia podría prescindir de un cónsul, pero ¡de un consulado! ¡Supongo que realizas la responsabilidad que pesa sobre ti!

El chino me colmaba de profundas reverencias.

—Aquí, amigo mío, eres Francia, ¿me entiendes? Al inclinarme ante tu casaca mugrienta, saludo al Quai d'Orsay. ¡Hasta la vista! ¡Recuerdos a tus mujeres!

Pero... ¿y Tsang-Tso-Ling? Busca una idea, me digo. Te pagan para eso y no se te ocurre nunca nada.

Durante mis andanzas con el coolie había divisado a lo lejos el campanario de una iglesia católica.

—¡Cochero! ¡A casa de los misioneros!

La iglesia estaba cerrada, Jesucristo bajo llave. ¿Le habrían trasladado también a Harbin?

Empecé a armar escándalo.

—¡Esto no es un país! — gritaba a voces. — ¡Es un cementerio! ¡Llamáis a las puertas y nadie os contesta! ¡Dios sabe dónde están los curas!

—¿Los curas? ¡Aquí están! ¿Qué le ocurre?

Era uno de ellos. Incluso me atrevo a decir que era uno de sus mejores ejemplares. ¡Su acogida fué tan franca que parecía tener el alma enzarzada en las barbas.

—Padre, soy pájaro que viene de Francia.

El padre, a quien esto recordaba una vieja canción, repitió, tendiéndome la mano:

— ¡Que viene de Fra...a...a...an...cia!

—Despida el coche — me dijo. — Ya tengo bastantes pulgas con las propias.

—No tema, ya no queda ninguna. Las he cogido yo todas. Padre — le dije, — no tengo oficio y me gano la vida como puedo. Viajo por cuenta de los periódicos.

—¿Y le pagan, por lo menos?

—Cuando me ven. Por eso procuran tenerme lo más lejos posible. He venido por Tsang-Tso-Ling. Quiero ver a ese bandido.

—Es un amigo nuestro.

—Me lo figuraba.

—Monseñor le presentará a Tsang. El trü-

hán no puede negarle nada. Venga a ver a monseñor.

¡Había un monseñor! ¡Estaba salvado! Entramos en la casa. Monseñor estaba a su puerta.

— ¡Tsang-Tso-Ling! — me dijo su eminencia. — Pero ¿quiere usted tomar asiento o prefiere pasear?

— Monseñor, si me siento no podré aguantar el rascarme las pulgas.

— Paseemos. Tsang-Tso-Ling es, actualmente, el amo de China. No reina más que en Mandchuria, pero aterroriza hasta Pekín.

— Es el rey de los bandidos — interrumpí yo.

— Si le parece, salvaremos la dificultad diciendo que, como persona decente, hay más y mejor. Sin embargo, las costumbres de su excelencia han mejorado mucho. Ya no actúa personalmente. Gracias a Dios, tiene verdugos, y no dejará usted de reconocer lo que ha progresado el señor mariscal Tsang si yo le digo que desprecia a esos verdugos.

— ¿Asesina aún?

— He de confesar que mi eminente amigo ha conservado una marcada afición a ese recreo. No puede decirse que sea feroz, pero es ejecutivo. Por otra parte, prefiere inmolar veinte inocentes a dejar escapar un culpable. Pero ¡qué muchacho tan simpático! Es un hereje, y

sin embargo, me colma de larguezas. ¿Le seducen acaso nuestras barbas? Nos adora. Deseo que manifiesto, deseo que se cumple. No ha olvidado que antaño, cuando era un simple bandido de tercera clase, nuestras misiones le salvaron del sable justiciero. No le daría la absolución, pero cuenta con toda mi amistad.

El obispo llamó a un catecúmeno, al que habló en correcto chino.

—Es para usted. Digo a este cristiano en ciernes que corra al palacio del señor mariscal Tsang-Tso-Ling. Cuente usted con la entrevista.

—Gracias, monseñor, iré... armado de todas armas...



CON TSANG-TSO-LING

Al día siguiente, protegido por mi palomita de yeso, dormía soñando en las sangrientas bellezas de la China, cuando el hostelero aporreó mi puerta.

—Si son los verdugos, que no entren — grité, aun medio dormido. — Soy muy amigo de su eminencia el obispo.

El hostelero, prescindiendo de minucias, había abierto la puerta, dando paso a dos señores chinos, que cayeron de cuatro patas al lado de mi lecho. Los extremoorientales practican la cultura física a la menor provocación, y sin embargo... ¡casi todos son panzudos!

—Señores. Tomen asiento.

Escudriñaron mi habitación y contestaron:

—No hay dónde.

El uno era el secretario particular del señor mariscal Tsang-Tso-Ling (¡y ya podéis suponer hasta qué punto era particular!), y el adjunto le acompañaba en funciones de intérprete.

Después de volver a olisquear el enladrillado respetuosamente, me anunciaron, hablando a la par el uno en chino y el otro en provenzal, que su ilustre dueño me recibiría a las tres de la tarde.

— ¡Que sobre vuestras cabezas caigan las mil bendiciones del Presidente de la República Francesa! ¡Paz y felicidad al inefable Tsang-Tso-Ling. ¿A las tres habéis dicho? ¿A las tres? ¡No faltaré!

Las dos y media. El *coolie-pousse* me espera. ¡Ruede el *rickshaw*!

Tsang no debe de estar de buen humor. El lunes hizo decapitar a su cuñado, filibustero, que se atrevió, usurpando su nombre y posición, a cobrar las gabelas de dos poblados. El miércoles ordenó rebanar el pescuezo a Kan-Chen-Chang, su jefe de policía, por haber dado un mico a los japoneses, birlándoles en sus propias barbas y en un ataúd a un su amigo, viejo y querido bandido condenado por el tribunal nipón.

Y el viernes, para castigar Dios sabe qué ligereza femenil, expidió a su segunda muy amada concubina a un convento de bonzos a doscientos *lis* de aquí, tocando a Siberia.

¡Lo siento por ella, pero... le está bien empleado!

Pasamos bajo una de las más antiguas puertas de la China. Es una corte de los milagros, cuyo milagro principal consiste en lo siguiente: Cuantos más parásitos se matan los mendigos desperdigados por el suelo, más se rascan. Es la multiplicación de los piojos.

Estamos en la villa china. Las avenidas son repugnantes y las callejuelas nauseabundas.

Aun para el más curtido, estos pueblos levantan el estómago. No se atreve uno a tirar la colilla del cigarro al suelo por compasión... hacia la colilla. Hasta los infelices canarios se despiojan frenéticamente. La basura reina suprema.

El intérprete debe de esperarme en la puerta. Seguimos un alto muro por un callejón que parece una alcantarilla. Al final está el palacio de Tsang.

Efectivamente, diviso el cuerpo de guardia, lanza en ristre. El *coolie-pousse*, dándose cuenta de adónde va, tiembla de todos sus miembros, suelta las varas y se dispone a huir. Le

agarro por un brazo y se vuelve a poner en camino. Los centinelas nos miran con malos ojos. Al ver que avanzamos, cruzan las lanzas. El *coolie-pousse* suelta su carricoche y se las guilla. Cuarenta minutos más tarde, al salir de la audiencia, podré constatar que no ha vuelto a recobrar su vehículo. No le había pagado, luego... he ganado veinte centavos.

Desde el patio interior atisban mi llegada. Obedeciendo una orden, las lanzas se levantan. Doy mi tarjeta a un chino, quien la recibe haciendo una genuflexión. En China una tarjeta es una cosa muy respetable, forma parte de uno mismo. Es tan inconcebible un hombre honrado sin tarjeta como lo sería en Francia un ciudadano libre sin condecoración. El fiel servidor coge ceremoniosamente la cartulina con las dos manos, entre pulgar e índice, y me precede como si llevase, en vez de un brístol de inferior calidad, la cabeza de San Juan Bautista cogida por las orejas.

Atravesamos un primer recinto. En un segundo patio, otro cuerpo de guardia, doce hombres, diez lanzas y dos banderetas de seda roja, en las que campea el dragón verde. Las lanzas se levantan, las banderetas se inclinan, saludando. Gracias.

Estoy en el antro. El intérprete se hace car-

go de mí. Un chino obeso, vestido de brocado y casaca de satén, todo afectuosidad, doblega el espinazo tres veces. Debe de ser el gran chambelán. Aun está haciendo reverencias cuando Tsang-Tso-Ling, el tirano, abrevia los preliminares. Dos manos invisibles apartan un cortinaje y aparece en el fondo de un salón, a la izquierda.

No es más alto que Napoleón. Su aspecto es el de un gabilán en cuaresma: inquieto, flaco, da la sensación de tener el alma atravesada en el cuerpo. En cuanto a su mirada... por más que la busqué no pude encontrarla... Quizá no tiene.

Viste traje y camisión nacional. Lleva las manos metidas en las mangas como un manguito y se toca de un casquete de eclesiástico apostólico romano. En el casquete una perla. ¡Señoras mías, qué perla! ¿De qué pillaje procederá? Si durante la audiencia se duerme, se la escamoteo.

A su presencia se ha coagulado la sangre en las venas de sus siervos.

Me suplica que le honre sentándome en su sillón. Lo miro de reojo. ¿Tendrá piojos? ¡En fin!... El intérprete permanece en pie y os doy mi palabra de honor de que cuando acabe la audiencia habrá experimentado toda la escala de carnes de gallina.

Unos biombos colocados tras los asientos. oscilan. Cinco guardas privados (tres crímenes por guarda) pegan el ojo a las rendijas.

—No temas — me dice, — no te harán nada. Eres mi huésped.

—¿Y tu viejo compadre Tu-Li-Sang, magnífico granuja? — pienso yo.

—Excelencia — le digo, — no soy grande.

—Más pequeño soy yo — me responde.

Y así vamos cambiando finezas como mandarines auténticos.

Con su propia mano derecha, cuya uña del meñique parece una garra de pantera, me presenta una taza de té verde, y con la mano izquierda se sujeta la derecha, para que de tal suerte ambas estén a mi servicio.

—¿Quiere preguntar a su excelencia (llamar excelencia a ese pirata es ya batir el record del eufemismo) si es exacto que proyecta llevar la guerra en torno a Pekín? — dije al intérprete.

El intérprete, que ya no sabía dónde buscarse la saliva, cumplió con su deber. Una sonrisa iluminó la faz de Tsang-Tso-Ling. Sus párpados velaron sus pupilas. Silencio.

—¿Duerme? — pregunté.

El intérprete estaba rígido como la vara de Aarón.

—China es grande, grande — murmuró el tirano.

—¿Sabe vuestra excelencia que el resto del mundo considera la China como un país anárquico?

El intérprete hace heroicos esfuerzos por no tragarse la lengua y consigue sacar fuerzas para cumplir su misión.

Me parece que Tsang va a roncar. Resbala en su silla. Sus párpados se cierran definitivamente.

Susurra :

—China es China; el resto del mundo es el resto del mundo.

—Señor mariscal (quizás así le llegaré al alma), ¿creéis que China ha alcanzado estado de perfección?

El intérprete me lanza una mirada suplicante.

— ¡Traduzca! — le digo.

Tsang contesta :

—Las fases de China son chinas. Las soportamos porque las conocemos. El resto del mundo cree conocerlas.

Mi «señor mariscal» parece haber hecho su efecto. Aprovechémonos.

—¿No os parece, señor mariscal, que para un hombre de vuestra talla, con el poder y la

fortuna de cara, sería obra magnífica el conseguir la unificación del país?

El intérprete se ve súbitamente atacado de parálisis lingüal. Me mira despavorido.

— ¡Animo! — le digo. — No es probable que nos decapite sobre la marcha.

El desgraciado tartajea y Tsang se duerme. ¿Le robo la perla?

Estudiaba el terreno, cuando Tsang, despertándose súbitamente, dió tres palmadas. Dos fornidos chinos se precipitaron. Los reconocí. Eran el chambelán y el ministro del Interior. Frente al omnipotente se inmovilizaron. Tsang (se ha olvidado completamente de mí) les suelta lo que en lenguaje diplomático se llama una andanada. Los dos colosos aguantan doblando el espinazo. Los biombos se mueven. El intérprete se encoge.

Tsang, calmado, queda mirando fijamente al suelo, como si acabara de descubrir un agujero en la alfombra.

Al parecer se trataba de un ex mandarín condenado a muerte anteayer, de orden de su excelencia, por malversación. Lo había recordado y había hecho comparecer a sus ministros para tener noticias del cadáver. Pero... los ministros no las tenían.

Con profunda sorpresa se vuelve a dar cuenta

de mi presencia. Digna excusarse y me hace decir que a veces se le alteran los nervios. En compensación me va a dar su retrato, de uniforme de gala con kepis, pom-pom, gran cordón, sable y toda la pesca. Ordena que se lo traigan.

Se lo traen. El siervo que se lo presenta tiembla como la hoja en el árbol. Tsang, para demostrar que sabe escribir (desde hace dos meses) pide su pincel, y sobre el cartón traza en chino, burdamente:

«Tsang-Tso-Ling al señor Alberto.»

Aun llegará a más su amabilidad. Me prestará su auto (¿para poner su imagen a cubierto de un atentado?). El coche se detiene ante la puerta. Lleva su cifra T. T. L. Es el auto amarillo y terrible, blindado, **con una ametralladora** en el pescante, terror de la ciudad.

A su paso los chinos se precipitan a los portales, las calles se quedan desiertas, el terror impera.

Las banderetas me saludan. Cuando busco a Tsang para despedirme, ha desaparecido.

Y con un soldado a cada portezuela, un tercero al volante y otro a la ametralladora, atravieso, tirano por delegación, precedido del clamor siniestro de la sirena, la aterrada Mukden.



GALKA O LA ESCLAVA MODERNA

Hacía tres días que en la habitación contigua oía cantar a una mujer. No era una japonesa, porque cantaba sin *samisén*, ni una china, porque no mayaba como un gato al que arrancan pelos de la cola.

Era una blanca. ¿Americana? ¡No! En sus acentos había demasiada sumisión al destino. ¿Inglesa? ¡Menos! Las inglesas que viajan no tienen tiempo para sentirse sentimentales antes de los cincuenta años. ¿Francesa? Imposible. La mujer francesa no se aventura allende los mares sin un marido burocrático y... cuando se va con un marido, especialmente si es burocrático, no se tienen ganas de cantar. Era, sin duda alguna, rusa. En su voz se reflejaban todas las inflexiones y matices del fatalismo.

Cantaba, pero no se dejaba ver. Fuí en busca del hostelero y le pregunté:

—¿Quién es esa alma errante?

Desde que el antedicho hostelero me había visto llegar en el auto de Tsang y sus *boys*, trémulos, podían contemplar el retrato del emperador de los tunantes sobre mi mesa, era yo el amo del hotel. Si le hubiera pedido a una de sus concubinas, estoy cierto de que me la habría servido al instante.

El patrón me enseñó su registro de viajeros. Leí. Kira Gordieff, veintitrés años, procedente de Harbin.

Con ademán de carcelero, el japonés me dió a entender que estaba enchiquerada en el hotel.

Por la noche, a las ocho, compareció en el comedor. Cabeza rubia, alma visiblemente atormentada. Sobre los zapatos calzaba elegantes botas de piel. Un zorro blanco acariciaba su cuello. Se sentó como un pájaro se posa en una rama. Comía sin entusiasmo, pero, en cierta ocasión, al notar que yo la miraba, sonrió.

En la sala comían cuatro chinos embutidos en sus camisolines azules enguatados, cinco japoneses de kimono negro y dos traficantes mongoles que cubrían sus cabezas de difunto con grandes gorros peludos. Comían como cerdos balcánicos y a diez pasos de distancia apestaban a cabrito mojado.

El frío empañaba los cristales. Todo recordaba la estepa desolada.

¡Gentil señora! En este triste país de lobos alegráis el alma como la palmera alegra la desolación del desierto en el que crece.

Se levantó y salió lentamente del comedor. En el hall tomó un periódico chino, que miró sin ver, dejándolo en seguida. De la pared colgaba un mapamundi; lo contempló, y frente a los cinco continentes y a todos los océanos me pareció más que nunca un naufrago de la vida. Se arrebujo en su *renard* y con paso incierto entró en su habitación, número seis.

Evidentemente le pasaba lo que a mí: no sabía qué pito tocaba en este mundo. Y yo... yo tenía el número cinco.

Vamos a la calle a fumar un cigarrillo. Cuanto antes me acostumbre al invierno mandchú, mejor. Al sacar la pitillera veo con dolor que es el último cigarro que me queda. Un *barman* de las Mensajerías Marítimas — ¡bendito sea su ignorado nombre! — me había cedido quince cajetillas en Yokohama.

¡De manera que Tsang-Tso-Ling se permite encerrar mujercitas rusas en mi hotel! ¿Qué idea se llevará ese viejo mico? Andando, andando deambulaba sin saber dónde iba. De trecho en trecho un farol mortecino intentaba en vano justificar su existencia. No tenía ni idea de a dónde me llevaban mis pasos, ni me importaba.

Era una de esas noches en las que se realiza que el mundo es demasiado grande. ¡Y aun hay quién se atreve a decir que es pequeño! ¿Pequeño? ¿Han intentado alguna vez abrazarlo?

Al pasar junto a alguna casa, la contemplaba. Súbitamente, en una de ellas, vi un letrero:



BANCO INDUSTRIAL DE CHINA

¡Caí en éxtasis! ¡Banco Industrial de China!
¡Me sentía menos huérfano! ¡Ha quebrado, me
dije, pero me es completamente igual!

Y repetía la frase como hubiera repetido el
nombre de mi madre. A lo lejos, un tren anun-
ciaba su próxima partida. Era el transmand-
churiano que salía hacia Corea. ¡Un tren! ¡Mi
patria chica!

Volví al hotel. En la capital del rey de los
piratas la rusa no tenía miedo a los ladrones.
Su puerta estaba entreabierta. La distinguí al
fondo de la pieza, de codos sobre una mesa,
barbilla entre manos. Conozco esas horas, son
las horas de expectación del viajero solitario.
¡Horas de espera en las que no se esperaba na-
da!

Eran las diez de la noche. La desconocida
empezó de nuevo a cantar. Salí de mi cuarto
y deteniéndome ante su puerta le dije:

—Por mi parte, puede usted cantar hasta que amanezca, señora.

Señalando con un ademán una de las sillas de junto a la mesa, me indicó que tomase asiento.

¡Benditos seáis, ignotos compatriotas que enseñáis a hablar francés a las damas rusas y rubias!

Ante ella, un espejo; a su lado, un cestillo de manzanas del Japón.

Designando ambas cosas:

—Coqueta y golosa — dijo.

Como hacía frío, cerró la puerta.

—Escucha — me dijo la noche siguiente. — Quiero contarte mi historia. ¿Has leído a Lermontov? Es un poeta ruso. Lermontov ha dicho:

Una nube dorada, la noche ha pasado
Sobre una roca del inmenso mar.

Perdona la roca, pero la nube dorada soy yo. Estaba harta de sentirme perdida. Tú me comprendes. Un francés comprenderá siempre a una rusa. Escucha. Vine al mundo de modo

poco vulgar. Nací en el Baikal. Mi madre, creyendo tener tiempo de llegar a casa, se aventuró a cruzarlo en abril. Ese lago es mi patria. Me bautizaron Kira, pero me llamo Galka. Es el nombre de las piedrecillas blancas que cubren las riberas del lago, y como considero esas piedrecillas mis hermanas, soy Galka.

Estudié en Irkutsk. En 1917 revalidé el bachillerato y durante el verano me casé por amor. Pero tienes frío. Toma — dijo, echando sobre mis hombros un magnífico abrigo de bisonte.

—Dos meses más tarde, en plena felicidad, hu-
be de separarme del marido al que adoraba. Iba a la guerra. ¿Has amado? Durante diez días no cesé de llorar como una viuda. Tuve que abandonar nuestra casa de Irkutsk, donde todo me hablaba de mi adorado. ¡Era tan joven! ¡Diez y seis años! ¡Y era la primera vez que conocía el amor! Marché a Krasnoyarsk. Pavlik cayó herido en el Niemen. Me amaba y de ambulancia en ambulancia intentó ganar Krasnoyarsk. Murió en el camino. No volví a ver sus ojos. Según creo, está enterrado en Moscou.

—Nena, tienes frío, toma el abrigo.

—Deja. Soy siberiana. Marché a las minas de oro que teníamos en el río Amur, con idea de reunirme con mi suegro. En Tchita me esperaba

otro rudo golpe. Los bolcheviques habían encarcelado al suegro, confiscando sus minas.

¿Saben en tu país lo que han hecho con nosotros los bolcheviques? Mírame. No te fijes en el posible encanto de mi rostro, mira más adentro, hasta percibir el palio de tristeza que cubre mi alma. Mira mis manos, entre las que tanto he llorado. ¡Pobres rusos de mi Rusia!

Con dinero todo se compra. Yo lo tenía. Cinco días después, mi suegro salía de la prisión. No me arrepiento, y sin embargo... Se instaló en mi casa, y una noche... forzó la puerta de mi alcoba. Estrujándome entre sus brazos, mientras yo gritaba de terror, me decía: «¡Cuanto más muerdes, más te deseo!» Yo no soy fuerte... él era hercúleo... Me desmayé a sus pies... ¡fué un miserable!

Por aquel entonces, el bolcheviquismo estaba en todo su apogeo y el hambre minaba la Siberia. Me alimentaba de mendrugos de pan de avena y, cuando la suerte me favorecía, de cohombros crudos. Mi hija... me olvidé contarte... seis meses después de la muerte de Pavlik nació Nadiaska... Mi hija crecía y ya empezaba a hablar. De pronto cesó de balbucear sus dulces palabras... ¡El hambre la hacía enmudecer! En vano recorrí todo Tchita buscando un vaso de leche. Una mujer lo

soporta todo menos el ver morir de hambre a su hija. Acabaron por detenerme una noche en la que, loca de ira, gritaba ante el palacio del *atamán* Semenoff que al menos salvarsen a los niños.

Un mes antes, un incendio había devorado el resto de mi fortuna, mis vestidos, mis alhajas, mis pieles, hasta veinte mil rublos del zar que pude retirar a tiempo del Banco de Siberia. Murió mi pequeña Nadiaska. La desgracia atrae a la desgracia.

¿Quieres una manzana o un cigarrillo? ¿Quieres té? ¡Oyes cómo silba el viento en la calle!... Sobre Siberia cayó una terrible noche de maldición. ¡Tenía que huir! ¡Felices mis hermanas de Petrogrado que pudieron expatriarse a tiempo! Yo soy siberiana, hija del este. Emprendí mi camino... Escucha.

¿Has visto, en tus viajes, esclavas? Mírame bien. Yo soy una de ellas. Las mujeres rusas y errantes del Extremo Oriente estamos en poder de los chinos.

Hizo un ademán como si apartase de su cuerpo algo repugnante.

— ¡Chinos! ¡Yo soy de tu raza! ¡Soy blanca! Si he pecado ha sido siempre con la cuerda al cuello. En fin, lo que pasa ha de pasar.

¡Pobres rusas! Pagamos por los americanos,

por los ingleses, por los tuyos, los de tu país. El amarillo encuentra hoy un blanco sin cónsul, sin embajador y se ensaña con él. Pero... te contaré toda la historia. ¿Estás bien en esa butaca? ¿Qué harías, solo, en tu cuarto? La noche es larga y ahora empieza. Después...

Cuando los rusos del este, empujados por el hambre, cruzamos la Mandchuria hasta Harbin, la esperanza de comer, de calentarnos y, sobre todo, de escapar al terror, animaba al triste rebaño de mujeres ignorantes, dispuestas, a pesar de todo, a creer aún en la posibilidad de una vida menos maldita. Millares de infelices cayeron como pájaros que huyen de la tormenta sobre la muralla de la China. Casi todas quedaron detenidas en Harbin.

—Hasta aquí y no más allá — nos dijeron los chinos.

Indefensas, jugaron con nosotras. ¿Pasábamos en coche? Lo detenían.

— ¡Pagad! — ordenaban.

Y haciéndonos bajar, ocupaban nuestro sitio.

En plena calle intentaban mortificarnos. Si retrocedíamos de espanto, escupían sobre nuestros pobres abrigos.

Una noche, yendo sola, me cogió por la barbilla un canalla, sin decir palabra, mientras con la otra mano me ultrajaba. ¿A quién quejarse?

— ¡Sois nuestras! — decían los chinos. — Y cuando haga menos frío, si queréis comer, tendréis que desfilas desnudas por las calles. ¿Sabben esto en tu país?

Mujeres rusas, tan orgullosas de ser mujeres, no podíamos ni sospechar tales humillaciones.

¡Figúrate! Casi todas éramos pobres, extraviadas, viudas, verdaderas siniestradas, ¡y teníamos que vivir! Cada cual tiró por donde pudo. No sabíamos dónde estaban los nuestros, nuestras familias... No teníamos dinero..., ¡ni un rublo!... No sé lo que han hecho en Constantinopla y en París nuestras compatriotas; yo, propietaria de minas de oro en el Amur, lavaba platos, tocaba el piano y presentaba la factura a los clientes de un pequeño restaurant de Harbin. Tenía por misión explicar a los que protestaban que si el total era considerable, cada detalle representaba el precio justo de compra, en aquellos tiempos en los que la sociedad, el mundo entero, se tambaleaba sobre su base.

A cambio de esto se me dispensaba de sentarme sobre las rodillas de los clientes, y el patrón, un americano de San Francisco, me protegía contra los chinos, porque pertenecía, según explicaba, al *Salvation Army* en honor a la memoria de una tía suya.

Un día — vivíamos cinco desgraciadas en una *datcha* (casa de campo) — entró un chino que hablaba ruso, seguido de varios más, en nuestra habitación. El intérprete dijo:

—Mañana pondrán vuestros trastos en la calle y a vosotras también.

Fíjate que pagábamos el alquiler puntualmente.

—A menos — prosiguió señalándome — que ésta vaya a hablar con mi amo.

¡Ah, no! ¡No podía, te lo aseguro! ¡Un asco indecible me invadía al pensarlo!... ¡No!... ¡No!... Sentía escalofríos por todo el cuerpo, el frío que se siente al ver un reptil.

La quinta compañera, que estaba ausente, entró en aquel momento. Era Natacha. ¡Qué bonita era!...

—Que venga ésta a hablarle — dijo el chino.

—¿Qué pasa? — preguntó Natacha.

Se lo dijimos, y mirándonos a las otras cuatro dijo:

—Iré a ver al amo.

—En seguida — ordenó el chino, — sube al primer piso.

Subió y nosotras nos arrodillamos y, *entretanto*, rezamos por nuestra hermana.

Tú ya sabes que eso de las espías rusas son tonterías inventadas por los novelistas, pero a

los chinos les conviene mantener la farsa... Espera, voy a darte *papirosses*. Fúmalos poco a poco para que las horas pasen más despacio. ¡Hace tanto tiempo que te esperaba... y te vas mañana!

Me preguntas por qué estoy encerrada en este cuarto del hotel. ¡Oh mi francés! ¡Cómo se ve que acabas de llegar! ¡Tengo veintitrés años y te puedo dar lecciones! Antes era rusa. Hoy... mi país ha perdido hasta el nombre. Me detienen porque no soy nadie. Paloma viajera, han derruido mi palomar, y los chinos tiran sobre mí para distraerse. Voy camino de Shanghai, donde desde hace dos meses está establecido mi hermano.

Salí de Harbin hace diez días. Llego a Mukden; me instalo aquí. La policía llama a mi puerta. Enseño mi pasaporte. Abren ese maletín y encuentran cien luisas en oro que mi hermano me había enviado.

—¡Estado de guerra! — me dicen.

¿Qué guerra? Me confiscan mis monedas de oro. Telegrafían a Harbin y a Shanghai. De momento soy sospechosa. Rubia, rusa y bonita... soy espía. Y... ya lo ves... Espero.

—Nena — le digo, — toma el té. Tienes frío.

—¡No! — me contesta. — Tú me darás calor... ¡No marchas hasta mañana!



EL TRAFICANTE EN PIELES

Un *rickshaw* indecente me llevaba hacia la estación de Pekín. En realidad, ¿por qué me las guillaba? Estuve tentado de llamar al coolie y decirle: «Myako Hotel, amigo; al fin y al cabo... igual dará hoy que mañana.» Pero... también tendría que marchar mañana.

¡Ruede la bola! ¿No sé por experiencia que lo más penoso es llegar hasta la estación? Una vez en el tren... ¡El pasado es el pasado!

Durante el día había hecho otra visita al señor obispo francés:

—Monseñor — le había dicho, — vuestros chinos han encerrado en el hotel a una mujercita rusa preciosa.

—Y ¿de qué se queja, hijo mío?

—No siendo más que ortodoxa, no es muy católica, pero vengo a ponerla bajo vuestra protección. Le han confiscado cien luisas, no la dejan ir a reunirse con su hermano y hasta me huelo que premeditan violarla.

—Hijo mío, acaso nos sea posible hacer que le devuelvan su peculio y que se reuna con su pariente. En cuanto al resto, prefiero confesar que no respondo de lo que pase. ¿Es robusta?

—Tiene uñas.

—Le valdrán de más que mi protección. En China, hijo mío, y especialmente en períodos de perturbación, las mujeres...

—Gracias — me había dicho la siberiana, — gracias por haber hablado de mí a tu gran poppe. Y ahora... buena suerte en la vida y márchate sin mirar hacia atrás.

Eran las ocho de la noche. La ciudad mandchú no se distinguía precisamente por la esplendidez de su alumbrado público, y el infeliz coolie sudaba la gota gorda sacando el *rickshaw* de los baches. ¡La noche será fría y hoy no tendré un abrigo de bisonte!

Cuando llegué a la barraca que servía de estación, un europeo enfurecido daba puntapiés al cerrado ventanillo.

—¡Buenas noches! — saludó el hombre.

—¡Buenas noches!

—¿Es usted francés de aquí?

—¿Y usted?

—Yo soy un... ¡No me diga que son las pieles lo que le trae por estos andurriales!

—No son las pieles.

—¡Me alegro! Ya no hay animales bastantes para mí. Si fuéramos dos... nos habríamos lucido. Y además, compatriota, no es un oficio. Soy comprador de pieles. A fuerza de traficar en pellejos, acabaré dejando el mío. ¿Quiere usted una pastilla de regaliz? En esta tierra hay que chupar regaliz perpetuamente. ¿Estaba usted en el Myako-Hotel? Le vi entrar. No es que le siguiera a usted, seguía el olor de su tabaco. ¿Le queda un poco? ¿No? ¡Lo siento! De haberlo sabido, le habría abordado ayer. Tome un regaliz.

El taquillero asomó el hocico. El comprador de pieles empezó a insultarle con acento borgoñón :

—¡Piltrafa inmunda! — le decía. — ¡Hijo de piojos, saco de opio, al parecer te tiene sin cuidado el que yo pesque una bronquitis en este nido de pulgas! ¡Toma! Ahí va mi dinero, venga un billete y dale otro al compatriota. ¿Dónde va usted? Va a Pekín, ¿lo entiendes? Va a Pekín. A mí, dámelo hasta Yung-Ping-Fu. Soy más modesto. Cuanto menos se va en tu tren, mejor parado se sale, Buda falsificado.

—Hace diez y siete años que me insultan en chino y no entiendo ni jota de lo que me dicen; por eso me desquito en francés y estamos en

paz. ¿Tiene usted baúles? ¿No? Mejor. Los chinos se nutren de arroz y del contenido de los baúles ajenos. Venga por aquí. Nos instalaremos juntos y así podremos dormir por turno. Usted velará dos horas y luego me despertará para que yo monte la guardia a mi vez. Así quizá conservaremos las carteras intactas. Tome un regaliz.

—En China, cuando es de noche, lo es de veras — dije yo.

—¿Se refiere usted al alumbrado? Los faroles están en su sitio, pero el gas está en Bélgica. La encargada del alumbrado de Manchuria es una empresa de Bruselas y... el gas necesita un rato para llegar desde tan lejos. Seguramente no será esta noche cuando llegue. Sígame y si ve que me caigo, deténgase. ¿Ha traído usted huevos? ¿Qué piensa usted comer hasta Pekín? De esta hecha nos quedamos sin regaliz. Venga por aquí.

Nos instalamos. El pellejero exploró el tren y volvió.

—Somos nueve. ¡Buen negocio! Los bandidos no cubrirían gastos atacándonos. Dejarán pasar el convoy. Usted no tiene aspecto precisamente de Nabab. ¿Qué vende? ¿Está empleado en Aduanas?

Por poco si le estrangulo.

—¡Perdón! Más vale así. No quisiera irme al otro barrio sin haberme *cargado* un aduanero. ¿Usted tiene la misma ambición? ¡Chóquela!

Partió el tren.

—Es casi seguro que llegaremos. En este país el esqueleto aun es fuerte. Lo más podrido es la piel. No hablo de las que yo compro. Ya me entiende. Se descompone la carne, pero los huesos quedan, llenos de meollo. Antes de ocho días empezarán a zurrarse la badana. ¿Conoce usted a Tsang-Tso-Ling? Es Moloch. Si se le aprieta el ombligo echa lumbre por la boca. Y la China es él. ¡Y pensar que tienen un delegado en la Sociedad de las Naciones que hasta gasta levita! Me han asegurado que es el vicepresidente. ¡Habla en Ginebra en nombre del derecho internacional!

El marchante tuvo que contenerse el vientre para no reventar de risa.

—Tome un regaliz. ¡Es todo lo que se me ocurre!

Me dió también huevos y luego me pasó revista. Vió que llevaba calcetines de hilo y me armó un escándalo tremendo.

—¡De hilo! ¿Y la geografía? ¡Si no se quita inmediatamente esos calcetines toco el timbre de alarma! Tenga un par. Se lo regalo.

Póngaselos. Sólo de verle me da frío. Estos son calcetines mongoles, compatriota. Con ellos puestos y algún regaliz...

Venía de Mongolia y venía descontento.

—¡Mal negocio! La anarquía reina hasta entre los animales. No se les encuentra por ninguna parte. Antiguamente se conocían sus hábitos, pero ahora... ¿dónde van? No se sabe. Tsang-Tso-Ling lo ha desbaratado todo. No se puede comprar más que cabra montés indecente. Ya sé que en París la bautizarán con algún nombre aristocrático. Cuando recibo los catálogos, paso un rato divertidísimo. ¡Qué nombres inventan esos pillastres para dar salida al género! ¡Deben de tomarlos de las casas de fieras! ¡En fin! Para quien compra las pieles hoy día... bien está. ¿Piensa usted volver a París pronto?

—Dentro de un año.

—Antes que yo. Hágame un favor. Tenga mi tarjeta. «Betillon, de la Casa Noël Reveillon.» Cuando llegue allá, vaya a ver al señor Morin, Pablo Morin. Es mi jefe. Le encontrará bien vestido, mejor peinado y con las patas sobre la caja de caudales. Apúntese el nombre. Pregúntele usted: «¿Tengo el honor de hablar con el señor Pablo Morin?» El le contestará: «Servidor de usted.» «Vengo de par-

te de su comprador, de Betillon. Le encontré a su regreso de Mongolia en ruta hacia Hanke, etcétera. Ha recibido su grata del doce de diciembre.» Entonces él le dirá: «¡Ah, sí! Perfectamente. Tome usted asiento.» Cuando se haya usted sentado, añadirá: «El señor Betillon me ha encargado que le diga que es usted un rocín.» Y entonces puede usted marcharse.

Al parecer no produzco lo bastante. Mis envíos no valen lo que los del año pasado. El señor Morin lo ha descubierto él solito, desde su piso de la calle de Rívoli. Los animales de 1924 no tienen el pelaje tan perfecto como los de 1923. Por su postdata me ha parecido comprender que me acusaba de ocultarme en los bosques esperando el paso de las hembras preñadas para asustarlas y que el pelaje de sus crías sea de inferior calidad. Toda su habilidad consiste en ir a cazar faisanes al Loiret. ¡Que confeccione boas con las plumas de sus bichos, pero...! ¡Por...! ¡Más vale callar!... Veo que usted me comprende. Tome un regaliz.

Hacía tanto frío, que pasamos un rato dándonos puñetazos en la espalda para entrar en calor.

—Devuélvame mi tarjeta. Voy a poner dos

letras. Cuando necesite usted un abrigo para alguna amiga le haremos precio especial. ¿Por qué viaja usted? ¿Para hacer fortuna o para gastarla? Si es para gastarla, podría encontrar un país más divertido, y si es para hacerla... está fresco. ¡Hasta luego! Voy a dormir primero.

A las siete de la mañana llegó a su destino. Ni el nombre de la estación estaba escrito en europeo; marchó con sus bártulos al hombro y creí que ya había desaparecido cuando golpeó el cristal de la ventanilla con su bastón.

— ¡Pablo Morin! ¿Eh? Si no le gustan mis pieles, ¡que haga curtir la suya! Y sobre todo dígame que es un rocín... Es mi jefe. ¡Adiós!



UN DIA BASTANTE PINTORESCO EN PEKIN

¡Estoy loco de alegría! ¡He conseguido encontrar mi Eldorado! Hay hombres ambiciosos que van por el mundo buscando minas de oro; otros, amantes de la luz, compran pozos de petróleo; los terceros esperan noches enteras, en las escalofriantes *jungles*, el paso del tigre carnicero. Yo, un servidor de ustedes, buscaba el país sin dueño, la ciudad quimérica de la anarquía absoluta... ¡Dios ha escuchado mi súplica!... ¡Ya di con ella!... ¡Es Pekín!...

¿Quién quiere el Templo del Cielo, cuyas tejas son tan azules que los ángeles se equivocan y creyendo estar en su habitual morada pasan la noche en los tejados? ¿Quién compra el Palacio de Estío? ¿Quién quiere darse el gustazo de derruir veinte metros de la sagrada muralla para levantarse una casa con las históricas piedras? ¡Todo está en venta! La feria

más monumental de los tiempos antiguos y modernos está abierta al público. Aficionados a las antigüedades, a los monumentos catalogados, Rockefeller y los demás potentados de su calaña... ¡Venid! ¿Queréis los sepulcros de los emperadores Ming? Os los vendo. Incluso os firmo en la factura el permiso de exportación a San Francisco... A Rothschild le ofrezco el Templo de los Lamas. ¡Es todo el Tibet! Si lo desea, haremos un lote incluyendo los lamas mismos. Es buen negocio. Los bonzos son unos ayunadores formidables, de manera que su manutención sería cosa de poco. Si el señor barón acepta, no tiene más que telegrafiarne. A los cuarenta y cinco días recibirá el monumento, los sacerdotes, los piojos y las estatuas impúdicas, vía Marsella.

¿Quién quiere el Ara del Sacrificio, de mármol blanco, en la que los emperadores vestidos de azul venían a las tres de la madrugada, en la segunda noche después del plenilunio, a degollar, de cara al cielo, con sus propias manos marfileñas, la víctima ofrecida? Es una magnífica pieza. Debe de pesar lo suyo, pero todo tiene arreglo. Las Mensajerías Marítimas concederán un treinta por ciento de descuento en el precio del transporte. Yo me encargo de ello. El Ara podría servir, por ejemplo, para

exhibir dos mil bailarinas internacionales. Sin regateos..., precio neto: un millón de dólares (sin portes). Es regalado. ¿Quién lo quiere? ...

Entre las murallas de Pekín la anarquía borbolla. Pero es una anarquía simpática; algún sablazo de vez en cuando, pero nada de terror. Sonrisas, carcajadas... Nunca me había reído tanto como desde que estoy en Pekín. Me despierto para reír, en la mesa me atraganto riendo y por la noche no puedo conciliar el sueño de lo que me río. Debe de haber *haschisch* en el ambiente.

¿Queréis que vivamos juntos este día de hoy?

Las ocho de la mañana. El *boy* entra en mi cuarto. No os negaré que preferiría que entrase el primer premio de belleza del concurso del *Journal*, pero... es el *boy*. Inmediatamente me grita:

— ¡Todo va bien!

Eso quiere decir que ni mi viejo compadre Tsang-Tso-Ling ni Wu-Pei-Fu, ni ninguno de los veinte piratas armados que merodean por los alrededores han entrado durante la noche

en la capital del sur. En una palabra, que impera el orden.

— ¡Bueno! — le digo. — No te emociones y tráeme el *Journal de Pekín*.

Voy leyendo :

«Ayer por la tarde los catedráticos de las Universidades, cansados de no cobrar desde hace seis meses, fueron en masa al Ministerio de Instrucción Pública, tomando posiciones en la antecámara, en la que han pasado la noche, declarando que no la abandonarían sin cobrar. Los catedráticos femeninos, habiendo imitado el ejemplo de sus colegas masculinos, tomaron por asalto el salón ministerial, en el que pasaron igualmente la noche.

En vista de que se negaban a retirarse, el ministro decidió alimentarles, para lo cual requirió el concurso de veinte cocineros extraordinarios y dispuso cincuenta mesas, veinticinco para los hombres y veinticinco para las mujeres.»

— ¡*Boy!* ¡Mis zapatos, mi sombrero, mis guantes! ¡Voy a ver a ese ministro!

Tomo un *rickshaw*. Llego cuando él salía.

— ¡Qué lástima! — digo.

— Suba al coche conmigo.

Iba a la Presidencia del Consejo a presentar la dimisión.

—Pero — le digo — el Presidente del Consejo no debe de estar en casa. Hace ochenta y tres días que está en Tientsin, usando de licencia.

— ¡Alguién habrá quedado!... — replica. — Cuando menos se espera...

Llegamos. Un friso de arrogantes dragones realzaba la morada del Presidente al nivel del primer piso y dos leones chinos de aspecto jovial, sentados sobre un anca, hacían los honores de la entrada. El ministro interino pregunta por el representante del sustituto del Presidente... Tampoco le conoce nadie. En un arranque de resolución, entrega la renuncia de su cargo al portero mayor.

Entre éste y el ministro se entabla una terrible polémica:

—¿Qué le decía a usted? — pregunto después.

—¿Ese? Me aconsejaba que no renuncié al poder.

¡Que me corten la mano, los cuatro dedos y el pulgar si no es auténtico lo que acabo de escribir!

Las diez. Pasemos por el hotel. En el hall me encuentro con una comisión. Son empleados del Ministerio de Finanzas. Este ministerio poseía en un banco un depósito de ga-

rantía y los empleados opinaban, con muy buen acuerdo, que la mejor manera de invertir ese depósito era garantizándoles de no morir de hambre. Extendieron un cheque con todas las de la ley y el gerente de los fondos públicos, reducido como ellos a la última pregunta, lo avaló.

Mas... ¡terrible desengaño!... El cheque era válido, pero el banco no tenía con qué pagarlo. En vista de ello, los funcionarios venían al hotel, en el que se alojaba uno de los gerentes del banco en cuestión, con idea de presentarle sus respetos.

El gerente, oliéndose la quema, tomó como primera precaución la de escapar por una puerta falsa y tomar un *rickshaw*.

Los famélicos burócratas estaban ojo avizor. Le vieron huir y cheque en mano saltaron en cuantos *rickshaws* encontraron, chillando como cochinillos enfurecidos, y lanzáronse en su persecución. Desgraciadamente, el viento amarillo envolvió la tragedia y el resto de la historia se perdió entre el polvo.

Salgamos. Apoyados contra la muralla que circunda el barrio de las legaciones, dos ciudadanos se retuercen de risa. Desde que estoy en Pekín no consiento que nadie se ría sin contar conmigo. Me acerco.

Leen un anuncio redactado en francés, inglés y chino, que copio literalmente :

«AVISO : El ministro de Comunicaciones anuncia a todos que los bienes pertenecientes a los ferrocarriles, como edificios, rails, vagones, barcos y materiales diversos, incluso los bonos del Tesoro, por pocos que haya, son propiedad del Estado. Después de haber ordenado a las diversas administraciones de ferrocarriles el que se abstengan de venderlos o utilizarlos como garantía de préstamos personales, el ministro se cree en el deber de declarar, por el presente aviso, que si alguna administración china vendiese los citados bienes, la operación carecerá de validez legal, reservándose el derecho de imponer las debidas sanciones cuando cambien los tiempos.»

Tomemos ahora un *rickshaw* para ir a Chien-Men o la Puerta Anterior. Un ex ministro desterrado, pero que se ha amnistiado a sí mismo, quiere invitarme a almorzar. Supongo que debe vivir oculto. Hace seis meses hice con él la travesía y en aquella ocasión me confesó no estar por demás seguro de la prudencia de su decisión de regresar a su patria.

—Tendré que tomar precauciones... — me decía.

Ya hemos llegado. El és. Cada día me recuerda más a un muñeco de marfil. Me presenta a uno de sus otros invitados:

—¡El jefe de policía!

—¡Cómo! — le digo. — ¿Pretende usted ocultarse e invita a su mesa al jefe de policía?

—Es inofensivo. ¡Cómo ya no hay policía...!

—Es exacto — me dice el eminente funcionario. — Tengo bajo mis órdenes a millares de hombres, pero desde hace algún tiempo no sé a quién deben obedecer... desde luego, a mí no.

—¡Pero... en la calle se ven muchos...!

—¡Demasiados! No me atrevo ni a salir de casa. En cuanto me divisan, me persiguen para que les pague.

—¡A dónde hemos llegado! — exclama mi compañero de navegación. — ¡El jefe de policía teniendo que ocultarse de sus esbirros como un ratero vulgar! Comprenderá usted que en estas circunstancias no es peligrosa su amistad...

¡Magnífico Pekín! ¡Flor grandiosa de Asia! No eres solamente causa de hilaridad, sino de deleite. Por lo mismo, voy a pasear, al caer la tarde, por el montículo de paisaje ilimitado que llaman la montaña de carbón. En mi paseo encuentro al Ministro de Francia.

—¡Excelencia! — le digo, — ¿sóis arqueólogo? He visto al pasar que practicabais excavaciones en vuestro jardín.

—¿Excavaciones?

—Y para mayor dolor, en secreto. Los *boys* excavan, pero en cuanto oyen pasos, disimulan.

El señor Ministro de Francia comprendió al instante que mi ignorancia de las peculiaridades de la vida pekinesa es ilimitada.

—No hacen excavaciones — me dijo, — antes al contrario, entierran tesoros.

—¿Tiene vucencia tesoros enterrables?

—Perdóneme la franqueza de expresión, pero... es usted tonto. No son tesoros de mi propiedad lo que entierran. Son los suyos, los de sus padres, sus hermanos, sus amigos. Temen disturbios y ocultan sus bienes. En todas las Legaciones ocurre lo mismo. Es interesantísimo el observar el proceso, porque representa el mejor barómetro de la situación política. ¿Entierran? La cosa va mal. ¿Desentierran?... Todo marcha viento en popa. La diplomacia es el arte de los matices.

Aun no hemos terminado el día, afortunadamente, porque nos queda por ver al general Gaute. Si paso veinticuatro horas sin ver al general Gaute se me resiente el hígado. Gaute es un sargento sueco convertido en general chino.

Vino de su lejana Escandinavia hace pocos años en calidad de comisionista de cerdas de puerco superfinas, barruntando 'que tan delicada mercancía sería muy apreciada 'de los mandarines para usos que él mismo no acababa de ver del todo claros. No habiendo hecho fortuna, se hizo general. Después... todo fué como sobre ruedas.

Vedle; viene hacia nosotros.

—Mi general, ¿por qué tanta prisa?

—Voy a ver si acabo de liquidar esa historia de ayer, ¿sabe usted? Esos soldados que asesinaron a su coronel porque no les pagaba. Venga conmigo.

—¡Muchas gracias! No puedo decir que me encante ese género de diversión. ¿Supongo que como primera providencia los hará pasar por las armas?

—¿Fusilarlos? ¿Está usted loco? ¡Voy a darles algo de dinero a cuenta para que no me degüellen esta noche al último coronel que les queda...!



EL MUY ENTRETENIDO JUEGO DE LOS DESPROPOSITOS

¡Que me despierten! ¡Que me azoten si es preciso, pero que me hagan volver a la realidad! Me parece estar soñando.

Ved lo que leo en la *Politique de Pekín*:

«Un Decreto Imperial de fecha 15 de marzo último promueve a la categoría de mandarín de primera clase, en función de guarda imperial cerca de S. M. Hien-Tung, a Yung-Tuan... El mismo Decreto le concede el privilegio de ir a caballo en el recinto de la Villa Vedada. La razón es que nuestro joven Emperador (17 años) ha concertado su enlace con la hija de Yung-Tuan. La novia tiene diez y nueve años y, según se dice, es muy atractiva.

A la vez que la emperatriz, se ha elegido una concubina para el joven hijo del cielo. Es la hija de Tuan-Kung, mandarín de quinta clase, y cuenta diez y seis años.»

¿No me habían dicho que la China era una República? ¡Quién era el bromista que se ha-

bía permitido tomarme el pelo de semejante guisa ?

Pero quedaba otro párrafo :

«La joven llegó de Tientsin el viernes a las diez y media, habiéndole sido rendidos honores con escolta y música. Montó en automóvil, y precedida de varias filas de ciclistas se dirigió hacia palacio. Seguían en nueve automóviles los altos funcionarios, enviados de su majestad, parientes, etc., etc. La futura concubina llegará igualmente en breve.»

¡Mi sombrero!... ¡Venga mi sombrero!...
¡Vengâ mi bastón! ¡Mis mejores guantes!...
¡Quiero luz!... ¡Quiero saber lo antes posible, para mi tranquilidad espiritual, bajo qué régimen se vive en China!...

El *boy* del ascensor es una criatura, pero es chino. Quizá me ilumine.

—¡*Boy!* ¿En China hay República o Imperio ?

Con una dignidad impropia de sus pocos años, tira de la cuerda de su jaula sin contestarme.

—No es broma — le digo. — Si me contestas te doy un dólar.

—No lo sé, sir.

¡Bueno va! ¡No lo sabe! ¡Nadie lo sabe!
¡Evidentemente, yo tampoco!

¿Quién podría sacarme de dudas ? ¿Esos tu-

ristas americanos que llevan aún el jamón del desayuno en las mejillas?

—¡Perdón! — dígoles acercándome. — La China ¿es una República o un Imperio?

Desde las olímpicas alturas de su superioridad, lanzan una mirada que indica claramente me toman por un loco famélico.

Salgo, dirigiéndome a Correos. El empleado, chino, está en su ventanillo. Procuro captarme su confianza comprándole sellos, preguntándole si el servicio marcha a su completa satisfacción...

—Dígame usted, amigo. ¿Podría sacarme de un aprieto? En China ¿tienen ustedes un Presidente de la República o un Emperador?

—Ambos — me contesta.

Tomo la puerta y me apoyo en el árbol más cercano. Necesito meditar.

Vamos a ver. Ayer hablé con un señor. Le di la mano. Pude apreciar que tenía aproximadamente un metro ochenta de estatura. Me dijo que era el jefe del Estado, el *único* jefe del Estado. Dos horas después, me envió su retrato. ¿Será que veo visiones?

Alguien me toca en el hombro. Es un chino, noble amigo de Mukden.

—¿Está usted indispuerto? — me pregunta al verme agarrado al árbol.

—No; estoy perplejo. A propósito, ¿quién es su jefe de Estado?

—Depende de lo que quiera usted decir.

—Quiero decir, simplemente, lo que digo: ¿quién es su jefe de Estado?

—Entonces, simplemente, el jefe del Estado es el presidente de la República, pero, además, tenemos al emperador, y para mí, el amo es Tsang-Tso-Ling.

—¡Que usted lo pase bien!

Voy al barrio de las Legaciones. Pensando honradamente es el lugar más indicado. Me engancharé al primer diplomático que encuentre.

Precisamente se acerca uno con su raqueta bajo el brazo. Es el secretario de *La Belgique*.

—¡Y eso es la diplomacia! — filosofé. — Está probablemente tan enterada como yo de quién es el jefe del Estado y se va a jugar al tennis tan campante.

—¿El jefe del Estado? — musita mi víctima, rascándose el lóbulo de la oreja izquierda.

«Bélgica» llama en su ayuda a «Dinamarca», igualmente armada de su raqueta.

—¡Hum...!... El caso es que...

Ambas potencias piden socorro a «Italia», portador de la tercera raqueta.

—¡Curiosas costumbres las de esta tierra! —

pensaba yo. — En Pekín debe de ser preciso sacar a paseo a las raquetas, como en Francia a los perros falderos.

Los tres Talleyrands, después de celebrar consejo de gabinete, me declaran :

—La verdad es... que... es muy difícil de precisar.

—¡Mil gracias!

Lo mejor será ir al periódico que ha lanzado la noticia. Dejemos pasar primero esa caravana de camellos. ¡Felices animales, que no dan un paso más largo que otro! Se conoce que no han leído la *Politique de Pekín* de esta mañana. Pero... ¡no todo el mundo puede tener la suerte de ser camello!

— ¡Buenos días, señor Monestier!

—Buenos días; parece usted preocupado.

—Sí; esta mañana publican ustedes...

Le enseño el cuerpo del delito.

—Perfectamente.

—¿Es *guasa*?

—Nada de eso.

—Entonces, ¿China no es una República?

— ¡Claro que sí!

—¿Y el emperador? ...

—Es el emperador de la República de China.

—Pero ¡esta República tiene un presidente!

—Entonces, digamos que es el emperador del presidente de la República de China...

—No se burle usted de mí, Monestier. Comprenda que no me puedo marchar de China sin saber si es una República o un Imperio.

—¿Cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Cuarenta días.

—¡Bah! Hace diez y siete años que yo estoy en Pekín y aun no lo sé.

—¡Hace diez y siete años..., y dirige usted un diario que se llama la *Politique de Pekín*, y...!

—¡Palabra de honor!

—Monestier, me está usted tomando el pelo lastimosamente, y eso no está bien entre amigos... Adiós.

Me encaminé a ver a su rival. ¡Yo soy así! ¡Ojo por ojo..., noticia por noticia! Su rival es el señor Alberto (con un nombre así ha de tener talento a la fuerza), Alberto Nachbaur, y regenta el *Journal de Pekín*. Vive en un *hutong*, vulgo callejuela, pero eso en Pekín parece estilizarse mucho.

Nachbaur, en mangas de camisa, cantaba a grito pelado cuando llegué.

—¡Qué suerte tiene de estar tan alegre! Ya

se ve que no le preocupa nada. Después de todo, a usted qué le importa que la China sea una República o un Imperio.

—En verdad, me importa tres...

— ¡Nachbaur! ¡Escúcheme un momento!...

El homónimo seguía berreando.

— ¡Escúcheme! Quisiera hablarle en serio...

— ¿Ha venido usted a China para hablar en serio?

— ¿El emperador...?

— ¿Qué le pasa? El emperador es el emperador.

— ¿Y el presidente de la República?

— Es el presidente de la República.

— Dígame: ¿sabe el emperador que no es emperador más que a medias?

— ¡No!

— ¿Quién le paga?

— La República.

— Entonces, ¿sabe que hay una República?

— ¡Qué ha de saber! Cree que es una institución como el Ministerio de Finanzas, por ejemplo.

— ¿En qué relaciones están? ¿Qué hacen?

— Se hacen regalos mutuamente.

— ¡Bueno! Pero... ¿cuáles son sus funciones respectivas? El emperador ¿qué hace?

— Se dedica a la cría de patos.

—¿Y el presidente de la República?

—Se los come.

—Nachbaur, amigo del alma, permítame que le diga que me han traído a China cuestiones muy serias...

—¡Otro que ha venido a China por cuestiones muy serias! Lo menos se ha propuesto usted *descubrirnos* al chino. Si no quiere usted tomarlo a broma, por lo menos déjeme reír a mí. Hace un mes que se está usted echando a perder lo que le sirve de mollera. Quiere comprender *lo que pasa en China*. Cuando va usted al cine a ver una película cómica ¿se le ocurre cogerse la testa entre las manos para meditar sobre el argumento? ¡Nada de eso! Deja a sus meninges en paz y se da un verde de risa. La China es Charlot. Es el Charlie Chaplin de la pantalla política. ¡Ríase usted, viejo camarada! Rusia es el drama. China es la farsa burlesca.

—¡Y usted es un farsante! ¡Abur!

Sin reparar en gastos tomo un *rickshaw* y me hago llevar a la morada de la encarnación de Buda sobre la tierra.

El Buda encarnado es un personaje de la categoría de Pío XI, pero para la religión lamaísta. El principio es infalible. Además, su carácter santificado me parecía ofrecer todas las garantías de seriedad.

A mi llegada, el Buda hecho hombre estaba en oración al fondo del cuarto patio.

Rodeando al santo una treintena de bueyes, ciervos, rinocerontes y diablos terroríficos, bailaban la Pu Tch'a.

De momento me quedé estupefacto, pero sin gran esfuerzo mental comprendí que aquellos animales coreográficos y bípedos eran bonzos tibetanos, ataviados de sendas cabezotas de cartón representativas del animal que encarnaban.

La danza era una plegaria para alejar los espíritus malignos.

A pesar de la posibilidad de que fuera una indirecta, me quedé.

La algazara duró diez minutos, pasados los cuales aparecieron dos lamas eunucos llevando a hombros un monigote parecido a una figura de nieve. Era la efigie del diablo.

Reanudaron el baile.

Los que representaban rinocerontes bramaban como ciervos; los ciervos aullaban como chacales famélicos; los bueyes piaban como gorriones y los diablos tenían voces arcangélicas.

Toda la caravana desfiló tras la estatua del diablo pasando en procesión al quinto patio, en el que había dispuesto un gran montón de hier-

bas secas. Los eunucos tiraron encima al diablo. Reinó el silencio.

El Buda encarnado se acercó a la pira. De entre sus innúmeras vestiduras consiguió sacar una caja de cerillas japonesas. Le falló la primera; le falló la segunda. El silencio seguía reinando. A la tercera soltó un rotundo taco tibetano. La cuarta ardió. Inclinandose, prendió fuego a las hierbas. Fué como una señal: los bonzos empezaron a tirar petardos. El diablo, al estar en su elemento, empezó a desprender un olor a pan caliente. ¡Era de harina!

La ceremonia había terminado. Me acerqué a la encarnación de Buda.

—¡Oh tú, tres veces santo! — dije. — Ante todo dignate bendecir al infiel casi postrado ante ti y después, ¡oh pozo de sabiduría!, lleva tu condescendencia hasta decirme quién rige hoy los destinos de la China.

—Padma Gambhava, hijo del Loto, eterno espíritu vivificante.

—Bueno, y aparte de él, ¿es su majestad el emperador o su excelencia el presidente de la República?

—Aparte de él... — respondió el santo.

¡Iba a obtener, por fin, la clave del problema chino!

—¡Aparte de él!... ¡Qué importa!



EL SEÑOR PU

—Se decide usted a entrar ¿sí o no?

Desde hacía un momento un tímido dedo acariciaba la puerta de mi cuarto número 518.

La primera vez dije buenamente: ¡Adelante!

Después grité: ¡Adelante!

Y luego: ¿Sí o no?

Se abrió, por fin, la puerta y vi rodar hasta mi mesa algo que de pronto creí era uno de esos gigantescos balones que los clowns acostumbran hacer rodar por las pistas de los circos en sus fantochadas. Pero me equivocaba: era un hombre.

Embutido el torso en un camisón azul, las piernas o los pilones que le servían de piernas ocultas bajo una abreviada falda negra, tan curioso espécimen de humanidad, que debía de tener, a lo sumo, un metro cuarenta de alto por un metro cuarenta y dos de ancho, avanzaba ro-

dando como un peón. Sus facciones eran exactamente las que los lioneses han atribuído a Gnafron.

En la época casi prehistórica de mi infancia, Gnafron era un gran amigo mío. Su cara me era simpática. Más adelante comprendí que si se había dado a la bebida, sus razones habría tenido. Pero... no había tenido nunca el gusto de estrechar su mano, y hoy, saliendo de su marco del guiñol, Gnafron estaba ante mí. Este encuentro con tan excelente amigo en pleno Extremo Oriente me conmovió en el alma.

—Siéntese, Gnafron.

—¿Por qué me llama usted Gnafron?

—Porque se parece usted asombrosamente a uno de mis mejores amigos que se llamaba así, y me es muy grato, tan lejos de mi patria, ver juntarse el pasado y el presente.

—Comprendo — dijo, — y tal semejanza me enorgullece. Sin embargo, me llamo Pu. Soy el letrado chino elegido por su excelencia el ministro de Francia en persona para servir a usted de intérprete.

—Los ministros de Francia, señor Pu, son seres de prodigiosa inspiración. ¡Respeto su elección! No dudo de la inmensa ayuda que aportará usted a mi ingrata labor. Mis días chinos, que a pesar de todo no dejaban de tener

su encanto, tomarán ahora un sesgo encantador. ¿Qué opina usted de la situación? ¿Y de Tsang-Tso-Ling? ¿Y de Wu-Pei-Fu?

—Señor, opino que vivo en Hata-Men, en pleno barrio tártaro, por el que pasarán las tropas. El resultado para mí será el mismo probablemente que sean las de Tsang-Tso-Ling o las de Wu-Pei-Fu. No me importa que violen a mi esposa; no supo darme hijos, y mis ojos ya no se recrean en ella, pero mi corazón se estremece pensando en mi concubina.

—Señor Pu, de aquí en adelante correremos la misma suerte. En cuanto presienta que el honor de su concubina peligra, tráigala aquí. Yo me haré cargo de ella.

—Gracias. Era exactamente lo que a la larga le habría propuesto. En los trágicos días que se avecinan, todo chino necesitará de sus amigos. Pero usted habita en el Hotel de Pekín. Aunque, indudablemente, es el mejor, cambie de domicilio. ¿Dónde está el Hotel de Pekín? En campo raso. La soldadesca entrará en él como por su casa. Debe usted trasladar sus bártulos al Hotel des Wagons-Lits. Está enclavado en el barrio de las Legaciones, le protege una sólida muralla y además disfruta de la extraterritorialidad.

—¡Gnafron! ¡Se ve que es usted chino! Cuan-

do todo va a pedir de boca, pedís la abolición de los privilegios europeos, pero en cuanto las cosas toman mal cariz, corréis a ponerlos bajo el amparo de nuestras bayonetas. Es muy humano. Por ahora, hablemos.

—Obremos, señor, y después hablaremos.

Sin esperar mi asentimiento el señor Pu, abriendo mi vieja maleta de piel de cerdo, empezaba a meter en ella los cuatro trapos de mi propiedad particular que colgaban de los cuatro clavos de mi guardarropa pekinés.

—¡Alto, señor intérprete! ¡No se precipite! ¿Dónde está Tsang-Tso-Ling? Por ahora en Mukden. ¿Dónde está Wu-Pei-Fu? Nadie lo sabe.

—¿Dónde están las personas de sentido común? Camino del Hotel des Wagons Lits. ¿Por qué dejar para mañana lo que puede hacerse hoy?

—¡Loado sea el señor ministro de Francia! Ha sabido dar con un intérprete sin igual en toda la China. Deje usted mis camisetas, Gnafon de mi alma; déme usted el brazo y bajemos al bar. Una copa de champaña no ha estado de más nunca. Vamos a beberla. Nos esperan días aciagos y... mi periódico paga.



EL FESTIN O ELOGIO DE LA ANARQUIA

Catorce señores de buena voluntad me han invitado a comer. Los periodistas chinos, para demostrarme la satisfacción con que habían visto lo en serio que yo tomaba mi labor de reportaje, habían decidido honrarme con un banquete de primera.

Una hora antes del trágico suceso hice subir a mi habitación número 518, huevos, jamón, medio kilogramo de filete de buey y postres. Y me alimenté como todo buen cristiano debe hacer antes de asistir a un ágape indígena. Ya reconfortado, marché al restaurant.

La orgía debía tener efecto tras la Puerta de Chien-Men. Ya la conocéis. No habéis estado nunca en China, pero tampoco es preciso haber estado en Londres para formarse idea de Westminster, ni en París para imaginarse la forma

de la torre Eiffel. Chien-Men es la Puerta... Pero, dejemos las descripciones. Pasemos de largo; estoy ya bastante retrasado y así ganaré tiempo.

Iba rápidamente por mi camino buscando el barrio amarillo, de *hutong* en *hutong*. Una muchedumbre innúmera hormigueaba bajo los faroles como los microbios bajo el microscopio.

Divisando un europeo, le dije:

—Usted perdone: ¿el barrio chino es por aquí?

— ¡Cómo! — me respondió. — ¿No lo huele usted?

— ¡En efecto! — dije, tapándome las narices súbitamente. — ¡Muchas gracias!

Para ver más claro, iré por la calle de los fanales donde todos los individuos del mundo, amarillos y blancos, compran farolillos con su nombre pulcramente pintado en chino sobre el papel. Según dicen, hace muy bonito en las antesalas; pero como para tener farolillos es, al parecer, indispensable tener antesala, me creí relevado de comprar uno. ¡No teniendo sala en mi país, mal puedo tener antesala!

Más luz y más ruido. Debe de ser el barrio de los restaurantes. Efectivamente: mi estómago, de ordinario pacífico, protestaba de los aromas.

A la puerta del establecimiento me espera-

ban eminentes colegas. Mi primera frase fué para asegurarles que jamás, en toda mi vida, había experimentado tan formidable apetito. Parecieron encantados de mi cortesía y entramos.

—Señores, esperaba esta noche con impaciencia devoradora. El honor de hallarme en compañía de tan insignes talentos es tal que me ha quitado por completo el apetito. Además, ¿no sería indigno, por mi parte, preferir vuestros manjares a vuestros discursos? Para prestaros mayor atención comeré menos.

Un camarero llenó mi plato de no sé qué magníficas y de fijo acreditadas mondaduras.

—Señores — dije, intentando escamotear hábilmente las inéditas legumbres. — Señores: en estos instantes la China contradice cuantas sólidas ideas puede tener un ciudadano consciente acerca de la necesidad de un Gobierno. Estáis demostrando al mundo que los gobiernos no son indispensables ni a la vida ni a la felicidad de los pueblos.

—¿Qué opináis — me dijo mi vecino de mesa — de este plato?

— ¡Exquisito, colega! Tanto, que con vuestro permiso me guardaré en el bolsillo el resto para mañana. Al viajero que visita este país le

dicen... ¿Me permitís, señores, que os diga lo que le dicen al viajero que os visita?...

— ¡Hablad, colega!

— Seguid comiendo, señores, mientras yo hablo. El Imperio Central está en ruinas. No os acerquéis a sus murallas si no queréis recibir una teja en la cabeza. Ya no posee nada de cuanto constituye la fuerza de un Estado: ni presidente del Consejo, ni ministros, ni generales adictos. Los funcionarios, que deberían cuidarse de que todo funcione, son los primeros que no funcionan...

— ¡Hurrah! — gritaron los catorce letrados.

— Dicen al viajero: tienen un emperador, dos presidentes de la República, tres superdictadores y diez y ocho tiranos de menor cuantía...

— ¡Diez y nueve! — rectificó un colega.

— Sus finanzas están en plan de bancarrota perpetua, su Parlamento ha desaparecido, y el pánico arrastra su cola por todo el país como un cometa.

— ¡Boys! — gritó el presidente. — ¡Calentad vino chino!

— El viajero, señores y queridos colegas, desembarca y ¿qué hace? Busca a su alrededor rastro de tan terribles catástrofes. Aguza el oído y súbitamente oye murmullos. ¿Será el

pueblo que gime pidiendo gobierno? ¡Error crasísimo! Es un grupo de honorables individuos que juegan al aire libre al *Mat-Hiang*. « ¡Cómo! — exclama el peregrino. — ¿No tenéis Gobierno y jugáis al dominó-poker sentados en el suelo? » « ¡Guardias! ¡Guardias! ¡Es un loco! — le replican vuestros conciudadanos. — ¡Que encierren a ese bárbaro, que ha perdido la razón! »

— Probaréis ahora — interrumpe uno de los catorce — nuestro plato nacional.

Eran espinas de pescado bañadas en grasa de máquinas.

— ¡Aletas de tiburón! — anunció el camarero.

— Señores (cuanto más hable menos comeré, pensaba yo); señores, al pobre viajero le dicen: Ya no tenemos ministro de Comunicaciones, su excelencia tomó un día la más potente de sus locomotoras y nadie le ha vuelto a ver el pelo. Los jefes de estación, de alma bondadosa y humanitaria, juzgando que los vagones ya habían rodado lo bastante, los jubilaron enviándolos a las playas, donde, en recompensa, terminan sus días al sol en calidad de casetas de baño de primera clase. Los tiranos se apoderan de los rails para hacerse mondadientes, etcétera, etcétera. El viajero, lleno de ansiedad, va a

la estación: «Embarque, caballero, embarque — le dice un empleado, cortésmente: — el tren le espera.»

— ¡Pero si no hay ministro — dice el otro, — ni vagones, ni...!

Un silbido le corta la palabra; arranca el tren...

—¿Y llega?

—Exactamente como si hubiera un Gobierno responsable.

—Colega blanco... — empezó el de más edad.

—Permitidme, señores. Dejadme que os exponga las sorpresas de ese viajero. Cuando al llegar a Pekín interrogaba anhelante al primer llegado: «¿Y esa anarquía, ciudadano?», indígenas obsequiosos le llevaban la maleta, le instalaban en un excelente carruaje; un ascensor le depositaba frente a una habitación bien caldeada, cuya puerta le abría un *boy*. «No te vayas, *boy*, vienes de perilla: ¿cómo te las compones desde que no tienes Gobierno?» «Lo que a mí me interesa es ver llegar clientes, porque los clientes representan dólares.» «No te pregunto eso, *boy* venal y mercenario, hablo al ciudadano». Y, señores, ¿sabéis lo que me contestó vuestro modesto, pero auténtico compatriota?

— ¡.....!

—¿Qué significa esa palabra? Señores, queridos colegas, nada de eso. Era un muchacho muy bien educado. Me contestó, simplemente: «Es que yo no soy un ciudadano, soy un *boy*.»

Pero el viajero no se da por satisfecho.

—Echate a la calle — se dice; — ve a hablar con chinos influyentes.

Precisamente conocía uno.

—Desde que su Gobierno se fué al cielo, ¿cómo vive usted, amigo mío?

—¿Qué? ¿Quién dice usted que se fué al cielo? — pregunta, inquieto, el chino.

—Su Gobierno.

El chino respira.

—¡Ah, sí! Pues... desde que ocurrió eso..., eso..., todo el mundo está encantado de la vida.

¡Desprecia a ese hombre! ¡Es un egoísta! Como no le falta nada, como tiene su jardín de piedras verticales, una mujer, siete concubinas, la uña del meñique afilada y anteojos que demuestran su cultura... ¡Está encantado de la vida!

Viajero, ve a la puerta de Chien-Men. Allá te encontrarás en pleno barrio chino, y comprenderás todo lo que sufre un pueblo sin Gobierno.

Va; penetra en el más respetable de los comercios e interpelando, sin más preámbulo, a

los cuatro nobles comerciantes chinos que le saludan, pregunta :

—¿Cómo va el negocio desde que no tenéis Gobierno ?

Los cuatro chinos : abuelo, padre, hijo y nieto, con las manos enchufadas en las mangas, ríen suavemente.

—¡Es cosa de llorar i lo tomáis a risa! — les dice.

—¿Y qué contestó el abuelo? — preguntó mi vecino, chapoteando con delicia en el plato nacional.

—Colega — me contestó, — lo que necesita el negocio son clientes y no gobiernos...

—¡Venga el vino chino! — gritaron a una mis honorables amigos. — ¡Bebamos, colega blanco; ahora veréis las cantantes!

Venían al trote, embutidas en sus pintorescos atavíos. Como siempre fuí amante de la pintura, guiñé un ojo para verlas.

—Podéis tocar — me dijo el más joven. — Forman parte del banquete...

Un señor chino se sentó restregando un arco sobre la cuerda única de su violín. Súbitamente oí gritos espantosos. Miré a mi alrededor. Procedían de la cantante a la que había acariciado.

—¿Qué le ocurre? — pregunté, consternado. — ¿Es que la he lastimado?

—¡No; es que canta!

Bebí un trago y proseguí:

—Señores, apelo a vuestra buena fe, el pueblo chino es desgraciado. Sabéis tan bien como yo que bajo el cetro trágico de Tsang-Tso-Ling tiembla todo el mundo. Cuando alguno de vuestros tiranos necesita dinero, saquea a los ciudadanos particulares. Cuando las tropas se acercan, las mujeres deseosas de conservar su castidad se tiran a los pozos. El agricultor siembra sus tierras y las hordas arrasan sus sembrados. Todo esto ¿es el desorden sí o no? Decidlo francamente: ante este estado de cosas ¿no es necesaria la existencia de un Gobierno?

El de mayor edad dejó su taza de porcelana, limpió sus anteojos para mejor verme y poniéndose en pie dijo:

—Colega blanco, juzgas sin reflexionar. Dices que los súbditos de Tsang tiemblan. Así es, pero no por ser súbditos de Tsang, sino porque siempre han temblado. El tirano de hoy se llama *tukiun*, antaño se llamaba mandarín. El chino ha pasado su vida arrastrándose a los pies de sus amos para librarse de sus crueles fantasías. Si no temblasen, entonces sería cuando podrías afirmar que han cambiado los tiempos y gritar: «¡La China se descompone! ¡Es la anarquía!»

El *tukiun* se impone al pueblo, dices tú. pero ¿cuándo no se ha impuesto alguien? Que sea el *tukiun* o que sea el Gobierno, si el que oprime no exige más que el que protege, ¿qué diferencia quieres que suponga para el pueblo?

En cuanto al episodio de las mujeres y de los pozos, has de saber que eso no es cuenta del Gobierno. Es una antigua costumbre nacional. En todo tiempo, ciertas mujeres, al llegar a determinado momento de su existencia, han tenido que recorrer al pozo de grado o por fuerza. Y créeme, cuando nuestras queridas compañeras se deciden a entregarse en brazos del agua potable, no se les ocurre pensar que es la falta de Gobierno lo que las mueve a tal resolución.

—Entonces — exclamé, — ¿dónde reside la anarquía que, según las gentes, devora a la China?

—La anarquía reside en el cerebro de hombres de tu especie. En Europa os creéis monopolizar la verdad. Por el hecho de tener gobiernos al frente de vuestros países, acabáis por creer que es el Gobierno lo que sostiene al país y que cualquier otro país ha de tener, para asegurar su existencia, un Gobierno como el vuestro. Confiesa tu error. Si los bolcheviques,

que buscan también un nuevo sistema, nos hubieran imitado, hace tiempo que habrían conquistado el mundo. Pero no se han contentado con demoler, han querido reconstituir el país y ésa ha sido su falta. Nosotros ya no tenemos nada, ni sufragio universal, ni sufragio de clases, ni soviets, ni Gobierno, ni diputados, ni comisarios, y los cofres del Estado están más limpios que una patena. El Estado ha muerto, pero el país vive y nunca ha vivido mejor que desde que no hay Estado.

—Permitid...

—La vida es más grata que antaño. El ciudadano lleva en el bolsillo un dólar que le vale diez hermosos francos en lugar de dos cincuenta. Los patos laqueados cuelgan a millares en las tiendas de vendedores de volatería. La criminalidad no ha aumentado. Los bandidos atacan los trenes con moderación, para demostrar que desde que tienen libertad saben no abusar de ella. Las cartas llegan, los telegramas circulan rápidos como el pensamiento. Jugamos al *Mat-Hiang* sin restricción alguna. Nuestras cantantes siguen cantando como eunucos bien nutridos. Las golondrinas no han cesado de colgar sus nidos. Los tiburones continúan teniendo aletas. No nos falta su poqui-

to de «droga», y nuestros ataúdes son de la misma excelente madera.

—Venerable colega, acabáis de pronunciar el elogio de la anarquía.

—Tú lo has dicho — replicó el más anciano, levantando su taza de vino con una mano, mientras con la otra acariciaba la nuca aceitosa de la cantante china.



TRES SOLDADOS

Erased una noche de sábado en Chien-Men, en el barrio chino. Después de cenar, sintiendo, como tantas otras veces, la angustiosa opresión de la soledad, había ido a Chien-Men porque... de algún modo hay que distraerse...

Y, en efecto, el espectáculo era despampante.

Bajo el mecanismo que encendía y apagaba sin cesar los gigantescos anuncios en caracteres chinos, las casas parecían oscilar como a impulso de un temblor de tierra eléctrico. Las tonalidades eran fruto de la paleta de un pintor alucinado. Un formidable *cocktail* de luz parecía embriagar el barrio, y el ruido era tal, que hubiérase dicho, al escuchar la horrible cacofonía, que por el cielo negro cruzaban bandadas de escandalosos pajarracos.

Se podía distinguir el graznido de las cigüeñas y la eterna y grave nota interrogante de

los cuervos. De las casas salían sonidos que recordaban la sierra mecánica, el tiro al blanco, el león hambriento, la cañería atrancada y el océano enfurecido.

A veces dominaba el entrechocar de las fichas de dominó, febrilmente mezcladas sobre una mesa de madera. Eran los celestiales jugando al *Mat-Hiang* hasta perder sus últimos calcetines.

De repente el mayido de un gato estrangulado: el violín unicorde.

Olores repulsivos, entre los que se distinguían la grasa de tiburón y las pomadas rancias, se agarraban a la garganta. En los *hutongs* los chinos no andaban ni corrían. Iban a ese paso típicamente chino y que ellos adoptan especialmente los sábados por la noche, cuando van de juerga a Chien-Men.

Serpenteaban, se escurrían por entre vuestras piernas, por bajo vuestros brazos. El dragón de la voluptuosidad les aguijoneaba.

En los barrios nocturnos de nuestra Europa encontráis juerguistas indecisos. Los chinos saben exactamente dónde les espera el amor y van rectos como flechas a buscarle.

Las cantantes recorrían esos *hutongs* acompañadas del músico portador de la tripa de gato; yendo de acá para allá, de casa en casa, sin

sentarse, sin descansar. Apenas en el salón, empiezan a mayar. Si encuentran alguna compañera ¡qué importa!, gritan más fuerte.

Las cortesanas de *postín* llegan en su *rickshaw* particular. Esos *rickshaws* galantes van guarnecidos como catafalcos de primera. Bombillas eléctricas multicolores adornan la capota y festonean las varas. Y ellas, dentro, van pintadas como sobre porcelana, revestidas de trajes bordados y rígidos como casullas.

Parecen reliquias. ¿Será cosa de arrodillarse a su paso? Es una mezcolanza inaudita. Creéis entrar en una casa de comidas y es una casa de juego.

Sin embargo, con un poco de práctica se pueden reconocer pronto los templos del amor. De sus puertas penden tantas tablillas como damas hay en la casa, llevando cada una el nombre de la interesada. A veces una corona de flores rodea la estela. Es un signo de gratitud de algún cliente complacido.

Me crucé con tres soldados; tres tristes soldados de infantería de marina, de Francia, desengañados y ebrios de hastío entre tamaña algarabía.

Andaban con el paso que llevan los soldados cuando están lejos de su tierra, es decir, que parecían pisar en el vacío. Les seguí. Hay mo-

mentos en los que uno siente la imperiosa necesidad de juntarse con los suyos. El charlatán de quien huiríais como de la peste en París, os parece providencial bajo otros cielos. Hasta le invitaríais a cenar con tal de poder contar con él para la velada.

Eran tres soldados de pura cepa. Como todo el que no tiene preocupaciones, caminaban absortos y abstraídos.

Pasó un perro y le contemplaron largamente. No se hablaban, pero la cadencia de su paso les unía más que si fueran cogidos de la mano. Querían beber. Era evidente. ¿Dónde? Se detuvieron, vacilantes, ante un cafetín. No se decidieron y reanudaron la marcha.

Súbitamente divisaron un corredor iluminado. ¿Dónde llevaría? Se consultaron con la mirada y lo enfilaron.

Les seguí; al final del corredor, en ángulo recto, había otro corredor aun más iluminado, que daba a una sala que parecía un acuario. Un chino que dormitaba sobre una estera entreabrió un ojo oblicuo, mirándoles con curiosidad... ¡En fin! Donde menos se piensa... debió de decirse. Se levantó, les indicó que tomaran asiento. Se sentaron. Noté que los soldados extrañaban no ver mesas en un lugar destinado a beber.

El chino, que había desaparecido, reapareció casi inmediatamente trayendo una especie de trípode que colocó exactamente a cuatro pies de los intrigados guerreros.

Hay horas en la vida en las que vale más no intentar comprender lo que ocurre. Los soldados de infantería de marina colonial lo saben como saben otras muchas cosas. Esperaron. Súbitamente un vivísimo resplandor fulguró del techo de vidrio. El chino reapareció con un aparato entre manos. ¡Era fotógrafo!

—¡M...! — dijo uno de los soldados.

Se pusieron en pie.

—Amigos — les dije. — ¡Buena os la han hecho!...

—¡Un paisano!

—Ya que estáis aquí, dejaos retratar. Yo pago.

—Somos solteros. Yo no tengo ni madre. Y tu, tolonés, ¿tienes madre?

—Sí, tengo madre.

—Entonces, dile al chino que enfoque su chisme. ¿De veras paga usted?

Salimos juntos.

—Podríamos ir a ver las coreanas — dijo el más locuaz.

Era en el barrio tártaro. Teníamos que salir de Chien - Men para ir a Hata - Men. Cuatro

rickshaws cargaron con nosotros. En Pekín, la mitad de la población carga con la otra mitad. De un exceso de luz pasamos a un exceso de tinieblas. Vádeamos un indecente arroyo que apeataba de noche como apesta de día y que se llama el río de los Perfumes. Los coolies tiraron por el barrio de las Legaciones.

Si bien la planta de sus pies ha perdido desde tiempo inmemorial la sensibilidad, prefieren ir por «Las Legaciones», que están mejor empedradas.

Pasamos por el cuartel de infantería de Marina.

—¡Manolito! — gritaron al centinela. — ¡Abre el ojo y no dejes pasar la noche fuera al coronel!

Salimos de los callejones tenebrosos para cruzar el barrio amarillo, dejándolo a la izquierda.

—¡Mira el Palace! — dijo uno de mis reclutas.

Era el Hotel de Pekín.

—¡Hata-Men! ¡Acémilas! ¡Os hemos dicho Hata-Men!

Los coolies, por no perder la tradicional costumbre, no sabían dónde iban y, naturalmente, nos llevaban en dirección opuesta. Torcimos a la derecha.

—¡Cuánto siento no tener madre para que

podiera ver cómo le tundan las costillas a su hijo! Y tú, el de Tolón, ¿tienes madre?

—Sí, tengo madre.

Llegábamos a la Avenida de Hata-Men.

—A la derecha, ¡eh, limón seco! ¡A la derecha!

Dejando la calle principal, nos metimos por *hutongs* siniestros.

Los *pousses* soltaron las varas, tendiendo la mano en signo de que no querían pasar de allí.

—¿Es que tienes miedo de que te degüellen en la obscuridad?

Seguimos a pie.

—Las coreanas son amables para con los navegantes — explicó el más alto.

Ya no eran callejuelas, eran sentinas. Luego, un inmenso descampado y, como una isla perdida, en su centro una casa.

El soldado locuaz hizo las presentaciones.

—Ese es el tolonés, yo soy Jumeau y el otro es Vittel.

Un patio, tres faroles, en un rincón algunas muchachas.

Jumeau dijo:

—Empezaremos por vino. A mi juicio, China es una p...

—¡Claro que no es Tolón! — dijo el tolonés.

—¿Qué hay que ver en China? ¿A que no me lo dices? ¡Murallas! ¡Estas gentes no son habitantes, son albañiles!

—Tú ves murallas — dijo el de Tolón, — pero no ves lo que hay detrás. Vittel, no te duermas. ¿En qué piensas?

—Pienso — dijo Vittel — en que no estoy a gusto en China.

— ¡Y eso que te ha salido el viaje gratis!

—Ni me gusta viajar, ni me gusta el extranjero. ¿A qué hemos venido? ¿Qué se nos ha perdido en Pekín? No podemos guardar ni nuestras vacas y nos hacen guardar las Legaciones.

—¿Qué querías que te hicieran guardar? ¿El dinero que no tienes? — dijo Jumeau. — ¡Tú, el de Tolón! ¿Qué prefieres, China o Cochinchina?

—Prefiero Tolón.

— ¡Melón! Oye, Vittel, lo que te pregunto: ¿cómo te figurabas que era la China?

—No me figuraba que fuera como es.

—Pues ¿qué creías, que las casas eran de porcelana?

—Además..., me es igual — terminó Vittel. No eran habladores, pero tenían sensaciones que expresar.

—Y ¿por qué — me preguntó Jumeau — an-

dan a golpes entre ellos, si no hay revolución?

—Es como en Francia, entre radicales y reaccionarios.

—Sí, pero en Francia lo hacen por pasar el rato y aquí se fusilan unos a otros.

Le expliqué la conveniencia de que en China muriesen las criaturas a montones y se expurgasen los mayores de tiempo en tiempo, a fin de evitar un aumento excesivo de población que acabaría con el arroz y daría lugar a grandes complicaciones económicas.

Era demasiado profundo para Jumeau, quien me hizo atener a cosas más comprensibles para él.

—Y ¿por qué llevan pantalones las mujeres? Andando el tiempo quizá nos guste, pero ahora... nos deja fríos. Por eso buscamos coreanas; son más mujeres, llevan faldas, son más baratas y están mejor educadas.

—¿Dónde está Corea?

—Está donde debe estar — dijo Jumeau. — Lo que sí puedo decirte es que vale más que la China. ¡Eh, patrón! Diles a tus ovejas que se acerquen.

El chino dió un silbido. Las infelices mujeres se acercaron.

Jumeau se extendió en profundas observaciones psicofisiológicas perfectamente incom-

prensibles para sus interlocutores, terminando por pedir al chino que las hiciera cantar.

Una de ellas cantó.

—No se entiende lo que dice, pero se ve que es triste.

Tres soldados, de noche, diez muchachas coreanas de baja estofa, un patio que parecía una leprosería... ¡Conjunto inverosímil en un trágico barrio pekinés!

—Cuando canta me entra sed — dijo Jumeau. La joven dejó de cantar.

—¡Chino! ¡Dile que cante!

Reanudó la canción con aire desolado.

—Mira, Vittel: eso que canta es que piensa en su tierra.

Yo vi París *in mente*. Se me apareció la plaza del Havre, la calle Tronchet, los grandes boulevares...

—¿Qué dice? — preguntó Vittel.

—Dice que está triste. Y yo tengo sed. Bebieron.

—Así sí da gusto — dijo Jumeau. — No parece que estemos en China.



DOS EXCELENCIAS EN ZAPATILLAS

El señor Pu y un modesto servidor de ustedes, íbamos por el mundo en sendos *ricks-haws*. Eran las siete de la mañana, por lo cual no es necesario decir que no estábamos precisamente de buen humor. El señor Pu, inmóvil en su carretilla, parecía un Buda recién robado de algún templo y que el coolie llevaba a casa del chamarilero.

— ¡Eh, señor Pu! — le grité desde mi propio vehículo. — ¡Mala cara tenemos!

El señor Pu no contestó.

Ibamos a Tientsin. Mejor dicho: íbamos a la estación a tomar el tren para Tientsin.

La causa de nuestro viaje era que iba a empezar a repartirse leña en serio. China se decidía a desenvainar el sable contra China.

Supongo que tendréis presente la situación militar del Celeste Imperio. Al principio de la obra sudé la gota gorda para exponéroslo

claramente. Si no os acordarais, sería cosa de dejaros por imposibles. Pero estoy tranquilo. Una cuestión de tamaña importancia no os puede ser indiferente.

Así y todo, refrescaré vuestra memoria.

En la China Central campa por sus respetos un hombre llamado Wu-Pei-Fu con trescientos mil soldados. Es la liebre. Queremos decir que es contra él contra quien azuzan los perros.

Al Norte, mi compadre Tsang-Tso-Ling se prepara a embestirle.

El singular combate se librará, no en honor de una mujer, lo que lo haría comprensible, sino en el de dos chinos en zapatillas.

El mariscal Tuang-Si-Jui.

El presidente del Consejo (en uso de licencia) Liang-Che-Ji.

Si el golpe da resultado, el mariscal sanará súbitamente de su afección a la vista y será presidente de la República, y el presidente del Consejo, muy aliviado de su reuma, dará por terminadas sus vacaciones. De momento, ambos están en Tientsin. Tuang, en la concesión japonesa; Liang, en la francesa.

Por lo visto, el Japón es tan excelente contra la oftalmía como Francia contra el artritisismo.

Y ahora... a la estación.

En la taquilla tomo dos billetes. Diez dó-

lares cuarenta centavos. No hago notar este detalle para darme pisto de que en aquella época tenía diez dólares y cuarenta centavos, sino por lo que luego se dirá.

Arranca el tren. En el departamento vamos ocho. Siete celestiales y un bárbaro: yo. Pasa media hora. Aparece el revisor, perforador en mano, gruñiendo unas palabras que supongo se refieren a los billetes.

El primer chino se levanta sonriente de su asiento y le habla al oído. El segundo cambia con él una mirada de complicidad. El tercero le da un apretón de manos. Ninguno de ellos exhibe su billete. El cuarto y el quinto proceden como el tercero. ¡Curioso! ¡En este país todos son amigos! Al tocarle el turno de estrecharle la mano al sexto, un sonido metálico acompañó la acción. La tan acreditada perspicacia reporteril me sirvió para comprender el juego. No se toman billetes y se le da un dólar al revisor.

—¿Por qué no me avisó usted? — pregunto severamente al señor Pu.

Y como soy enemigo acérrimo de ponerme en evidencia, escondí mis dos billetes; en su lugar alargué dos dólares.

A la hora de itinerario, el tren llegó a su destino. ¡Viva la anarquía!

¡Tientsin!

—Señor Pu, no puedo menos de hacer constar que la China, su país natal, es desconcertante. No hay nada en orden y todo va en orden. Nadie toma billete y los trenes marchan como un reloj...

—Los trenes marchan como un reloj porque los que viven de su marcha tienen interés en que así vayan. Si en China ocurriera lo que en Rusia, haría un rato largo que no quedarían ni los rabos. El hombre es una mala bestia. No piensa ni pensará nunca más que en sí mismo. Y China hoy representa el triunfo del egoísmo sobre el altruísmo, o si usted lo prefiere, del vivo sobre el *primo*.

—¡A la mesa, señor Pu! Son las doce. Vamos al casino y saquemos la tripa de mal año.

—Para que el estómago disfrute es menester que el espíritu esté en calma. Ni el mariscal Tuang-Si-Jui ni el presidente Liang-Che-Ji nos recibirán si no saben que queremos verles. Siéntese usted aquí y espéreme. Voy a preparar el terreno. Pida media botella de Vichy.

—Prepare usted, Gnafron, prepare. Hasta luego.

Tientsin estaba efervescente. Los primeros soldados de Tsang-Tso-Ling desfilaban por las

calles. ¿Con qué derecho paseaba sus tropas por Tientsin el rey de la Mandchuria? ¡Quién podría decirlo! ¡Ah! ¡Qué soldados! ¿Dónde habría reclutado semejante chusma? ¿Habéis estado en Marsella? Figuraos que un conquistador desembarca con los bolsillos llenos de oro, y reuniendo a cuantos hombres de todas razas pululan por el muelle los forma en fila de a cuatro, dándole a cada uno un fusil y una cartuchera, haciéndolos desfilar con una charanga al frente por la Cannebière. ¡Eso son los batallones de Tsang-Tso-Ling! Que vayan descalzos... pase, pero, lo juro por la Sociedad de las Naciones..., ¡algunos de ellos van hasta sin pantalones!... En fin...

— ¡*Boy*, media de Vichy!

— ¡Hola! — exclama un vecino de mesa. — Yo soy belga. ¡Salud! ¡Empieza la kermesse! Gnafron aterriza frente a mí.

El belga, que no esperaba tal aparición, se atraganta.

— ¿Dónde ha encontrado usted semejante anomalía? — me pregunta.

— ¿Qué dice? — se informa Gnafron, escamado.

— Señor Pu, no haga caso; no es nada. Es un ser sin malicia. ¡Es un belga!

El señor Pu, despreciando al valón, me dice:

—Todo está combinado. A las tres nos espera Tuang-Si-Jui, y a las cuatro Liang-Che-Ji.

— ¡A la mesa, querido Pu, y que Dios nos asista!

A las tres, frescos como dos rosas, llegábamos a casa de Tuang-Si-Jui, mariscal y candidato a la Presidencia de la República.

Gnafron me dice al oído:

—Le advierto que es una persona decente.

Y con ademán solemne, añade:

— ¡Es extraordinario!

Conocida la parcialidad del mariscal por los paisajes japoneses, el Japón le había prestado un lindo hotelito en su concesión. Casualmente, una sólida pared de cerca le protegía contra las miradas indiscretas, y en esa pared, o mejor dicho, junto a ella, los polizontes japoneses se entrenaban para las próximas olimpiadas...

Hicimos una entrada solemne y triunfal, precedidos por dos criados que andando a estilo cangrejo y haciéndonos profundas reverencias nos condujeron a una sala en la que el mobiliario brillaba por su ausencia.

—¿Temerán, acaso, sus ilustres compatriotas, que nos llevemos alguna mesa como recuerdo de la entrevista?

Entró el señor mariscal. Estaba de excelente humor y vestía de azul.

Procedí inmediatamente a ejecutar una escogida selección de ejercicios físicos con el torso, los brazos, las piernas y el pescuezo.

—¿Le parece que he saludado bastante? — pregunté al señor Pu.

—Puede pasar.

—Entonces, preste usted atención, y vaya traduciendo.

—Excelencia, en Pekín es creencia general que sois el alma de cuanto ha de ocurrir.

Lo menos quince chinos se apretujaban contra la puerta para escuchar mejor.

—¿Qué hacen ahí esos caballeros? — pregunté al señor Pu.

—Es el servicio doméstico de su excelencia que asiste, como procede, a la entrevista.

—Es relativamente exacto — contestó el mariscal — que ciertos acontecimientos se desarrollarán en breve.

—Indudable, pero precisemos. El mariscal Tsang-Tso-Ling se dispone a atacar al mariscal Wu-Pei-Fu. Si consigue vencerle, ¿seréis presidente de la República?

—No me parece prudente plantearle la cuestión en esos términos — dice Pu. — Déjeme que la presente a mi manera.

Y entablan ambos un diálogo interminable.

—¿Qué dice?

—Que le desea todo género de felicidades.

—Muchas gracias, pero no es eso lo que quería saber. Traduzca literalmente: Si el vencedor es Tsang-Tso-Ling, ¿seréis presidente de la República?

El señor Pu, encarándose con su excelencia, le espetó un discurso más lata que el primero y desde luego más largo, al que contestó el otro con una frase que, por lo breve, me pareció clara.

—¿Qué dice?

—Que le es usted muy simpático.

—¡Por vida de...! ¡Perdón, señor mariscal, perdón!... Oiga, Pu: ¿traduce usted mi pregunta, sí o no?

—Poco a poco. Voy tomando las curvas con precaución.

Y entabla otra perorata interminable. Como todo esto resultaba chino para mí, me disponía a interrumpir al señor Pu, cuando éste, triunfante, me dijo:

—Acaba de declarar que Tsang-Tso-Ling aniquilará, sin género de duda, a Wu-Pei-Fu.

Y el mariscal, sacando un lápiz, dibujó en mi tarjeta algo parecido a un jeroglífico.

— ¡Eso no está bien! — pensé. — Las tarjetas, en China, ¿son sagradas o no? ... En fin... ¡a otra cosa!

El mariscal quería explicarme que si Wu-Pei-Fu se situaba *así*, es decir, en línea recta, le sería imposible resistir dos ataques simultáneos, uno del norte y otro del sur.

De pronto, el mariscal se apercibió de su distracción y de que con el ardor estratégico que le animaba había tomado mi tarjeta por el mármol de una mesa de café. Pareció desolado. Hube de darle otra cartulina. Ya en su poder, proseguí:

— Señor Pu, traduzca: Si Tsang-Tso-Ling resulta vencedor, ¿seréis presidente de la República?

Entablan otra polémica.

— ¿Qué dice?

— Que va a ofrecerle el té.

— Dígale que prefiero manzanilla.

Trajeron té.

— Espere — dije al señor Pu. — Vamos a servirle la pregunta de otro modo. Traduzca literalmente: Si Tsang-Tso-Ling gana la batalla, ¿no creéis capaz al rey de Mandchuria de proclamarse presidente de la República?

—¿Ve usted? Eso sí puede preguntársele, y además, personalmente me agrada infinitamente ver qué efecto le hace la preguntita.

El señor Pu se decidió. Al recibir la inesperada andanada, el mariscal cerró los ojos y vimos con terror que los diez dedos de sus pies se agitaban convulsivamente en las opulentas zapatillas color naranja.

—Señor Pu, creo llegado el momento de retirarnos discretamente por el foro.

—Y a paso ligero.

Nos pusimos en pie. El mariscal habló.

Dijo:

—Soy un hombre honrado. Jamás me impulsó el afán de lucro. Pertenezco a mi país. No se me compra con dinero.

—Lo peor es que es verdad — comentó el señor Pu.

—Pero ¡si no le he ofrecido nada! — repliqué yo.

Nos encaminamos hacia la concesión francesa en busca de Liang-Che-Ji, Buda de la riqueza y presidente del Consejo en uso involun-

tario de licencia desde hacía noventa y dos días.

El señor presidente del Consejo se había refugiado en tierra francesa. Políticamente es enemigo acérrimo de los enclavados extranjeros en territorio chino, pero personalmente reconoce, como mi señor Pu, que en ciertos momentos pueden ofrecer indiscutibles ventajas.

Su casa daba frente al cuartel de infantería de Marina.

—Así — debió pensar, — en caso de apuro, tendré quien me defienda.

Gnafron me susurra al oído :

—Este sí que es un granuja.

Me cambié la cartera de bolsillo y entramos.

El señor presidente del Consejo, vestido de negro, nos esperaba en una habitación de lúgubre aspecto. Negro era su traje, negras sus cejas, negros sus ojos y, de ser ciertos los rumores, lo más negro era su alma. Por añadidura, sus facciones le daban aire de acabar de salir de una misa negra.

—¿No podríamos descorrer las cortinas, señor Pu? Si el atacado de oftalmía es el otro, ¿por qué se envuelve éste en tinieblas?

—Aquí nos podemos tirar a fondo. No es menester ponerse guantes. ¿Qué quiere usted decirle?

—Dígale que en Pekín empiezan a encontrar,

con todo respeto, que sus vacaciones duran demasiado.

Traducida la pregunta, nos mira con mal ojo y contesta:

—¡Tengo reuma!

—Entonces pregúntele cómo va el reuma.

—A compás de los acontecimientos.

¡Así sí da gusto! ¡Cuanto más amigos, más claros!

—Se dice por doquier que vucencia espera el resultado de la inminente guerra civil para decidir si volverá a Pekín o alejarse un poco más.

—Doraremos la píldora — dice el señor Pu. — A pesar de todo hay que tener cierta prudencia. Usted volverá a su tierra, pero yo me quedaré aquí. Le preguntaré si volverá a Pekín antes o después de conocerse el resultado de la contienda entre Tsang-Tso-Ling y Wu-Pei-Fu.

—Volveré a Pekín antes de quince días, porque para entonces Tsang-Tso-Ling habrá derrotado a Wu-Pei-Fu y el país se verá libre de la opresión que le agobia. El hombre nefasto del centro, ese hijo de mala hembra, cesará de tiranizar al pueblo.

Ese hijo, cuya madre insultaba el señor presidente, era Wu-Pei-Fu, el mismo que días antes había dicho a Liang-Che-Ji, Buda de las

riquezas: «Buda y presidente, o desapareces o te estrangulo», y el señor presidente se había trasladado a Tientsin con cierta precipitación y sin billete, naturalmente.

—Cuando Wu-Pei-Fu esté derrotado, se le aliviará el reuma de un modo notable — dijo el señor Pu, guiñándome un ojo.

—Será el fin de la anarquía — prosiguió el Buda — y podré volver a dirigir la nave del Estado con rumbo a un porvenir que dejará de ser incierto.

Gnafron, que evidentemente no es partidario del señor presidente del Consejo, me dice:

—Cuando *él* vuelva a ser poder, todo irá viento en popa. Es lo que viene a querer decir. ¡Y yo, un chino, he de escuchar semejante herejía! No, señor; se lo dice un letrado: no cambiará nada; *después*, será igual que *antes*.

—¡Bien dicho Gnafron!

Y nos retiramos.



EL SEÑOR PU SE NIEGA
ROTUNDAMENTE A ACOMPAÑARME
A SHANGHAI

El señor Pu está congestionado. Quería llevarle a Shanghai y le he dicho :

—Tenemos ocho días libres, hagamos el viaje.

Mi proposición le ha hecho el mismo efecto que si le hubieran comprimido el gaznate. Me ha contestado que disparataba.

—¡Ocho días libres! — repetía irónicamente.

— ¡A Pekín! ¡A Pekín!

Y al preguntarle por qué, se ha dejado caer en una silla, y enjugándose el sudor ha exclamado :

—¡Vaya usted, si quiere, a Shanghai, yo vuelvo a Pekín!

—¿Por qué?

El señor Pu se incorpora, quítase las gafas, se desabrocha el cuello del casaquín y solemnemente me contesta :

—¡Para prepararme a huir dignamente cuando suene la hora, señor mío!



SHANGHAI

¡Es imposible pasar Shanghai en silencio, palabra de hombre honrado!

Cuando el resto del mundo se parezca a Shanghai, el ciudadano amante de las cosas espirituales deberá comprar un revólver, apoyárselo firmemente en la sien, pensar por última vez en su familia, y después de echarlo a cara y cruz y perder, apretar el gatillo y levantarse la tapa de los sesos.

Hay ciudades en las que se hacen cañones; en otras, tejidos; en otras, jamón en dulce. En Shanghai se hace dinero. Es la primera y última materia.

Me habían dicho que en Shanghai no se hablaba más que inglés. Es una mentira infame. Todo alfabeto es desconocido; se habla una lengua de cifras, no de letras. Las gentes, al encontrarse, no se preguntan:

—¿Cómo está usted?, sinó: 88'53, 19'05, 10'60.

Para hacerse millonario no es preciso saber, leer, basta saber contar.

Es un becerro de oro adiposo.

¡Si los bolcheviques han oído hablar de Shanghai, me lo explico todo!

Está en China y no es una población china. El que contenga un millón de chinos, no quiere decir nada. Ese millón de chinos no constituyen Shanghai, por la misma razón que las mil pulgas de un perro no hacen el perro.

Acaso habéis presenciado las escenas de *delirium tremens* que se desarrollan en París, al sonar las doce, en la escalinata de la Bolsa. En toda capital de Europa o América que se respete, se encuentra un establecimiento similar para uso de las infelices víctimas del alcoholismo financiero.

Pues bien: habiendo Mercurio conseguido un día el don de ubicuidad, apareció jadeante en el atrio de esos templos, y dijo:

—¡Silencio, hermanos! ¡Traigo una noticia que vale su peso en platino! He venido a un

paso tal que si en lugar de alas tuviera ruedas en los pies, no me quedaría un neumático, pero no lo siento, porque mi mensaje lo vale, escuchad: En Extremo Oriente existe una ciudad llamada Shanghai. Ante ella nacen las rutas de todos los mares, y a su espalda habitan cuatrocientos millones de individuos que necesitan beber, comer, jugar, afeitarse y dejarse afeitar. Esa ciudad queda abierta al mercado de los bancos. No digo más.

Fué un alboroto. De New York, de Chicago, de Manchester, de Londres, de Lyon, de Hamburgo, de Milán, de Amsterdam, de Barcelona, de Constantinopla, de Bagdad, del mundo entero, los grandes capitanes de la banca y los *sarafs* de los bazares cayeron sobre la nueva tierra prometida.

Y así nació Shanghai, de madre china y padre américo-anglo-franco-holando-italo-judeo-español.

Banque, Bank, Banco, Banking. Diez, veinte, cien, doscientos, ¡no hay otra cosa! ¡No os atrevéis a levantar la vista del suelo! Vais a paso ligero, con la mano sobre la cartera. Tor-

céis a la derecha, creyendo cambiar de panorama. Miráis con el rabillo del ojo: Banco, Banking, Bank, Banque. Acabáis por sentirnos desfallecer: un sudor frío os baña la frente.

Os sentáis en el bordillo de la acera y sentís que alguien os toca en el hombro con un bastón. Levantáis los ojos. Es un indio barbudo y gigantesco, con uniforme azul y turbante rojo. «¡Cómo! — os decís. — ¡Estaré, sin saberlo, en la India!»

¡No! Estáis simplemente en la concesión internacional y el indio es un *policeman* inglés.

No puedo sentarme; entorpezco el tránsito. Bueno, me iré. Seguiré deambulando. Temeroso, voy mirando al suelo. ¡Rediantre! ¡Hasta en el suelo, escrito en mosaico: Banking, Bank, Banque, Banco! Aprieto a correr. Un diminuto polizonte me detiene, sin duda pensando que habré cometido alguna fechoría.

— ¡Es maravilloso! — me digo. — ¡Ahora estoy en Tokio sin haberme dado cuenta de ello! ¡No! Es la concesión japonesa.

Grito: ¡viva el Mikado!, y me pone en libertad.

Me voy. Tengo el dinero justo para continuar el viaje y si no me escapo de esta población infernal, los bancos me lo cogerán so pretexto de cambiármelo; ya conozco la trampa. Hace

seis meses que me están dando el timo del cambio. Acabaría por tener que apelar a mi cónsul y verme repatriar en el sollado como las terneras congeladas. ¡Dios nos libre! ¡Antes morir que perder la vida!

Bank, Banque, Banking, Banco. ¡Es abusar! ¡Pierdo el conocimiento en plena calle! Al volver en mí, me encuentro en brazos de un agente de policía anamita, con su pantalla puntiaguda por sombrero.

— ¡Cómo! — exclamo. — ¿He llegado ya a Hanoi?

— Tú no estar Hanoi; tú estar Shanghai, concesión francesa.

— ¡Gracias, hijo del Tonkín! Puesto a ser amable, indícame un hotel.

— ¡Buen hotel, cerquita!

— ¿Dónde, hermano del alma, dónde?

— Fácil encontrar. A la izquierda, entre dos bancos.

Me desmayé definitivamente.

De punta a punta, Shanghai tiene veinte kilómetros. Si no os sabéis dar cuenta de lo que

los hijos de Sem y de Jafet han logrado hacer con esos terrenos amarillos, sois indignos de comprender la elegancia que puede tener un cubo de piedra.

En el centro está New York, pero un New York más presumido que un chico con zapatos nuevos. A lo largo del muelle del Wang-Poo (¡y es largo, de veras!) estamos en Saint Denis y casi en Saint Etienne. Los dos santos deben verse y desearse para hacer subir al Paraíso el humo de tanta chimenea.

El barrio japonés. Jardines, mujeres diminutas y jorobadas. La estatura es natural; la joroba es postiza. Las japonesas, sin duda para desquitarse, en cuanto tienen un hijo se lo echan a la espalda. Más allá, calles en las que viven hombres y mujeres que se van agostando como árboles sin tierra en la que apoyar sus raíces. Son los refugiados rusos.

La concesión francesa. Es la única separada. Las demás se confunden en la concesión internacional. Doscientos mil chinos viven al amparo de nuestra legislación. Tienen un Consejo Municipal, como en París, y un cónsul general, Augusto Wilden, al que sus administrados de color llaman, según los días: «Vuestra grandeza, mi coronel, su santidad, su majestad, y hasta señor rector».

Después, el barrio chino. Cuenta con toda mi gratitud, porque me ha dado la solución para asegurarme una vejez tranquila y opulenta. Volveré a París y acapararé cuantas pinzas de tender ropa encuentre en el mercado, regresaré al Wang-Poo y me instalaré a la entrada de la villa indígena. Antes de pasar adelante, todo el mundo comprará mis pinzas para taparse las narices. Me haré millonario.

Mezclad todo lo que antecede. Montadlo en autos lujosos, en cuadras enteras de caballos endiablados, en tranvías eléctricos sin rail, en legiones de carretillas arrastradas por treinta mil *coolies-pousse* que parecen anguilas por su sinuosidad, servid caliente, y tendréis Shanghai, exposición permanente de todas las razas, de todos los vicios y de todas las taras del mundo.

La piratería, el juego, los *cocktails*... el *cocktail tipo* de Shanghai se llama «un millón de dólares», el opio, la morfina, la cocaína... encuentran en Shanghai la villa donde hacer su eterno agosto.

«Esta noche depositaréis tal suma en tal si-

tio... Si no lo hacéis, dentro de ocho días estallará una bomba en vuestra casa. Si en lugar del dinero encuentro la policía, iré a presidio, pero *otros* se encargarán de reservaros dos bombas en vez de una».

Esa es la circular hebdomadaria del ladrón chino a los bancos, banques, bankings, banks.

En Shanghai sólo hay una idea: el juego. El capitalista juega al alza o a la baja. El *boy* juega al *Mat-Hiang*, el coolie, a pares y nones. La puesta es lo de menos. El uno arriesga diez mil taels, el otro un sapeque; pero, como los cristianos ante Dios, todos son iguales.

El capitalista va a jugar a un Banco, su chauffeur le espera jugando en la calle. Cuando han ganado los dos... vale más que no os atraveséis en su camino. El coche vuela, no dejan perro sano.

Es para volverse loco, y la locura de Shanghai se manifiesta en forma poco usual.

Los infelices shanghaianos han hecho construir coches cuyo estribo viene a nivel de las aceras. Desde muy temprano montan en ellos, y sin sentarse salen a galope. Cada doscientos metros, el caballo se detiene mecánicamente. El ocupante del coche se precipita a un banco. Vuelve a salir y reanuda su carrera. Va repitiendo la misma operación desde las nueve

y media hasta las doce y desde las dos hasta las cuatro, ¡siempre al galope y siempre de pie!

Me han asegurado que no son locos, sino simplemente agentes de cambio y corredores. No puedo creerlo. Me he fijado mucho y estoy seguro de que son locos.

Cuando cae el día, esos ciudadanos se visten de smoking y van al Círculo Deportivo a bailar. A la hora voluptuosa y sensual del tango, se apagan las luces, pero ¡es en vano! El tatuaje es imborrable: ¡todos llevan grabado un dólar en la frente!



UN BUEN FIN DE FIESTA

Cuando a las ocho de la noche volví a Pekín, el Palace que tenía la gloria (pecuniaria) de albergarme había cambiado de aspecto.

Halls, salones, escaleras, estaban entregados al Carnaval. Los chinos iban vestidos de europeos, los europeos, de chinos. Todo el señorío de Pekín, con la sonrisa de los buenos tiempos en los labios, bajaba de autos y *rickshaws*, saludándose con esas frases inanes de gentes que ya se han visto por la mañana y saben que se volverán a ver al día siguiente.

Se había congregado cuanto de notable contenía la colonia extranjera. Ministros, secretarios y agregados de legación de las cinco partes del mundo acudían buscando una diversión a sus diarias tareas. Por una noche, encopetadas damas se prestaban a servir de maniqués, luciendo los más ricos trajes mandchúes. Los

hombres, en su mayoría, iban disfrazados de pingüinos, es decir, de frac y pechera blanca.

Ante el guardarropa, la muchedumbre se apretujaba, permitiendo a los aficionados a pellejos oficiales olisquear hombros y espinazos americanos, franceses, ingleses, italianos, portugueses y argentinos. La alegría ondeaba como un gallardete, y una orquesta rusa, en colaboración con un *barman* holandés, dispensaba a tan distinguida concurrencia una embriaguez de buen tono.

Iba a estallar la guerra.

—El ascensor me dejó ante mi 518.

El señor Pu reposaba en el mejor sillón. Leía. ¿Con qué derecho violaba mi domicilio ese chino rotundo y paticorto? Pronto iba a saberlo.

—Con su permiso — me dijo — he venido a guarecerme aquí. Hubiera preferido el Hotel des Wagons-Lits, pero no quiso usted hacerme caso... Menos mal que la cama puede pasar...

—¿Es que también duerme aquí?

—Desde hace cinco días.

—Señor Pu: ¿qué dirán las gentes? ¡Era usted mi intérprete y ahora parecerá mi concubina!

—Con su permiso.

—En el curso de una vida, que podría haber sido más austera, he conocido buen número de

intérpretes; pero... ¡chóquela usted, señor Pu! Le adoro... ¡Es usted único!

—Leía — me dijo — *La dama de Montsoreau*. ¿Tiene usted el honor de conocer al señor Alejandro Dumas?

—Es mi mejor amigo.

—¿Acaso son ustedes vecinos en París?

—Todavía no, señor Pu; pero todo se andará.

—¡Cuánto me alegro!

—Y... ¿cómo van las cosas en Pekín?

—Tsang-Tso-Ling se acerca, Wu-Pei-Fu también. El miedo es general; el pánico nos amenaza.

Bajamos. Empezaba la fiesta. Farolillos multicolor, mezclados con las bombillas eléctricas, iluminaban la sala en la que se celebraba el banquete de máscaras y disfraces. Cuando la orquesta rusa descansaba, diez músicos filipinos la relevaban. El champaña corría a todo pasto. La aparición de algún disfraz grotesco o alusivo era recibida con bravos y palmadas.

Tal contrabandista era el director inglés de las Aduanas chinas, y tal coolie el representante americano de la Standard-Oil.

Hubo una pareja que hizo su entrada triunfal en un *rickshaw*. El marido, ingeniero belga, disfrazado de *pousse-pousse*, arrastraba a su esposa, vestida con manto de corte azul celeste. Las

européas, bien conformadas, se pavoneaban luciendo el pantalón nacional. La más hermosa de entre ellas, una rusa que desde hacía cinco meses vivía de su hermosura en el segundo piso del hotel, llegó sola, como siempre, vestida con el traje de la ilustre emperatriz Tshen-Hi. Su entrada hizo sensación, y en aquel momento diez hombres, cuyos nombres todos conocíamos, dijeron para sus adentros:

—Me costó caro, pero ¡qué éxito!

A lo mejor de Europa se había unido lo mejor de China. Veíase a la famosa princesa... mestiza notable, Egeria de la República y dama de la corte del emperador. El general Cautel lucía su uniforme de gobernador voluntario de Pekín.

El Wai-Chiao-Pu (Ministerio de Negocios Extranjeros) había enviado delegados a fin de demostrar a los representantes internacionales que el poder central de China no había desaparecido por completo. Vi a aquel triste jefe de Policía cuyas desventuras os he referido; pero encontré que, no habiéndose disfrazado de ladrón, había dado prueba de poco ingenio.

Los celestiales miraban sin censura la infantil mascarada. Por aquella noche recataban su odio al blanco. No habían acudido a la fiesta para bailar, sino impulsados por la angustia.

Si por arte de birlibirloque se hubieran podido ver pintadas en sus frentes las ideas que les obsesionaban, se habrían visto aparecer los dos nombres que les tenían tan aterrorizados: «¡Tsang-Tso-Ling! ¡Wu-Pei-Fu!»

Para ellos la ocasión era providencial al permitirles ponerse en contacto con los ministros plenipotenciarios.

Ya me parecía oír a tal dignatario de la República-Imperio murmurar al oído de un diplomático europeo:

—Si la suerte nos es de nuevo adversa, ¿podré contar con un rinconcito en vuestra Legación, excelencia?

Pero la excelencia estaba muy ocupada con una dama a la que hacía confidencias de tiempos pasados..., y el pobre chino se alejó desapercibido.

Un abismo separaba las dos razas, y por él corría aquella noche champaña, música, promesas de amor, egoísmo, común a todos los pueblos del globo, angustia disimulada con una sonrisa...

Bajo las mismas luces de la fiesta, los blancos bailaban y los amarillos temblaban. Los primeros no temían volver a la época de los *boxers*. Ya no estábamos en 1900. En la ocasión presente los chinos iban únicamente contra

los chinos. DÍA llegará en que se junten para ir contra los europeos; pero... aun no ha llegado y hasta que llegue..., bailemos.

Un *boy* pugna por abrirse paso, portador de un instrumento que quisiera poder describiros gráficamente. Consistía en un palo de escoba, que llevaba ante sí, tieso como un cirio, haciendo sonar frenéticamente un timbre eléctrico situado en su extremo inferior.

El otro extremo tenía una incisión en la que iba inserto un cartón con un número en gruesos caracteres. El aparato servía para anunciar el haberse recibido en el hotel alguna comunicación urgente para el huésped cuya habitación coincidía con el número que indicaba.

El señor Pu dió un brinco.

— ¡518!... ¡Es para nosotros! — dijo.

Era un telegrama cuyo contenido rezaba:

«Gracias. Me han devuelto noventa luises y mi libertad. Adiós. Galka.»

— Tsang-Tso-Ling se ha quedado un diez por ciento de comisión — dije. — Es modesto.

— ¿Qué? ¿Qué dice usted de Tsang-Tso-Ling?

— Es un telegrama de Mukden.

— ¿Mukden? ¿Ha salido ya de Mukden?

El señor Pu se retorció como presa de un cólico violento.

— ¡Ya está aquí! ¡Ya llega! — gritaba.

Una idea humanitaria iluminó mi mente.

— ¡Pu!... — le dije. — ¡Regocijémonos!...

Tsang-Tso-Ling renuncia al combate. Ha ordenado la retirada de las tropas que tenía ya en Tientsin. Todo ha terminado antes de empezar.

Gnafron se llevó la mano al corazón.

— ¡Vuelve a latir! — exclamó.

— ¡No sea egoísta! Observe el terror que embarga a sus compatriotas. Divulgue la noticia. Diga que es oficial. Hágales partícipes de su alegría.

Así lo hizo sin perder momento, indicándome como prueba fehaciente de su afirmación, y yo, triunfante, agitaba mi telegrama en alto. Mi mesa se vió rodeada de chinos. Un secretario de Bélgica se acercó a mí.

— ¿Es posible? — preguntó. — ¿Es posible?

— ¡Es indudable! — repliqué.

Los chinos estrecharon mi mano, locos de alegría, dirigiéndose al *buffet* para celebrar la fausta nueva.

Y la fiesta terminó entre el general regocijo.



MODESTO ZAFARRANCHO DE COMBATE

Al día siguiente anunciaban los periódicos la inminente catástrofe.

Tsang-Tso-Ling había terminado la concentración de sus tropas y abandonaba Mukden dispuesto a marchar sobre Pekín. Wu-Pei-Fu corría a cortarle el paso.

El dragón, hijo del terror, surcaba el cielo pekinés. Según los indígenas, pasaba silbando; pero os juro que a pesar de tener ambos tímpanos en excelente estado no pude oír el más leve silbido.

— ¡Chááá! ¡Chááá!... — berreaban los *boys* del hotel.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué tanto ¡chááá!, ¡chááá! ? ¿Acabaréis de armar escándalo por los pasillos? ¿Por qué corréis desafortunados como si os persiguiera un cohete? ¡Traedme el desayuno en seguida!

—¡Tsang-Tso-Ling! ¡Tsang-Tso-Ling!

—¿Qué le ocurre a Tsang-Tso-Ling? ¿Dónde está? ¿En el hotel?

—¡Chááá...! ¡Chááá!

Me agarro al teléfono.

—¡Oiga! ¡Oiga! ¿Es el gerente? ¿Se ha enterado usted de que sus subordinados están armando una zapatiesta de mil diablos en mi piso?

—¡Cliente! — contesta el gerente. — ¡Estamos perdidos! ¡Empieza la desbandada! ¡Sálvese quien pueda!



UNA CONVERSACION INESPERADA

El viento amarillo que soplaba del desierto de Gobi contribuía a aumentar el desconcierto. A las cinco de la tarde abatió un tanto el temporal de polvo y pude aventurarme, sin correr el riesgo de morir rebozado, por los *hutongs* apopléticos de Pekín.

El doctor Yen, presidente del Consejo interino y ministro de Negocios Extranjeros, por bondad de alma, me esperaba en el *Wai-Chiau-Pu*.

Al llegar a la entrada de tan ilustre morada del Estado, los dos dragones que campeaban en sus vidrieras esmeriladas me saludaron meneando la cola, entablado en voz baja el siguiente diálogo:

—Querido amigo — decía el de la derecha al de la izquierda, — ¿me engañan mis ojos o es que viene una visita?

—A primera vista, eso parece — contestó el otro.

—Luego, si viene, es que nuestro ministro no es un mito, como pretenden los rumores públicos.

—La razón habla por tu boca de víbora — asintió el primero.

Y ambos intentaron atusarse los bigotes a mi paso, no consiguiéndolo por no llegarles la pata al hocico.

Entré en la antecámara. El ruido de mis pisadas resonaba como en una caverna deshabitada y las paredes me devolvían el eco de mis pasos, saludando llenas de contento la entrada de un ser animado en su recinto.

De no sé dónde surgieron varios *boys*, que me rodearon atónitos, resistiéndose a aceptarme como un individuo de carne y hueso.

—¿El señor doctor Yen, presidente del Consejo interino y ministro de Negocios extranjeros? — les pregunté en voz alta para probarles que no era un espíritu.

Se restregaron los ojos, apoderándose de mi abrigo amarillo, mi sombrero gris y mi bastón negro. Un inmenso guardarropa vacío exhibía la desolación de sus trescientos números.

En el 211 colgaron mi abrigo; en el 213 mi sombrero y en los 214, 215 y 216 mi bastón, que colocaron horizontalmente para que pudiese ocuparlos con cierta verosimilitud. Tan

satisfechos me parecieron de poder dar empleo a tanta percha, que saqué de un bolsillo el tapabocas, entregándoselo. Colgáronlo alborzados del 217 y me condujeron a presencia de su ilustre amo y señor.

—¿Deseaba usted verme? — preguntó el doctor Yen afablemente,

El insigne estadista abandonó su sillón ministerial, sentándose junto a la ventana, en un taburete.

—Así — dijo, matizando la acción con una mirada — será más exácto.

—Temía no llegar a tiempo, señor ministro. Hace veinte días que, al entrarme el desayuno, me dan la noticia de su dimisión. Supongo que la debe usted comunicar a la Prensa a eso de las seis de la tarde; afortunadamente, son las cinco y cuarto. Tenemos, pues, cuarenta y cinco minutos...

El doctor Yen, cuyos ojos ribeteados de concha chispeaban de gozo, explicó:

—Vulgarmente se cree que lo más difícil en carreras como la mía es llegar a ser ministro. ¡Qué error! La verdadera dificultad está en dejar de serlo. Si me trae usted un modo viable de salir de este compromiso se hará acreedor a mi gratitud eterna.

—Y... ¿si usted se marcha, quién queda?

—Ese es el problema. El *quid* está en encontrar sucesor. No es que me mate el trabajo, pero... soy el Poder Central (al decirlo procuró disimular una sonrisa) y no estoy completamente solo. Creo que hay aun dos o tres ministros en sus puestos, por ejemplo: el de Finanzas, según me aseguran. A propósito: ¿podría usted decirme dónde para el ministro de Finanzas? Necesito verle con urgencia. ¿No ha dado usted con él en alguno de sus viajes? No dudo de que esté en su puesto, pero ¿dónde diablos ha trasladado su puesto? Lo que actualmente ocurre en China... Pero antes, dígame: ¿entiende usted algo de lo que actualmente ocurre en China?

—Ni jota.

—Yo tampoco. Decía que la situación de China es más bien un fenómeno celeste que político. Mi país no es un individuo, como usted o como yo; es algo más grande, algo que tiene un pasado y un porvenir. Y tanto el uno como el otro están intactos. Ahora es la época del viento amarillo. Este viento no es Pekín. Pekín, durante once meses del año, disfruta del cielo más bello de Asia. Es cosa sabida. Pero una vez al año impera el viento amarillo y... ¿qué podemos hacer contra él?

—Meternos en casa.

—Exactamente. En política sopla actualmente un viento amarillo. Eso le explicará el que me sienta cansado y desee meterme en casa. Volviendo a la China, no es un país, es un continente. Es mayor que toda su Europa. ¡Cuatrocientos millones de conciudadanos!... Piense usted en el trabajo que les cuesta entenderse en su parte del mundo. Y ¿cómo lo remedian? Tomando paciencia. Eso es lo que hacemos nosotros. Tanto más cuanto que en nuestro caso la calamidad afecta a un solo pueblo, al nuestro. Nos despedazamos, pero en familia. Nuestros perros se han convertido en lobos, pero no han abandonado sus perreras. Los sátrapas se apoderan buenamente de cuanto cae al alcance de su mano. Es un militarismo doméstico.

—En Mukden vi a Tsang-Tso-Ling. ¿Sabe usted que es el tipo del perfecto granuja? ¡El mejor de mi colección!

—¡Chist!... — dijo el doctor Yen, presidente del Consejo interino y ministro de Negocios Extranjeros por fuerza. — Hable usted más bajo. La vanguardia de Tsang-Tso-Ling está a menos de treinta kilómetros de nosotros, y ¡si he de ser yo quien detenga su avance...!

Y prosiguió:

—El principio de autoridad está trastorna-

do, no puedo negarlo, como tampoco negaré que reina una ausencia total de disciplina. Los soldados ya no pertenecen al Estado, sino a los particulares. Somos una República parlamentaria y no tenemos Parlamento. El presidente del Consejo está en Tientsin, en la concesión francesa, cuyo clima parece serle beneficioso, en uso de licencia desde hace ciento dos días... ¡Ciento dos días! — repitió el doctor Yen. — ¡Qué suerte! Mis otros colegas, atacados súbitamente de un ansia urgente de locomoción, se han dispersado por los cuatro puntos cardinales con objeto, sin duda, de escribir poemas a las distintas fases de la luna. El país es rico. Nuestro dinero vale el triple que antes de la guerra. Las carteras de los carteristas rebosan de oro, pero el Gobierno que tengo el honor de representar, no tiene una sapa. (Présteme usted una cerilla — dijo incidentalmente el ministro.) Los funcionarios públicos no van cada mañana al trabajo, sino al asalto de nuestros coches vacíos. El sur dice que el norte no es legítimo, y el norte... soy yo. El este, representado por el mariscal Tsang-Tso-Ling, amenaza destruir el centro, que rige el mariscal Wu-Pei-Fu. Y el viento amarillo sopla imparcialmente sobre todos nosotros. Resumiendo en dos palabras: una perturbación

momentánea trastorna el sistema gubernamental.

Un gato surgió de una librería y se puso a mayar como si estuviera en su tejado favorito. El presidente le habló en chino y el gato se reintegró a su librería.

—Sin embargo, analicemos. Un Gobierno, en la acepción usual de la palabra, ¿es, en general, tan indispensable como parece a la felicidad de la nación? La China ha estado siempre muy poco gobernada, y me atrevo a decir que no por ello ha sufrido mayores calamidades. En 1900, por ejemplo, cuando su majestad, el hoy difunto emperador...

—¡Que sus antepasados duerman tranquilos en sus sepulcros! — dije yo.

—¡Así sea! Cuando su majestad el difunto emperador, anticipando en su afición a los viajes a mis colegas actuales, marchó de Pekín, la China, que perdía con la excursión imperial todo su poder central, no dejó de existir. Sea usted franco. ¿No le admira el orden que reina desde que impera el desorden? Vea el pueblo. ¿Sabe acaso que no hay Gobierno? ¿Se preocupa del sur o del norte? El que yo dimita o desee dimitir diariamente, ¿modifica el sabor de su arroz?

El viento amarillo, que había vuelto a levantar

tarse, azotaba los cristales, cubriéndolos de una capa de polvo densísimo.

—¿Tiene usted gafas?

—Si pueden serle útiles, aquí están, excelencia.

—Gracias. Aun me queda un par. Lo preguntaba por su propio bien, para cuando salga de aquí.

El doctor Yen disfrutaba con nuestra conversación. Hablaba lentamente el francés, no por falta de palabras, sino para saborear el placer de hablar. Forma parte de esa categoría de chinos cuyo espíritu es vasto como su Imperio y presenta todos los matices de la inteligencia.

—¿Creen ustedes, en Francia, en el sino?

—Salvo en lo que afecta en viajar en viernes y al número 13...

—No es bastante. Así, comprendo que les sea indispensable un Gobierno. Se entregan a manos de otros hombres. Están convencidos de que nada puede solventarse sin la intervención humana. Indudablemente, tal convencimiento ha de ser muy útil, como apoyo moral, a sus estadistas para el cumplimiento de su efímero deber. Nosotros, los chinos, concedemos mayor importancia al destino. Eso le explicará la situación actual. ¡Los hombres son tan ponde-

rables, y el misterio de lo infinito lo es tan poco!... ¿Obrar?... ¿Para qué, si lo ignoto decide contemporar? ¡Movimientos fútiles de nuestros miembros!

Igual que el mar avanza y retrocede, igual que la luna sale y se oculta, la paz siguió siempre a la guerra y el castigo al crimen. Creemos en una ley de purificación y de castigo. Los mariscales Tsang-Tso-Ling y Wu-Pei-Fu saben, estoy seguro, que no todo lo que lanza destellos son brillantes. Saben que los hombres, aunque sean jefes, no son libres y que la última palabra la dicen los dioses. Por eso no tienen prisa en resolver lo que ustedes, en Occidente, llaman el caos chino, y presuponiendo, desde luego, la intervención sobrenatural, que no dejará de producirse, quizá para salvarles, se contentan, en vez de aniquilarse, lo que sería frágil, con amenazarse, que es más duradero y lleno de posibilidades.

El reloj dejó oír seis campanadas.

— ¡Las seis! — exclamé sobresaltado. — ¡Señor ministro, supongo que no presentará la dimisión! ¡No haga tal cosa en mi presencia, por favor!

—No tema; tiene usted tiempo de retirarse. El reloj adelanta diez minutos...



GRAN ZAFARRANCHO DE COMBATE

De madrugada, a cosa de las cuatro, oí un estrépito como si contra la puerta de mi 518 batiese un ariete, y una voz anhelante que gritaba :

—¡Abra usted..., soy yo! ¡Tsang-Tso-Ling!

—¡Maldición! ¡El señor Pu!

—¡Tsang-Tso-Ling... Wu-Pei-Fu!... ¡Abra!
¡Ya se ha armado!... ¡Están aquí!

—¡Márchese usted! ¡No vuelva hasta las diez o le ajusto las cuentas!

—¡Ya están ajustadas!... El ejército llega...

—¿Cuál?

—No lo sé, pero el peor.

—¡Váyase y déjeme dormir!

—¡El cañón! ¡Escuche tronar el cañón!

Lo que escuchaba era el ascensor, puertas que batían, carreras desenfrenadas por los pasillos y un estruendo como si todos los baúles del hotel rodasen escaleras abajo.

Abrí la puerta. El señor Pu llevaba aún gafas, pero en sentido diagonal a los ojos. Su rostro parecía un *capot* de auto después de una colisión, con los faros de través. El corazón le latía hasta el vientre.

—¡Vamos a la Legación de Francia! ¡Vamos cuanto antes!

—Ya no es hora, Gnafron. Usted irá donde yo le mande. Al fin y al cabo, su pellejo no pasa de ser un pellejo, del que yo respondo.

—¿Responde usted de mí?

—Sí.

—¿Y de mi mujer?

—De su mujer y de su concubina y de sus suegras... de todo el gallinero.

—Voy a buscarla.

—¿A quién?

—A mi concubina.

—¿Dónde está?

—Abajo.

—¿Qué hace.

—Tirita de miedo.

—Haga que le den una taza de té. Así entrará en calor.

Pu abrió la ventana, empinándose sobre la punta de los pies para poder mirar hacia abajo. Era una noche clara de luna.

—¡Mire usted! ¡Todo el mundo huye!

En efecto, la avenida hormigueaba de chinos fugitivos.

—¿Dónde van?

Por las calles la algarabía era ensordecedora. Chinos y chinas, enloquecidos, corrían por doquier, agolpándose contra las murallas.

Me hacían pensar en esos moscardones, prisioneros en una habitación, que, sin comprender el enigma de los cristales, se estrellan contra ellos en su ansia de libertad.

Pekín se convertía en una inmensa *Magic City*. Los celestiales subían, bajaban, se apretujaban, patinaban, aullaban, rugían, arrojaban colchones por los balcones, rompían platos, tiraban mujeres, niños y tiros por las ventanas.

Los vehículos todos habían salido de sus cocheras. Los *rickshaws* pugnaban por abrirse paso. En el pánico del momento habían uncido camellos a las carretas de bueyes, bueyes a los cochecillos de burros, burros a los carretones de mano.

Los porteadores, cargados hasta su máximo poder de resistencia, se doblegaban bajo los fardos enormes.

Huían a pie, en bicicleta, a caballo, en coche. Los perros, fieles y jadeantes, procuraban seguir a sus amos en la desbandada. En los tejados los gatos mayaban de espanto. Al ar-

der Sodoma y Gomorra no debió de ser mayor la confusión.

Se llamaban, se insultaban. A las siete de la mañana empezó a oírse claramente el lejano tronar del cañón. El pueblo de Pekín, inmovilizado por el terror, lanzó un inmenso alarido — ¡*Tsang-Tso-Ling!* ¡*Tsang-Tso-Ling!* — con el mismo tono que aullaría Lucifer al sentirse de nuevo la lanza del Arcángel San Miguel en la garganta.

El señor Pu temblaba. Había encerrado a su concubina en mi 518 y no se apartaba de mí. Desde hacía un momento olfateaba.

—¿Qué huele usted?

—¡Pólvora!

Pekín está formado por una serie de murallas encajadas unas en otras. Muralla exterior, muralla interior, muralla de la Villa Prohibida, muralla del barrio diplomático, en el que cada Legación está a su vez rodeada de una muralla. ¿Era, acaso, por saberse tan amurallado por lo que enloquecía el pueblo? ¿No debe ocurrir lo mismo, dentro del casco, a la tripulación submarina que naufraga?

Del barrio chino, del tártaro, del amarillo, de todas partes, la muchedumbre huía desbordada. Sobre el rumor sordo del gentío sobresalían las notas agudas de gritos infantiles, ni-

ños perdidos en la terrible égira. Reuní unos cuantos, intentando ponerlos a salvo en un rincón de acera, pero no lo estuvieron por mucho tiempo: el populacho lo barría todo a su paso.

Las tres puertas de entrada al barrio de las Legaciones estaban definitivamente atascadas. ¡Esperad! — daban ganas de gritar a aquellos insensatos. — ¿No veis que el barrio es pequeño? Si no se os corta la cabeza como a las sardinas, no habrá medio de que quepáis todos.

En el Hotel des Wagons-Lits el espectáculo era inenarrable. Tuve que morderme los labios para no soltar la carcajada a pesar del cañón.

El gerente vociferaba:

— ¡En cada habitación hay treinta y siete huéspedes!

— ¡Qué importa! — suplicaba un chino. — Son amigos míos todos y pagaré como si estuviera solo.

— Eso corre de mi cuenta — replicaba el gerente, anunciando al cajero: — ¡Treinta y ocho en el 80! ¡Treinta y ocho!

Las escaleras estaban invadidas como las tribunas de Longchamps en día de carreras. El tejado comenzaba a poblarse.

Pu gemía:

— ¿Quién tiene razón? ¿Quién conocía mejor a su propio país?

Le cogí por un brazo y salimos de las Legaciones por Chien-Men. En esta puerta triunfal hay una hornacina en la que se veneran dioses singularmente potentes. Los chinos suelen detenerse ante ella, pero hoy... ¡los dioses podían irse al cuerno!...

Se asaltaban los bancos, pero no para retirar nada, al contrario: para depositar plata, cofres, joyas, objetos de arte, sedas, valores y piojos personales. Muchos iban con sus mujeres. ¿Pensarían dejarlas también en depósito?

Era el caos. Unos huían con estatuas de Buda entre los brazos, otros querían salvar biombos, faroles, esteras enrolladas, joyeros, porcelanas. En algunos bolsillos, las pipas de fumar opio asomaban su caña, y los recién nacidos, atados a espaldas de sus madres, bailaban también la zarabanda de la fuga.

Soldados — ¿de quién? — fusil al hombro, iban arrastrados por el torrente humano que no podían contener.

Era una estupenda cacofonía.

—¿Qué dicen, Pu?

—¡Nada!

En Chen-Men, en Hata-Men, en Tartaria, en el barrio amarillo... el espectáculo era igual en todas partes. Se cerraban las persianas, se aherrrojaban las puertas, se arrancaban las legum-

bres de los huertos, se abandonaban hasta los féretros.

A las diez aparecieron las primeras ediciones extraordinarias de los periódicos, que la gente arrebatava de manos de los vendedores. Pu las compró todas, leyéndolas ávidamente.

Las nueve puertas majestuosas de Pekín habían cerrado su hojas. Tras cada una de ellas se apercibía un centenar de mercenarios. El doctor Yen no había podido hacer más. ¡Mil soldados! ¡Eso era todo el ejército oficial chino! Los infelices no habían cobrado hacía mucho tiempo. El doctor Yen tuvo que apelar al cuerpo diplomático.

Consultaron al gran financiero internacional, al director de Aduanas, un inglés, quien, vista la urgencia del caso, permitió que el «Gobierno» utilizase el dinero de las gabelas para liquidar los atrasos de los carabineros, adelantales un mes de paga y darles de beber. Lo improvisado del tratamiento surtió un efecto maravilloso. La tropa no sólo consintió en montar la guardia, sino que, llevada de su entusiasmo, prometió no abrir voluntariamente las puertas de Pekín a los foragidos de Tsang-Tso-Ling.

Hacia las once, nuestros pasos nos llevaron a proximidad del Hotel de Pekín. Entramos. Poco más o menos, era la segunda edición del de

los Wagons-Lits. En el bar, Nachbaur tomaba su dosis habitual de champaña, dando intermitentes vivas al ciudadano chino, mientras doscientos epilépticos le interrogaban como a un oráculo:

—¿Qué noticias tiene, señor Nachbaur?

El colega sacaba su reloj.

—Las once — proclamaba. — A las doce, Tsang-Tso-Ling estará aquí.

Y los chinos rechinaban de dientes.

—No os desesperéis — les decía. — Tenéis mil hombres recién pagados guardando vuestras puertas, con ocho ametralladoras. ¿Qué más queréis?

—¡Ocho ametralladoras! ¡No bastan!

—¿Por qué?

—Porque Pekín tiene nueve puertas.

Se seguía oyendo el estampido del cañón.

Con tres horas de diferencia, un diario inglés anunció la muerte de Wu-Pei-Fu, el *Tigre de dientes de fuego* (los tenía de oro), y la de Tsang-Tso-Ling, el *León sin melena* (iba rapado como un quinto).

El pánico llegó a su apogeo.

Las iglesias católicas rebosaban de infieles, a los que los cañonazos habían servido de bautismo. Tuvieron que cerrar las verjas del Hospital Rockefeller y las del hospital francés para

evitar que los enfermos pereciesen aplastados por los intrusos. Vi un grupo de cantantes de Chien-Men abatirse como bandada de pájaros sobre el convento de las Hermanas de la Misericordia.

A las cuatro, el mismo diario inglés cambió de disco. Wu-Pei-Fu estaba perfectamente de salud y Tsang-Tso-Ling también, pero, en cambio, las escuadras extranjeras anclaban frente a Tientsin.

Fué una verdadera alucinación. Pu ya no oyó más voz que la de su espanto. Corriendo como un gamo se refugió en el edificio de la Y. M. C. A. (Young Men's Christian Association).

—¡Cómo! — exclamé, — ¡Se hace usted protestante!

¡Ya había desaparecido!

Volví al hotel. El ascensor no estaba arriba ni abajo ni en ningún piso. Los *boys* lo habían detenido entre el tercero y el cuarto, refugiándose en él, desde por la mañana, para que Tsang-Tso-Ling no diese con ellos...

Entré en mi cuarto. Dos piececillos diminutos sobresalían de debajo de mi cama... ¡La concubina de Pu!...



DOS CORRESPONSALES DE GUERRA

Eran las siete de la mañana y el auto corría cruzando una región que no había dormido. Por los predios veíase huir a los aldeanos despa- voridos. Lejos del campo de batalla, el pá- nico es locuaz; cerca del fuego de cañón, en- mudece.

Aquí y allá, en las cunetas del camino, algún féretro esperaba que los dioses se dignasen de- signar el sitio favorable para su inhumación. La angustia parecía pesar hasta sobre la na- turaleza...

Conocía ya esa atmósfera. Era la típica de los días de combate. El cielo estaba cubierto de nubarrones que pasaban muy bajos, como si quisieran ver hasta dónde se hundían los hombres en el abismo.

Estaba en la provincia de Tchely, pero no muy seguro de a dónde iba. Las batallas no tienen nombre hasta que terminan. De tiempo

en tiempo, el chauffeur me preguntaba lo que tenía que hacer, y yo le contestaba:

—Adelante.

No se oía nada.

Seguí la línea férrea de Pekín-Tientsin, sobre la que se estaba librando la batalla. Tarde o temprano daría con ella.

Estudiaba mi mapa. Aquel poblado debía de ser Hiang-Che-Ting. Estaba desierto; las casas vacías; sus puertas abiertas. Sólo quedaba un perro, que nos miró al pasar.

Sobre las paredes, gruesos caracteres chinos se destacaban, fresca aún la tinta de su escritura. El intérprete me dijo que significaban «¡HUID!». ¡Quizá el perro no sabía leer!

En una de las casas ardía una lamparilla ante las estelas familiares. Le quedaba aceite para una hora escasa.

Seguía sin oírse nada.

Continué adelante. Cinco o seis *lis* más lejos, una masa negra. Eran un centenar de chinos y chinas. Llegamos hasta ellos. Un buey arrastraba un carromato en el que se amontonaban los fardos comunes. El auto espantó al bóvido, que quiso huir haciendo bascular al carro en la cuneta. ¡Hasta los últimos harapos que habían conseguido salvar caían en el fango!

—¿Dónde? — pregunté.

Por señas me dieron a entender que más allá.

Más lejos encontramos una china sentada ante su puerta, contemplando algo tendido sobre el suelo de tierra apisonada: era una muchacha, vestida del pantalón nacional de tela, desnuda de medio cuerpo arriba, muerta. Su rostro y sus senos presentaban grandes manchas de color violáceo. Debió de envenenarse.

Súbitamente, un ruido parecido al que harían varios carros sobre un empedrado nuevo. ¡Descargas de fusilería!

Seguimos la vía; pronto nos vimos ante un tren parado. Era un tren sanitario.

—¡Salud! — dije a dos chinos que parecían ser médicos.

Y señalando hacia donde se oían las descargas:

—¿Es lejos de aquí?

—Siete *lis*...

Dejé el auto y a mis acompañantes, echando a campo traviesa. El viento dificultaba mi avance. Los cañones empezaron a disparar por salvas. Parecía una batalla de veras.

Cuarenta y cinco minutos de marcha... y seguía sin ver nada. Siete *lis*... cuatro kilómetros... En mi mapa no había indicación de carretera alguna por aquellos parajes. Eviden-

temente, el combate era por la posesión de la vía férrea; pero entonces... ¿qué hacía allí el tren sanitario, con la máquina apagada? ¡Pintoresca guerra! ¿Dónde estaba yo, exactamente? ¿En tierras de Tsang-Tso-Ling o en tierras de Wu-Pei-Fu?

Seguía oyendo la fusilería, pero no el típico silbar de las balas. Los médicos debían de estar equivocados. Lo que fuera, pasaba más lejos.

Por fin, vi gente. A mi derecha traqueteaban varias carretas de bueyes. Era un convoy de heridos. Un chino que tenía aspecto de ser un oficial me miró sin comprender mi presencia, pero no me preguntó nada.

—¿Tsang-Tso-Ling? — dije.

No contestó ni con la mirada. El convoy siguió su marcha y yo proseguí en dirección opuesta, guiándome por el rastro dejado por sus ruedas.

Anduve unos tres kilómetros. Había cesado la fusilería, pero estaba en la zona de operaciones. Ante mí veía hileras de hombres tendidos en el suelo. Los imité.

Ni alambradas ni trincheras. Era la guerra doméstica de que me había hablado el delicioso ministro de Negocios Extranjeros. Sin embargo, los japoneses deben de haber aleccionado a Tsang-Tso-Ling.

Parecía más bien un encuentro que un combate, pero, entonces, ¿qué papel desempeñaban los cañones? A mi izquierda los obuses se veían explotar.

—¿Cruz roja?

Me volví; un chino se me había acercado, arrastrándose.

—No — repuse.

—¿Embajada?

—¡No!

—¿Prensa?

—¡Yes!

—¿*Chinese-Times*? (periódico inglés de Pekín).

—¡Yes!

Y pregunté a mi vez:

—¿Tsang-Tso-Ling?

—¡Yes!

Saqué del bolsillo el estupendo retrato dedicado por Tsang-Tso-Ling. Lo había traído conmigo... por si acaso.

—¡Good! — exclamó el chino, dando con la nariz en tierra. — ¡Good!

Era el capitán del sector. No tenía aspecto de bandido, pero, al parecer, ignoraba las costumbres civilizadas. ¿Cómo podía suponer que los agregados de embajada abandonarían Pekín para arrastrar el ombligo por el fango?

¡Porque el lugar no era precisamente un campo de tennis!...

Se reanudó el fuego de fusilería a nuestra derecha. Por lo visto, estaba en uno de los flancos del combate. No era una guerra de posiciones, sino de evoluciones. Y sin embargo, nadie se movía. Los dos bandos se fusilaban con la esperanza, cada uno, de ver ceder al otro.

—¿Pekín? — preguntó un oficial.

Con gestos apropiados le di a entender que sí y que la cosa estaba que ardía por allá.

Un hombre se acercaba *a caballo*. Parecía inverosímil, pero era así. Me incorporé, apoyándome en los codos. El jinete pasó al trote largo, continuó algunos metros más y volvió por donde había venido. ¡No tenía dirección fija! ¡Se paseaba!

Un obús cayó a doscientos metros. Le saludamos como es de rigor. Se oyeron gemidos y varios cuerpos se arrastraron a retaguardia.

Cuando esos mismos soldados desfilaban por las calles de Mukden o de Tientsin, parecían piojosos, pero el fuego todo lo purifica. Muertos, heridos o vivos, hoy eran y parecían soldados.

Permanecí dos horas en aquel paraje. De repente, ante nosotros, un hormigueo. Las tro-

pas reflúan. Las que estaban conmigo se incorporaron, dirigiéndose, en un desorden verdaderamente chino, hacia la vía férrea. ¿Tsang-Tso-Ling cedía el terreno?

Retrocedí. La masa fugitiva me arrastró en su huída. Sin darme cuenta, me consideré a mí mismo en el seno de aquella oleada amarilla, pero pronto me amoldé a las circunstancias. Formando parte de la oleada, debía hacer lo que hacían los demás: seguir corriendo hasta encontrar una orilla en la que ir a morir.

El grueso de las fuerzas tomó la dirección de Tientsin. Yo seguí hacia el tren para dar con mi auto. ¡Con tal que Pu no hubiera huído con él!

Me iba acercando; plantado entre los rieles, un fornido individuo contemplaba la situación a través de sus gemelos de campaña. Súbitamente los enfocó hacia mí y levantando los brazos al cielo salió a mi encuentro:

—¡Hello! ¿How are you? (¿Cómo está usted?)

—¡Ward Price! ¡Lumbrera del *Daily Mail*, colega y hermano! ¿Qué diablos hace usted por aquí?...

Ward Price me estrechó la mano:

—Encantado de verle.

Eramos antiguos amigos. Viejos camaradas de

galera que volvían a encontrarse. Cuervos internacionales, nos habíamos reunido varias veces en los pudrideros del mundo.

El número de reporteros de esta clase no es muy crecido. Ingleses, italianos, franceses... entre todos no llenarían dos vagones de tren. Pero esos hombres sin hogar y sin porvenir sienten una inmensa afección por sus colegas. Cuando algún acontecimiento les hace poner el pie sobre la cubierta de un barco o el andén de una estación, su primera mirada es buscando a los camaradas.

El destino quería que, entre todos ellos, Ward Price y yo estuviésemos consagrados a la misma catástrofe, generalmente.

No llegábamos siempre juntos. ¡No! Así, en la ocasión presente, el uno acababa de atravesar el Atlántico y el Pacífico y el otro el Mediterráneo y el Océano Indico, pero ¡qué más daba! ¿No corría la sangre en China? Allí se encontrarían, ¿verdad, inglés de mi alma?

Miraba a Ward Price y no acababa de reconocerle.

—A usted le falta algo...

—¡No! — dijo. — Anteayer cobré un cheque en Shanghai...

¡Esos ingleses no piensan más que en la libra esterlina!

—¡No quiero decir eso! Pero a usted le falta algo...

¡Ya di con ello! ¡Le faltaba la máquina de escribir!

—¡No! — dijo recogiéndola del suelo. — ¡Aquí está!

¡Son unos tipos únicos!

—¿Qué ocurre? — me preguntó, indicando la desbandada del ejército de Tsang-Tso-Ling.

—Nada.

—¿Cómo funciona el telégrafo en Pekín?

—No funciona.

—¿Qué idioma se habla?

—Ninguno.

—Entonces, ¿para qué me han hecho venir aquí?

—Para tener el gusto de encontrarse conmigo.

—Pero ¿qué pasa?

—Cosas que harán morir de risa a sus lectores del *Daily Mail* durante dos semanas.

—Acabo de llegar; explíqueme usted... En China ¿qué es lo que ocurre?

Le cogí del brazo y siguiendo juntos la vía férrea, empecé:

—En China, querido amigo...

EPÍLOGO

POR

GONZALO DE REPARAZ



CHINA A VISTA DE PÁJARO

I

DE COMO CHINA ES UN MUNDO APARTE

Asia es un inmenso continente, del que Europa es una península. El asiatismo de ésta se atenúa según se adelanta hacia occidente. La Europa occidental es una región oceánica, comprendida entre el Atlántico y los mares de él destacados. Mares y tierra se compenetran mutuamente mediante golfos y penínsulas que se corresponden. Altas montañas, las principales orientadas de oriente a occidente (como la masa continental asiática), completan la diversidad y fragmentación, producidas por estos esponsales entre la tierra y el agua.

Pero la parte oriental de Europa presenta ya la amplitud, sin alteraciones de nivel conside-

rables, del Asia propiamente dicha. Aunque sólo del Asia septentrional. De Londres a Vladivostok una inmensa llanura, apenas interrumpida por algunas sierras, de mil seiscientos metros de alto donde más (Montes Urales), corre por espacio de unos quince mil kilómetros. Es la mayor del globo. Rusia la ocupa casi toda.

Por eso es Rusia la nación que, políticamente, enlaza a Europa con Asia. La Geografía física le ha impuesto el papel de mediadora. Tiene que desempeñarlo o desaparecer. Y como no desaparece, lo desempeña. Sea zarista o sea comunista, es lo mismo. Fatalmente ha de continuar Lenine a Pedro el Grande. Ningún régimen político puede alterar la marcha de las cosas. Puede desviarla o retrasarla, pero si la desviación o el retraso son excesivos, el órgano encargado de la función se atrofia, desaparece y es substituído por otro.

Es el caso de la Península Ibérica respecto de Africa.

Entre el Asia central y meridional y Europa no hay enlace. El Asia central envía hacia occidente enormes cordilleras de siete mil y más metros

de altura, junto a las cuales nuestro Pirineo central es un enanito, sosteniendo vastas y elevadas mesetas. Una de ellas, la de Anatolia, sirvió de teatro a la civilización asiáticomediterránea. Al sur creció la civilización caldea que, con la egipcia, fué la más antigua del mundo occidental.

Pero las enormes mesetas y cordilleras del centro de Asia impedían el contacto entre estas civilizaciones que por entonces germinaban en el remoto Oriente, junto al Mar Pacífico. Levantábase entre unas y otras el gigantesco Pamir, el Techo del mundo, como le llaman los tártaros, del que parten, en opuestas direcciones, las mayores montañas de la tierra: Himalaya, Karakorun, Kuen-Lun, Indo-Koch.

Historiadores equivocados enseñan todavía a sus pobres discípulos que el Pámir fué la primera habitación humana, y que de allí irradiaron los hombres para poblar el Globo. Pero en el Pamir, estéril, helado, casi dos veces más alto que la Maladeta, sólo pueden vivir, y eso por necesidad imperiosa, contados grupos humanos. No fué nunca semillero de razas. Hoy sirve de refugio a kalmucos pobríssimos, escasíssimos, y que en él se guarecen de la persecución de las autoridades rusas u otras.

Además, las tierras que a sus pies se extienden

(Turquestán ruso, Irán) vienen desecándose desde fines de la época terciaria y comienzos de la actual, formando desiertos que completan el mamparo aislador entre el oriente y el occidente.

He aquí la razón de que China sea un mundo aparte, menos para Rusia... desde que hay Rusia. Cuando no la había, ni se había descubierto la ruta marítima, su aislamiento era completo.



II

DE COMO ES EL MUNDO CHINO

Del otro lado del Pamir y de las sierras que de él parten hacia el norte, hasta el Altai, que se levanta ya sobre la estepa siberiana (aquel único camino terrestre entre el Oriente y el Occidente de que hablé y que Rusia ocupa), extiéndese un inmenso desierto, el Gobi, y al sur del desierto una enorme meseta, el Tibet, la más alta del mundo, de la que el Pamir no es más que la prolongación occidental. Hay allí aglomeraciones urbanas a más de cuatro mil quinientos metros de altura, es decir, cuatro veces más elevadas que la cumbre del Montserrat. Estas tierras extrañas pertenecen ya a China, pero no son la China propiamente dicha.

China empieza donde las aguas se deciden a correr hacia el Mar Pacífico. Una dilatada y desolada meseta no puede servir de cuna a una civilización duradera y fecunda. Cría ganado, el

ganado sirve a su vez de germen a sociedades de cazadores y pastores, y las sociedades cinegéticas y pastoriles son formas primarias de las asociaciones humanas.

La civilización china nació en las cuencas de los ríos que llevan al mar las aguas de la meseta y que, traspuesto el reborde de ésta, corren por fértiles y bien regadas llanuras, espléndida morada social en la que creció una cultura autóctona, esto es, nacida allí mismo, basada en la explotación de la tierra y, por tanto, sedentaria.

En Occidente, junto a otros ríos y otros mares, también se fué haciendo la transformación de sociedades nacientes, de cazadoras y pastoriles en agrícolas y comerciales. Lo que sucedía junto al Nilo, el Eufrates y el Tigris (y luego, más tarde y en menor escala, junto al Tíber y el Guadalquivir), repetíase paralela y contemporáneamente en los grandes ríos chinos, el Pei-ho, el Hoang-ho, el Yang-tse y el Si-Kiang. Pero en este paralelismo hay que notar un contraste: la economía agrícola de la civilización occidental estaba basada principalmente en el cultivo del trigo; la de la oriental en el del arroz.

¿Te parece un detalle, lector poco familiarizado con las cuestiones geográficas? Te equi-

vocas. El cultivo del arroz permite mayor intensidad de población que el del trigo. A esta circunstancia se debe que sólo en la China propiamente dicha (las veintiuna provincias) haya cuatrocientos veinte millones de habitantes, y al hecho de haber cuatrocientos veinte millones de hombres en China se debe que la civilización del trigo, a pesar de sus ejércitos, de sus escuadras, de su industrialismo potente y de su capitalismo todavía poderoso (aunque ya en comienzos de decadencia), no pueda devorar a la del arroz. ¡Es mucho arroz!

Los hechos de geografía humana son decisivos.

Por eso sin estas breves líneas consagradas a la Geografía del mundo asiático europeo, tú, lector amigo, que acaso comienzas a aburrirte, no podrías entender jamás lo que sucede en China.

Ni lo que sucede en Europa.

Ten, pues, paciencia y sígueme unos minutos más.

Tomamos un aeroplano y volamos muy alto y hacia Oriente.

Atrás dejamos el Gobi inmenso y desolado, que

bárbaros nómadas recorren con sus rebaños, con sus ídolos, con sus costumbres primitivas y sus ideas simples y simplificadoras. A nuestros pies, en la meseta continuación del Gobi (al que la Mongolia prolonga hacia el norte), entre montañas graníticas, desnudas y elevadas, dos ríos corren solitarios, abriéndose trabajosamente paso por hoces profundas que ellos mismos vienen ensanchando y modelando desde hace infinito número de siglos. Todos los ríos del mundo son así. Todos trabajan: rompen, perforan, saltan, acarrean, acumulan, y de esta suerte van preparando al hombre moradas confortables y explotables, porque perforando abren caminos, saltando almacenan fuerza, acarreando y acumulando preparan al hombre los fértiles campos en que ha de sembrar su arroz, su trigo o sus legumbres y le permitirán, bien alimentado, crecer, multiplicarse y llenar la tierra. Por desgracia, el hombre es un ser ingrato y destructor, y talando los bosques estraga la vida de los ríos, sus amigos.

La enorme China, mayor que toda Europa (once millones de kilómetros cuadrados), tiene ríos enormes, con los que ninguno de los europeos puede compararse. Este que vemos perderse entre los desfiladeros de la izquierda es el Hoang-ho. Para llegar de aquí al mar recorre-

rá todavía unos cuatro mil kilómetros (cinco veces el viaje del Ebro de Reinosa a Tortosa), llevando a aquél las aguas de una cuenca casi tres veces mayor que toda la Península Ibérica (un millón seiscientos mil kilómetros cuadrados).

Este coloso fluvial, después de dar un inmenso rodeo por el desierto de Ordos, entra en una vastísima llanura amarilla, sedimento fertilísimo por el que corre tan a flor del suelo que facilísimamente se extrae de él agua para el riego, de modo que millones y millones de seres humanos se aglomeran en sus orillas. El Hoang-ho, viéndose tan mal sujeto por éstas, tórnase, cuando le place, la libertad de correr campo atraviesa, y una de las veces que con mayor libertad lo hizo (mediado el siglo pasado) tuvo el capricho de ir a desembocar a quinientos kilómetros al norte de donde desembocaba antes (algo más que la distancia de Barcelona a Alicante), causando varios millones de víctimas, ni más ni menos como lo hubiera hecho uno de esos gloriosos conquistadores ensalzados por los compendios de Historia que los pobres niños estudian en las escuelas.

El río de nuestra derecha, el Yang-tse, es aún mayor y más portentoso. Intérase entre gigantescas montañas (los Alpes de Se-chuan) de

hasta siete mil quinientos metros de altura, y tras pavorosas aventuras alpestres llega también al mar a los cinco mil cien kilómetros de sus fuentes, y tan enriquecido con el tributo de caudalosos afluentes (receptores de una cuenca de un millón setecientos setenta y cinco mil kilómetros cuadrados, o sea más de tres veces toda nuestra Península) que a dos mil kilómetros del mar recibe ya grandes vapores cargados de mercancías europeas y de comerciantes ávidos y conquistadores, también europeos. Es la gran vía de penetración por donde el mundo occidental se ha ido introduciendo en el oriental. En sus márgenes están las tan nombradas ciudades de Shanghai (junto a la desembocadura), Nankin, Kiu-Kiang, Hang-Keu, I-Chang.

El Pei-ho y el Si-kiang, menores que el Huang-ho y que el Yang-tse, son, sin embargo, grandísimos (el uno como el Rhin; el otro como el Danubio) y para medir su importancia basta decir que el primero es el río de Pekín y el segundo el de Cantón.

China posee todos los climas, todos los terrenos y, por tanto, la mayor variedad posi-

ble de productos animales, vegetales y minerales. La capa vegetal alcanza, en algunas vegas, seiscientos metros de espesor. Además de las abundantes aguas de los ríos, llueve copiosamente. El chino es el primer labrador del mundo, el más paciente y trabajador y el que más ama a la tierra que le sustenta, pero gran destructor de árboles, con lo que la destruye y se destruye. Llega, para ganar espacio, a construir almadías en los ríos y cubrirlas de tierra, que cultiva. Así hay en China lo que en ninguna parte: huertos flotantes.

La producción anual de arroz pasa de seiscientos millones de hectolitros. Prodúcese también cebada, maíz, centeno y cantidad infinita de toda clase de legumbres. En el moral crían los chinos el gusano de la seda desde los más remotos tiempos. Tienen búfalos, infinito número de aves de corral, cerdos en cantidad increíble. Pero lo increíble en China es la riqueza del subsuelo. Además de cobre, hierro y otros metales, calcúlase que posee ella sola más carbón de piedra que todas las otras naciones llamadas civilizadas juntas. También se le atribuyen inagotables tesoros petrolíferos.

Viendo los capitalistas europeos que en China abundan juntamente (¡felicísima casualidad!) las primeras materias y la mano de obra ba-

rata, crearon en aquel país grandes fábricas y, con ellas, todos los problemas del industrialismo. Con salarios de sesenta céntimos a dos pesetas por doce y catorce horas de trabajo y remuneración aun menor para mujeres y niños (éstos desde seis años), no hay duda de que los capitalistas podrían obtener grandes provechos. La explotación no tenía que temer obstáculos legales, pues ninguna ley protegía, como protege en Europa, al trabajador. Y como había también numerosas misiones de propaganda cristiana y se iba introduciendo el servicio militar según las reglas de Occidente, Europa acabó por llevar a la China confuciana, es decir pacifista, indiferente en religión y agrícola sin proletariado (porque todo chino era proletario y vivía gracias a su inconmensurable frugalidad), todos sus conflictos: las luchas sociales, las religiosas y las militares; las que, obrando como violentos revulsivos, produjeron el nacionalismo antieuropeo, guiado precisamente por doctrinas europeas. China renegó de su Confucio, el filósofo de la paz.

¡A esto llaman los periódicos en sus artículos y los políticos en sus discursos la marcha benéfica y arrolladora de la civilización...!



LOS CHINOS A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

I

DEL ORIGEN DEL PUEBLO CHINO

Cuentan los anales chinos que los antepasados de la nación bajaron del Pamir a la cuenca del Tarim. Así se enseña en las escuelas. El primer monarca mencionado, Pan-Ku, sacó a los chinos del estado salvaje en que se hallaban. Fué el fundador de la dinastía de los Soberanos Celestes, míticos personajes representativos del período del paso de la vida nómada y pastoral a la sedentaria y agrícola. Supóneseles contemporáneos de las primeras dinastías caldeas y egipcias bien conocidas (tres mil años antes de Cristo).

Del Tarim siguen los chinos extendiéndose hacia el Hoang-ho, y adelantando en la agri-

cultura aprende, de un pueblo meridional (malayo?), el cultivo del arroz. Es el período (igualmente fabuloso) de los «Emperadores Terrestres» y de los «Emperadores Humanos». Hasta aquí la cronología de la historia china es incierta. Sólo del emperador Huang-ti en adelante pueden inspirarnos alguna confianza las fechas admitidas. Se calcula que vivió unos veinticinco siglos antes de Cristo.

En su tiempo se inventó la brújula, se estableció el cómputo del tiempo (calendario lunar), se adoptó un sistema de medidas, se crearon los primeros impuestos, se introdujo el uso de carros, barcos y multitud de utensilios. Su mujer, la emperatriz Ley-Tsu, enseñó a las mujeres a criar el gusano de seda y a tejer la seda. De entre estas fábulas se destaca una realidad: que la brújula y la cría del gusano de seda eran cosas corrientes en China muchos siglos antes que en Occidente se tuviese la menor noticia de la propiedad de la aguja imantada y de la utilidad del gusano mencionado. Los primeros que vinieron a Europa los trajeron a Constantinopla, en 550 después de Cristo, ¡unos monjes norteamericanos. ¡ El primer canalizador y encauzador de los ríos se supone haber sido el emperador Yu, hacia el año 2000. Dícese que

también en su tiempo se comenzó a destilar en China el alcohol. Más tarde, China (precediendo también en esto a Europa) conoce el régimen feudal y se fracciona en multitud de Estados pequeños: dicen que llegaron a mil setecientos. Redujéronse luego a siete, formando una especie de confederación, que al fin Shi-Huang-ti, rey de Chin, reunió bajo su solo cetro. De Chin nació China.



II

DE LA FORMACION DEL ALMA DEL PUEBLO CHINO

El alma del pueblo chino estaba ya para entonces formada tal cual ha llegado hasta nosotros. El principal modelador de los sentimientos de la raza (modelador de lo existente, no creador) fué Li-Ir, conocido con el nombre de Lao-Seu, cuya verdadera forma es Lao-Tzi, lo que significa El Viejo Filósofo. Aunque su doctrina (el taoísmo: de *tao*, la razón) vino a ser un código de moral nacional, pronto quedó supeditada a la de Kon-fu-seu, nuestro Confucio, codificador de la tercera parte de la vida de la humanidad por espacio de veinticinco siglos.

Surge en el caos feudal, como para dar unidad al alma de China, y va de corte en corte predicando la cortesía, la caridad, la subordinación y la paz. Confucio vino a ser el di-

rector espiritual de su pueblo. El budismo, introducido unos cuatrocientos años después, no menoscabó la influencia de Confucio, porque el confucismo no es una religión, sino un código de moral y de buenas maneras, un reglamento de discreción y buena conducta.

Hacia el siglo VI de Cristo el Imperio chino extendíase del lago Aral a Corea. No había otro tan vasto, ni le ha habido después hasta el de Gengis-Jan, nombre que significa Rey de Reyes. Un siglo antes había sufrido China la primera invasión tártara. La de los mogoles fué más duradera. Primero conquistaron la China del norte; luego la del sur. Siempre hubo, como ahora, dos Chinas separadas por el Yang-tse, y entonces la septentrional se sobrepuso a la meridional. Por aquella época anduvo por allá Marco Polo (1277-80). Reinaba Kubilai-Jan y la capital Jambalic (Ciudad del Jan) era ya la actual Pekín.

Pekín significa sencillamente «Capital del Norte».

Pero menos de un siglo después tomó Nankin, capital del Sur, el desquite, expulsando a la dinastía mogola y reemplazándola por la de los príncipes Ming, nacional. Ming quiere decir «Resplandeciente». Gobernó de 1368 a 1644. En su tiempo (primera mitad del si-

glo XVI), llegaron los portugueses. Comenzó el contacto marítimo con los occidentales.

La constitución confuciana seguía y siguió inmutable. Con la pretensión de serlo había nacido y vivía. China había puesto en práctica un régimen tan perfectamente conservador que era una nación en conserva. Sucediáanse las generaciones y todo seguía igual. La materia estabilizante era el culto de los antepasados, divinización de la tradición inmutable.

El emperador, Hijo del Cielo, era padre de su pueblo y consubstancial con él. Todos debían obedecerle ciegamente, como el hijo ha de obedecer a su padre, pero él tenía la obligación de velar por la felicidad de todos, cual el padre por los hijos.

«Si gobernara mal (decía el emperador Pan-
»Kong), el fundador de mi casa, que está en
»el cielo, me enviaría grandes castigos. Si
»vosotros, los millares de almas que compo-
»néis el pueblo, no atendéis a la perpetuación
»de nuestras vidas, y no formáis conmigo un
»hombre único en mis planes, mis antepasados
»os enviarán también grandes calamidades pu-
»nítivas.»

La santidad consistía en seguir haciendo en todos los órdenes de la vida lo que habían hecho los antepasados exactamente como lo ha-

bían hecho. Todo estaba previsto y reglamentado. Componían la masa social nueve grupos o *fascios*, que diríamos en el lenguaje de nuestros tiempos romanochinescos: los terratenientes, productores de grano; los jardineros, hortelanos y arboricultores; los leñadores y extractores de productos forestales; los ganaderos y criadores de aves; los artesanos; los comerciantes, fijos o ambulantes; las mujeres tejedoras de seda y cáñamo; los criados y criadas; finalmente, la plebe sin profesión determinada. En suma, dos grandes leyes regían la vida de la enorme sociedad dicha: la ley de la continuidad y la de la obediencia. Nunca se dió en el mundo en tanto espacio, con tantos hombres y por tantos siglos tan perfectamente el ideal de la subordinación del individuo al Estado, que algunas naciones de la Europa decadente y decrepita quieren realizar, resucitando en Occidente los tiempos del soberano oriental Pan-Kong.

La ley imperativa e incontrastable de los contactos vino, al fin, a hacer fermentar la archisecular conserva.



III

FERMENTACION, DESCOMPOSICION, REVOLUCION

Cumplióse la ley de contactos con toda puntualidad.

Primero llegaron a China los comerciantes. El descubridor del camino marítimo fué el portugués Rafael Perestrel-lo, en 1516. No se sabía si aquella nueva tierra era o no el Catay de Marco Polo (equivocadamente buscado desde Palos por Colón). Para salir de dudas, otro portugués, Benito de Goes, jesuíta, salió de la India, cruzó el Himalaya y el Afghánistán y fué a situarse en el camino recorrido por el viajero veneciano, desde donde, siguiendo el itinerario de éste, emprendió el viaje a Jambalik. ¡Y fué a dar, medio muerto, en Pekín! Quedó resuelto el problema.

El primer embajador europeo en Pekín fué el portugués Tomás Pérez (1531).

Un siglo después hubo grandes disturbios y

un jefe de bandidos se apoderó del trono. Sólo quedó luchando contra él el general de la frontera de Mandchuria, U-San-Kuei, el cual llamó en su auxilio a los tártaros mandchús. Acudió el rey de éstos con sesenta mil hombres, derrotó a los rebeldes y se apoderó del trono.

Tsang-Tso-Ling no ha hecho más que seguir sus huellas.

En vísperas de la invasión mandchú llegaron a China los holandeses (1622) y los ingleses (1637). Holandeses e ingleses intentaron desalojar a los portugueses. Entretanto los rusos avanzaban por Siberia, estableciendo el contacto terrestre. La primera lección que aprendieron los chinos fué la de la hostilidad entre los bárbaros, que así llamaban a los occidentales. Como vieron que los españoles se apoderaban de Filipinas, los ingleses de la India (desalojando a los portugueses, primeros rapaces ocupantes) y los holandeses de Java y Formosa, tuviéronles a todos por comerciantes feroces y sin escrúpulos, que sacrificaban a la satisfacción de sus ambiciones todos los principios morales. Mirábanlos también como inferiores y los despreciaban en todo. Los europeos promovían frecuentes disturbios en los puertos. Generalmente eran los chinos los que tenían razón.

La guerra llamada del opio (1840), emprendida por los ingleses para obligar a los chinos a consumir este producto de la India, prohibido por su gobierno, fué un acto de abominable bandolerismo. De él resultó la libertad de los vencidos para envenenarse, y la apertura de varios puertos a los europeos, esto es, al comercio europeo.

El 5 de noviembre de 1854, un alto funcionario chino escribía al jefe del Gobierno imperial:

«Los bárbaros ingleses están llenos de proyectos insidiosos. Son violentos e impetuosos y sin respeto alguno a la autoridad. La nación americana no hace más que seguir su ejemplo. Todo lo que sucede es promovido por los ingleses.»

Estas líneas, verdaderas entonces, siguen siéndolo. La guerra del 60 (francoinglesa) acabó tras el bestial saqueo de Pekín. Las que siguieron (con Francia, con el Japón, etcétera) abrieron los ojos a los chinos sobre su inferioridad militar. El sentimiento de ésta produjo el alzamiento llamado de los *boxer*, reprimido ásperamente por todos los occidentales coaligados. Entra China decididamente en el camino de las reformas. La invasión industrial y mercantil, consecuencia de la gue-

rrera, la reabsorción anual de cientos de miles de emigrantes contaminados, y la guerra de 1914, aceleraron la descomposición de la vetusta China. La guerra universal ejerció de poderoso reactivo. Mostró a la perspicacia china la división irremediable de los diablos rojos, sus enemigos. Advirtiéndola también de la inferioridad moral de aquella otra civilización en todo lo material y mecánico tan adelantada. Quisieron conocerla para aprovechar de ella lo aprovechable y para poder resistirla. Aumentó el número de jóvenes de familias mandarinas que marcharon a Inglaterra, Alemania, Francia, Estados Unidos, etcétera, a estudiar. Allí se empaparon de nacionalismo, pasión dominante de los blancos que les lleva a no poder amar a su patria sin odiar a las demás. Nació así una clase directora china amando a su patria intensamente y odiando con no menor vehemencia a los europeos, sus maestros. ¡Primer paso de la europeización!

Los pueblos que se dicen cultos y adelantados, pero que especialmente cultivan la ciencia de matar y en ella están más perfeccionados que en ninguna otra, recogen hoy en China el fruto de lo que sembraron.

Igual sementera les brindan ya las otras razas de Asia y Africa.



EL DESPERTAR DE UN MUNDO

I

EL PROCESO DE LA CONTAMINACION

Los bárbaros de Occidente provocaron el resurgimiento turco con el brutal tratado de Sevres, y lo confirmaron y agravaron con la agresión griega; el de Egipto con haberle faltado a la promesa de darle completa independencia el día de la victoria, premio que se ofreció a su fidelidad en momentos angustiosos, y que se retiró pasada la angustia; en la India, que había dado un millón de hombres para ayudar a la matanza de europeos, tampoco satisfizo la poca libertad que se le otorgó en 1919, mínima parte de lo ofrecido, produciendo el descontento, la unión de hindús y musulmanes, y asociándose Gandhi, jefe de aquéllos, con Mohamed Alí y Chokat Alí, cabezas del par-

tido islamita, para pelear juntos contra la tiranía de Occidente; en la China, la República, proclamada en 1911-1912, caía en una anarquía militarista cada día más antieuropea.

Sobre este mundo en llamas soplabá con furia el vendaval moscovita.

—Los verdaderos pueblos avanzados son los de Asia — decía Lenine en 1910. — Europa es un continente atrasado.

Y más tarde añadió:

—Moskú debe ser un puente indestructible entre el Oriente y el Occidente, entre las cumbres del proletariado ruso y las masas profundas del Africa y de Asia, destinadas a barrer el Universo.

En el congreso de julio de 1924 expresó su discípulo Manulski el mismo pensamiento con estas palabras:

—Cada inglés reina sobre nueve esclavos: cuarenta y seis millones de ingleses dominan a cuatrocientos veinte y nueve millones de parias. Es imposible vencer la potencia capitalista sin poner en movimiento las inmensas reservas de la humanidad esclavizada. El imperio revolucionario sólo puede levantarse sobre las ruinas del colonialismo.

Lo primero que hay que derribar, por tanto, es el imperio colonial de Occidente, o sea el

dominio ultramarino de Inglaterra y Francia: colonias, protectorados, mandatos, zonas de influencia. —

China, India e Indo-China, habitadas por más de setecientos cincuenta millones de hombres, sintieron pronto los efectos de la tempestad que se desencadenaba, llevando a todas las clases sociales, pero de arriba abajo, el germen de la rebeldía.

En China las vías de contaminación son, principalmente, dos: Siberia de Norte a Sur, y Cantón de Sur a Norte.

El principal propagandista, un chino meridional, Sun-Yat-Sen, nacido en Kuang-Tun el sesenta y seis.

Iníciase en Cantón. Niño aún, marcha a Honolulu, donde aprende el inglés y lee la Biblia. Regresa a su pueblo; hállase inadaptado e inadaptable; vase a Hong-Kong, donde estudia medicina; establécese en Macao, ya médico, y comienza a conspirar; regresa a Cantón, donde funda la «Sociedad para la renovación de la China», y catequiza de preferencia soldados.

Consigue (tras largos años de pacientes esfuerzos) sublevar algunos regimientos de los armados y organizados a la europea, mandados por el coronel Li-Yuan-Hung, quien, degollada la guarnición mandchú de U-Chang-fu, se apodera de Hankeu. Proclamado Sun-Yat-Sen presidente de la república, tiene que dejar la presidencia a Yuan-Chi-Kae. Por fin se ve de nuevo obligado a refugiarse en Hong-Kong.

Cantón es la herida abierta a los microbios de la innovación en la China meridional. El ejemplo del Japón y la corriente inmigratoria y comercial depositan los virus. Las ideas transplantadas de una civilización a otra siguen la ley del trasplante de los vegetales: crecen con nuevas e inusitadas maneras; tienen diversos aspecto y sabor. Desarróllanse con inesperada exuberancia; en primer término, el patriotismo.

El alma de los apóstoles es asiática; las palabras, europeas. Sun-Yat-Sen, vencido, viene a Europa, habla con Lenine y cae bajo su influencia intelectual (1916). Poco después triunfa Lenine en Rusia y el bolchevismo penetra en China por Siberia. Pero este contacto terrestre estaba ya iniciado hacía muchos años. Los desterrados siberianos eran una semilla revolucionaria que el zarismo neciamente espar-

cía a los cuatro vientos. El ambiente social estaba lejos de ser hostil a las nuevas ideas. Ya más de sesenta años ha, madame de Bourboulon, esposa del embajador de Francia en China, nos descubre (en su viaje de regreso por tierra) la existencia de la hija de un gobernador ruso (el de Krasnoiarks), joven de diez y seis años, de ideas muy liberales, la cual le declaró «que la libertad y la igualdad se impondrían un día a todas las naciones y regirían los destinos del mundo». ¡Estas opiniones florecían públicamente, ya entonces, en las capas superiores de la burocracia rusa siberiana!

No se maraville nadie, por tanto, de que por Mongolia y Mandchuria la corriente revolucionaria penetrase violentamente en China, con tendencias, no a la adaptación, sino al radicalismo más inconmovible.



II

LA LUCHA ENTRE LAS DOS CHINAS

China es una tierra armónica, esto es, cuyas diversas partes, siendo muy diferentes unas de otras, se completan. Pero las diferencias son muy grandes. Los chinos del norte exceden en estatura a los europeos. Los del sur son inferiores a éstos. Las gentes de las diversas provincias no se entienden entre sí, ni por escrito, interpretando los signos gráficos de varias maneras. Así la revolución toma luego dos opuestas formas. Al norte, el *Kuo-min-kiun*. Al sur, el *Kuo-min-tang*. En los revolucionarios del norte preponderaron los caudillos y las influencias extranjeras. En los del sur, Sun-Yat-Sen y sus discípulos. Estos eran los verdaderamente revolucionarios, nacionalistas y populares. Secundábanles los obreros y estudiantes; colaboración que les echaban en cara los caudillos cuarteleros del norte, al servicio del Japón o

de los Estados Unidos e Inglaterra, acusándoles de bolchevizantes.

En verdad, Sun-Yat-Sen, que comenzara con un programa político, va cambiando hacia la reforma social, según nos lo muestra su discurso de 15 de enero del 24 en el Congreso de delegados revolucionarios de Cantón.

Allí se le ve aspirar al puesto de Lenine del Extremo Oriente. La república cantonesa nace federal y social, aspirando a constituir la Unión de las repúblicas soviéticas de China. Los jóvenes de Cantón piden que se prohíba predicar el Evangelio y propagar la Biblia. En Honan los catecúmenos cristianos se declaran en huelga, tiran sus Biblias y esparcen las hojas por el fango. Los estudiantes de Shanghai acusan a las misiones, en un manifiesto, de tender a la destrucción de la China. No les mueven convicciones teológicas que no tienen. Muéveles un sentimiento político. El Cristianismo es la religión de las potencias imperialistas opresoras y explotadoras. ¡Abajo el Cristianismo! y ¡Muera el imperialismo occidental! son voces equivalentes.

El programa cantonés, tal como resulta de los Congresos de 1920 y 1924, se resume en esto: república federal, instrucción obligatoria, supresión de los ejércitos permanentes, elimina-

ción de la acción de las potencias occidentales, reconstrucción nacional.

Así se lo comunican a Kara-Jan, embajador de Rusia, única potencia amiga, en Pekín.

La amistad rusochina la ha creado Kara-Jan, habilísimo diplomático, mediante un tratado en el que Rusia renuncia a la extraterritorialidad y a todo privilegio en China, tratando a ésta de igual a igual.

En el norte, tres generales sin más nación tras de sí que sus tropas, se disputan el Poder, esto es, disponen de la Presidencia de la República. En mayo del 22 peleaban Tsang-Tso-Ling y Wu-Pei-Fu, llevando éste la peor parte, cuando Fang-Yu-Sian (el general cristiano, así llamado por ser catecúmeno de los metodistas) se revolvió contra el primero, impidiéndole consumir la victoria. Después ayudó a Tsang-Tso-Ling contra Wu-Pei-Fu. Finalmente, Wu-Pei-Fu y Tsang-Tso-Ling juntos derrotaron a Fang-Yu-Siang, o sea a Kara-Jan, aliado de éste, y a Rusia.

Londres termina su información en la llega-

da de Tsang-Tso-Ling, vencedor, a Pekín. Wu-Pei-Fu le sigue de cerca.

La victoria de ambos socios rompe el enlace de la China del norte con la del sur, la coordinación del contacto siberiano con el contacto marítimo. Wu-Pei-Fu llama a Sun-Yat-Sen «Vieja Cotorra». Tsang-Tso-Ling proclama la necesidad de un hombre de hierro que devuelva a China la paz y que la reorganice sin mezcla alguna de bolchevismo, ofreciéndose a hacer de sombra chinesca de Mussolini.

Así la marcha de la contaminación parece contenida.

Queda, sin embargo, al hallarse los dos aliados a las puertas de Pekín, una grave incógnita por descifrar.

¿Cuál de los vencedores preponderará?



III

LA BATALLA ENTRE LOS MARISCALES

Desde que Tsang-Tso-Ling y Wu-Pei-Fu empezaron a entenderse, fuéronse aproximando. Las trayectorias respectivas juntábanse en Pekín, donde estaba el premio de sus afanes, y donde no podía estar mucho tiempo Fang-Yu-Sian, incapaz de resistir a ambos juntos. Pero no convenía poner las manos en el botín sin acuerdo previo sobre el reparto. Entonces el botín, para no discutirle públicamente, pasó a llamarse programa patriótico. ¿Cómo se constituiría el nuevo Gobierno? ¿Cómo se reorganizaría y fortalecería a la nación?

Naturalmente, todo dependía del primer punto: el reparto. Diputados de los dos mariscales debatieron largas semanas estas cuestiones transcendentales, y sólo cuando hubo conformidad hubo entrada triunfal en la capital del norte.

Tsang-Tso-Ling entró pomposamente el 26

de junio a la caída de la tarde. La ciudad estaba vistosamente engalanada. Todas las ciudades en que entra un general vencedor, con el que los vencidos no quieren reñir, se engalanan profusa y prostitucionalmente, como concubina que recibe la visita del amo y señor. Esto y la hoja de parra de los programas es de todas las razas, de todos los climas, de todos los ambientes geográficos.

Precedían al antiguo bandido mandchú, ahora dueño (en comandita con Wu-Pei-Fu) del norte de China (con esperanza, al parecer fundada, de poseerla toda), una división de infantería veterana y buen golpe de caballería. Entró primero en la vasta estación de Chien-Men un tren explorador (nunca están de más las precauciones), al que seguía otro con la persona del mariscal (pequeñita, nerviosa y vivaracha, muy diversa de la del vencido Fang-Yu-Sian, corpulenta, solemne, reposada, impresionante), tras el cual venía un tercer convoy con su escolta personal. Toda esta hueste, tropas de infantería, caballería y escolta, era mandchú.

Apearse del tren, saltar en un automóvil y dirigirse velozmente a palacio, seguido de otros ciento cincuenta vehículos análogos (véase cómo los artefactos de la civilización abundan en la China ex confuciana y recordemos que Confu-

cio la recorriera en carreta), fué como dicho y hecho.

Horas después (en la mañana del siguiente día) entraba Wu-Pei-Fu. Parecido séquito y análogo recibimiento. ¿No era otro héroe salvador y vencedor? Pues no cabía otra cosa. Tampoco cabía esperar de aquellos dos grandes hombres sino una patriótica concordia. Se nombró nuevo ministerio en amable conversación.

Para que se viera cómo marchaban unidos el ejército y la marina, confiése la presidencia al almirante Tu-Si-Koei, hombre astuto, complaciente, que ocultaba su nulidad callando. Tsang-Tso-Ling se quedó en Pekín manejando el aparato de gobernar, pero Wu-Pei-Fu recibió el mando de las tropas destinadas a acabar con el general cristiano, y, por tanto, con la influencia de su aliado Kara-Jan, o sea con el contacto soviético, odioso a las potencias que en las sombras movían aquella máquina.

Fung-Su-Yan había retrocedido hasta Nan-keu, a unos sesenta kilómetros de Pekín, tratando de no perder el contacto con la frontera siberiana, fuente inagotable de recursos para él.

Ocupaba un amplio frente, de Dolo-nor (1), en el norte, a la Gran Muralla, en el sur, con

(1) *Nor*, en mogol, significa lago.

la importante plaza de Kalgán detrás y en terreno surcado por varias cadenas de ásperas montañas, que en algunas partes alcanzan mil setecientos metros de altitud y que llevan el nombre de montes Nan-ku.

La pequeña ciudad de Nan-keu, en ellos situada, a doscientos metros, y por la que pasa el camino que conduce a las sepulturas de los Emperadores Ming, era la clave de la posición. Prometió Wu-Pei-Fu desalojar de ella a Fang-Su-Yang en ocho días, pero no lo consiguió, y hasta alguna parte de sus fuerzas se pasó al enemigo. Quien logró la victoria fué Tsang-Sue-Leang, hijo de Tsang-Tso-Ling, joven de veintisiete años, al que su padre hizo inmediatamente mariscal, juntamente con otros dos jóvenes favoritos. Recordemos los viejos tiempos españoles en que Narváez, O'Donnell, Prim, etcétera, ascendían a tenientes generales a los treinta años o antes.

Pero los tres min, entretanto, avanzaban victoriosos de sur a norte.

Los tres Min son los cantoneses, porque su programa, en lengua china, se resume de este modo :

Min tsu chu i

Min keuan chu i

Min-zang chu i.

Lo que traducido al castellano significa:

El pueblo chino será un solo pueblo. (Unidad nacional.)

El pueblo chino mandará en sí mismo. (Soberanía nacional.)

El pueblo chino gozará íntegramente de sus riquezas. (Soberanía económica.)

Esta fórmula simplificada de la doctrina de Sun-Yat-Sen la llevaban en las puntas de las bayonetas los ciento cincuenta mil soldados que al mando de Kiang-Kiai-Chek caminaban triunfalmente de Cantón al Yang-tse, y se hallaban ya a las puertas de Han-Keu. Kiang-Kiai-Chek no es un antiguo bandido transformado en salvador de la patria, como Tsang-Tso-Ling, ni un hijo de su padre, como Tsang-Tsue-Leang, ni un coleccionista de mujeres, como un compañero de promoción Chang-Tsong-Tsang, aun más famoso en las batallas nupciales que en las otras, pues tenía ya casi completo el medio ciento de concubinas. No. Kiang-Kiai-Chek es un brillante oficial, joven, entusiasta, verdaderamente patriota y perfectamente instruído en todas las cosas de su oficio. Manda personalmente una división toda compuesta de alumnos de la Escuela militar de Wampoa, juramentados, como él, para imponer los tres Min a los extranjeros y a los pretorianos del

norte. Acompañanle, formando el núcleo de su Estado Mayor, muchos oficiales rusos. Con ellos está también Borodine, el representante de los soviets en el sur, digno colaborador de Kara-Jan. Si éste retrocede con las tropas de Fang-Yu-Sian, aquél avanza con las de Kiang-Kiai-Chek. No hay, pues, nada perdido.

Wu-Pei-Fu acude presuroso con poderoso ejército, anunciando que con no más llegar destrozará al enemigo. ¿Será un César chino? El destino le negará tal suerte. Primero tuvo contra sí la lentitud de las operaciones del gobernador de la provincia de Chang-Si (región litoral), quien, sin duda, no quería contribuir a coronarles de laureles (tibieza en la colaboración, frecuente entre caudillos). Luego la traición de Liu-Tsu-Long, gobernador de la plaza de Hang-Yang. Así, a los quince días, o poco más, de la derrota de los nacionalistas del norte, quedaba ésta compensada por la victoria de los del sur, lograda en la primera quincena de septiembre del 26.

Esa victoria ponía en sus manos el río Yangtse, esto es el corredor central de China, en el importantísimo paraje en que comienza la navegación marítima. Habíanles ayudado, sin quererlo, los ingleses, torpísimos políticos en Chi-

na, por no haberse adaptado oportunamente a los nuevos tiempos.

Además de la guerra militar sostienen los cantoneses una bien organizada guerra social antieuropea, lo que quiere decir, principalmente, antibritánica. Una «Junta de huelgas» so-
livianta a los empleados de las fábricas y entorpece las transacciones, excomulgando (*boicoteando* diríamos en el bárbaro lenguaje corriente) las mercancías europeas. Los perjuicios del tráfico inglés alcanzaban, ya para entonces, a miles de millones de pesetas. El daño sentido en la bolsa exasperaba a Inglaterra. Exasperándola hízole perder aquella su hasta ahora acreditada lucidez política.

Yang-Sang, gobernador militar de la vasta, montañosa e interna provincia de Se-Chuan, detuvo en el puerto de Uan-Sien dos vapores de la Compañía inglesa Butterfield, domiciliada en Shanghai. El puerto de Uan-Sien se halla a unos quinientos kilómetros aguas arriba de la importante ciudad de I-Chang y, por tanto, a dos mil quinientos kilómetros del mar y de Shanghai.

Sin embargo, allí estaba fondeado el cañonero inglés «Cockchafer», el cual quiso proteger, ya que para eso estaba en aquel remoto paraje, a sus colegas comerciales. Pero Yang-Sang,

hombre, por lo visto, de armas tomar, se apoderó de los vapores ingleses, prohibió toda comunicación con ellos y conminó al comandante del cañonero con abstenerse de toda demostración protectora, pues de lo contrario obraría en consecuencia. Intervino inútilmente el cónsul inglés en Se-Chuan; mandó Inglaterra otro buque de guerra; recibieronle a tiros; lograron los invasores tan sólo rescatar a los oficiales de los barcos apresados (que huyeron a nado), menos al maquinista de uno de ellos, que murió ahogado después de herido, y bombardearon bárbaramente la ciudad, causando en la población civil muchas víctimas.

Al mismo tiempo, el gobernador de Hong-Kong, tras pronunciar un violento discurso contra los de la «Junta de huelgas», llamándolos bandidos, envió a Cantón un cañonero para intimidarlos, como si aun tuviera que habérselas con la China de la guerra del opio. El efecto fué contraproducente. De allí a pocos días quedaba cerrado el Yang-tse alto y medio a los europeos, y el cañonero de Cantón sólo conseguía levantar nuevas protestas, exacerbar los rencores y estimular la acción de los de la «Junta de huelgas».

Como por otra parte el gobernador militar de Se-Chuan era del partido de Wu-Pei-Fu, los

ingleses se hallaron ante esta triste realidad, resultado de su equivocada maniobra: la unión de sus enemigos.

Al mismo tiempo el vencido Fang-Yu-Siang, reorganizado su ejército, emprendía la marcha, de norte a sur, a través de la provincia de Honan, para unirse a su aliado Kiang-Kiai-Chek, y los mariscales del norte denunciaban los tratados desiguales celebrados por China con las potencias, probando, con este acto, que, aunque con diferentes tendencias y por diversos motivos, China presentaba ya un solo frente a los bárbaros occidentales.

Sólo a tres naciones reconocían los chinos por amigas: Rusia, Alemania y Austria. La primera porque voluntariamente (como ya dije) había renunciado a todas las ventajas y privilegios que de la infeliz China sojuzgada obtuviera el zarismo, incluso a diez y ocho mil kilómetros cuadrados de territorio. Las dos otras porque el tratado de Versalles, magnífica muestra del escaso valer mental de los estadistas europeos, despojándolas de sus privilegios irritantes y abusivos, les ha abierto de par en par las puertas del mundo oriental, que despierta, al fin, y se revuelve contra los que se aprovecharon del estado cataléptico del que va saliendo.

La gran guerra última y el tratado que dig-

namente le sirvió de remate son las dos mayores estupideces de la Historia : prueban la decadencia de las facultades intelectuales de las clases directoras de la civilización occidental, y amojonan dos inmensos períodos de la vida de la humanidad.

A los que de ello dudaren no tardará en sacarles de su error lo que va a pasar en China y en otras partes.



IV

LA VICTORIA DE LOS TRES MIN

La marcha triunfal de los tres Min siguió los mismos rumbos que la de los Tae-Ping mediado el pasado siglo, pero con mayor expansión y mejor dirección. El alzamiento entonces provocado por los primeros atentados europeos contra la pacífica China (guerra del opio, tratado de Nankin) tomó, bajo la dirección de Hung-Hsiu-Chaun, cantonés como Sun-Yat-Sen, y como él catequizado por misioneros protestantes, carácter místico, y se extravió. Ahora el general Kiang-Kiai-Chek, el ministro de Estado Eugenio Chen, y el Estado Mayor de intelectuales (letrados y estudiantes) que les siguen, los más de ellos discípulos de las principales Universidades de Europa y América, dirigen un movimiento político y social renovador de la vie-

ja China inerte y paralítica, y arrastran tras sí una enorme masa popular.

En septiembre eran dueños de las provincias de Kuang-Tung (Cantón), Kuang-Si, Kuei-Chu, Hunan, Kiang-Si, Fo-Kian, y predominaban en algunas regiones vecinas, dominando un territorio de más de un millón doscientos mil kilómetros cuadrados con cerca de ochenta millones de habitantes, y la posesión de buena parte del curso del Yang-tse y de todo el Kiang-Si, o río de Cantón.

Además estaban con ellos las provincias del norte y centro, que aun obedecían a su aliado Fang-Yu-Siang, quien, con su ejército reorganizado, avanzaba por el Hoang-ho, cruzando la provincia de Honan (que no debe el lector confundir con la de Hunan, arriba mencionada).

La provincia de Honan mide ciento setenta y tres mil kilómetros cuadrados y cuenta treinta y un millones de habitantes, y limita por occidente en la de Chen-Si, más extensa (doscientos cuatro mil kilómetros cuadrados), pero menos poblada (nueve millones quinientos mil habitantes). La de Kan-Sú, que le sigue (siempre en la dirección occidental), mayor aún (cuatrocientos veinte y nueve mil kilómetros cuadrados), pero también con menos población (seis millones), se halla comprendida, como ella, en el in-

menso recodo del Hoang-Ho y en la esfera de influencia del general cristiano, o de los soviets, y, por tanto, podemos sumarla al territorio de los tres Min.

Pero lo importante para los nacionalistas ha sido la conquista de todo el Yang-tse, incluso Shanghai y Nankin.

El ejército cantonés avanzó por la cuenca del Hong-u-Tang, afluente del Yang-tse por la margen derecha, y que antes de llegar a él se ensancha, formando el vasto lago de Tung-Ting-Hu, gran moderador del régimen fluvial de aquél, juntamente con el no menos extenso de Poyang-Hu (sin contar otros menores, intermedios) que comparte con él y con sus hermanos más pequeños la misma función compensadora, tomando sus aguas sobrantes en las crecidas y devolviéndoselas honradamente en los estiajes, notable particularidad de este río Yang-tse.

Sin excepcionales dificultades fueron cayendo una tras otra las grandes ciudades de este vivero humano que en ambas márgenes del gran río se ha formado, acaso el mayor de la tierra, de Ichang, río arriba, a más de dos mil quinientos kilómetros del mar, a Kiu-Kiang y Hu-Ku-Siang, ya cerca de Nankin. He aquí una lista de esas ciudades, con la cifra de su pobla-

ción, siguiendo el curso del río de arriba abajo :

I-Chang : 60,000 habitantes.

Yo-Chu : 5,000 habitantes.

Han-Keu : 1.500,000 habitantes (con Wu-chang y Hanyang.)

Hang-Chu : 900,000 habitantes.

Kiu-Kiang : 550,000 habitantes.

Hasta fin de año el ejército cantonés ha ido consolidándose en su amplio frente y manobrando con su ala derecha para extenderse por la provincia de Che-Kiang hasta apoderarse de Hang-Cheu, su capital política, y de Shanghai, capital mercantil de ella y de toda China.

La evidente superioridad por él adquirida sobre las tropas de los mariscales alarmó a las naciones europeas y al Japón, a quienes aquéllos sirven, decidiendo todas ellas enviar tropas a Shanghai para defender — decían — a sus súbditos y a los intereses de éstos. El total de los envíos de Inglaterra llega, según parece, a veinte mil hombres, entre los que figuran unos tres mil hindúes.

También Francia ha mandado un contingente, poco más o menos igual, de annamitas y cambodgianos. No falta quien opine que el exponer a estos asiáticos al contacto de los chinos bolchevizantes es gran imprudencia. Pero en verdad que el contacto existe ya, y lo único

que se hace es agravarle avivando la contaminación.

Derrotado en sucesivas batallas el ejército de Shanghai y roto en diversos trozos el frente Hang-Cheu Nan-Kin, de unos trescientos kilómetros de extensión, caída la primera de estas ciudades, era inevitable la de las otras dos. Sólo una vigorosa ofensiva de Tsang-Tso-Ling, Wu-Pei-Fu y compañía podía evitar la catástrofe, pero Wu-Pei-Fu no pudo, o no quiso, ayudar a su compañero y asociado, acabando por revolverse contra él.



V

LA MANIOBRA DE INGLATERRA

Entretanto, Inglaterra maniobraba políticamente.

El 16 de diciembre el encargado de Negocios de Inglaterra en Pekín dirigía a las potencias firmantes de los acuerdos de Wáshington un *Memorándum* que, en substancia, dice:

«El gobierno de Su Majestad Británica sigue
» con ansiedad los sucesos de China y piensa
» que lo mismo les sucede a las demás potencias
» interesadas, que ya hace cinco años se
» reunieron en Wáshington. Allí se acordó basar
» la política de todas ellas en los principios
» generales siguientes:

» 1.º Mantenimiento de la integridad e independencia de China.

» 2.º Ayudar a su desarrollo político y económico.

» 3.º Sanear sus finanzas.

» Se acordó autorizar a China a elevar sus
» tarifas de Aduanas para aumentar de este mo-
» do sus ingresos. También se decidió nombrar
» una comisión que estudiase la cuestión de las
» concesiones y de la extraterritorialidad para
» suprimir los abusos. Por desgracia, la comi-
» sión aduanera ha dejado pasar cuatro años sin
» reunirse y entretanto la situación se ha agra-
» vado. Tras sucesivas guerras civiles el Go-
» bierno de Pekín ha quedado reducido a una
» sombra, al mismo tiempo que en Cantón se ha
» constituido otro que le niega el derecho de
» hablar en nombre de China. Reunida la con-
» ferencia aduanera, hubo de disolverse por no
» haber realmente gobierno chino con quien tra-
» tar. Lo mismo le ha sucedido a la comisión
» encargada del asunto de la extraterritorial-
» dad. El Gobierno de Su Majestad, a pesar de
» las crueles pérdidas sufridas por sus súbd-
» tos, se ha abstenido de intervenir, y no ha apo-
» yado a ninguna de las facciones en pugna.
» Las demás potencias han hecho lo mismo.

» Las potencias no han podido ejecutar su
» programa a causa de la confusión reciente.
» Pero no cabe desconocer la existencia de un
» hecho que en medio de ella se destaca: *el*
» *crecimiento de un poderoso movimiento na-*

»cionalista que pide para China la igualdad
»con las otras potencias. No comprenderlo y
»negarle simpatía sería contrario a las verda-
»deras intenciones de las dichas potencias. El
»Gobierno de Su Majestad sugiere a éstas la
»idea de publicar una declaración conjunta ex-
»poniendo la situación, manifestándose dispues-
»tas a ir a la revisión de los tratados tan luego
»haya en China Gobierno con quien tratar, y
»anunciando su propósito de seguir una polí-
»tica constructiva en la que se dé plena satis-
»facción a las aspiraciones del pueblo chino,
»abandonando la misión tutelar y la pretensión
»de que los actuales tratados sean inviolables
»e intangibles.»

Hasta aquí las generalidades.

El documento, como todos los de de la casta, carece por completo de sentido común. Sólo con reconocer que ahora es cuando van a seguir las potencias en China una política constructiva queda juzgado. En esto, en la declaración de que ellas (las de la política hasta ahora no constructiva) velarán por el mantenimiento de la integridad e independencia de China, y en todo lo demás, recuerda el *Memorándum* asiático tantos otros también asiáticos, o africanos, o americanos, en el que con las mismas hipócritas palabras se ha dejado a Turquía, a Egipto,

a Marruecos o a Nicaragua (1) sin integridad ni independencia. Todos estos documentos claramente se ve que son hijos de los mismos padres.

Después el memorándum proponía que se autorizase a China a aumentar los derechos de aduanas, mas para dedicar el nuevo ingreso a la construcción de ferrocarriles y otras obras útiles, con lo que se confirmaban a sí mismas en aquella misión tutelar que declaraban renunciar. Además empleaban la tutela en defender sus propios intereses materiales, no los de China, pues la construcción de ferrocarriles era negocio europeo. También aconsejaban a los chinos la consolidación de la Deuda. ¡Otro negocio! En cambio, renunciaba el Gobierno inglés a la intervención financiera, posible en 1921 (acuerdos de Wáshington), pero imposible (confesaba) en 1926. El Gobierno de Cantón acaba de establecer, por sí y ante sí, los nuevos impuestos aduaneros, a lo que las potencias habían opuesto una protesta colectiva. La Gran Bretaña declaraba en el *Memorándum* que se adhería a la protesta sin aprobarla, y convencida de que no es posible ya sostener los an-

(1) Véase sobre este asunto el libro del señor Gonzalo de Reparaz, editado en esta misma colección, (*Nota del editor.*)

tiguos tratados en toda su integridad. Conviene mantener el principio de respetarlos, pero aceptando al mismo tiempo el de renovarlos, pues hay en ellos cláusulas demasiado rancias.

Esto era ya cambiar de política y entrar en el camino de las concesiones.

Pero el gobierno cantonés no se dió por satisfecho y rechazó el *Memorándum*.

Inglaterra envió un nuevo representante a China, míster Miles Lampson. Pero éste, después de desembarcar en Shanghai, no tomó el rumbo de Pekín, sino el de Hankeu. Coincidieron con él los representantes del Japón y de los Estados Unidos. Ya para entonces había trasladado el gobierno cantonés su residencia a Wu-Chang, una de las grandes ciudades que componen la trinidad urbana mencionada. La llegada de la trinidad diplomática era como un reconocimiento tácito de la China del sur por las tres principales potencias interesadas en China. Y, en efecto, allí quedó muerto, tras proli-

jas negociaciones, el derecho de los europeos a vivir en China en barrios propios y regidos por autoridades propias.

El principio de China para los chinos triunfaba, no sin cierta extrañeza e inquietud de americanos y europeos.



VI

LA AGONIA DE LA DICTADURA

Los generales que se habían apoderado de la China del Norte depusieron sus rivalidades ante el común peligro cuando vieron a los nacionalistas dueños del Yang-tse. En noviembre reuniéronse en Tientsin bajo la presidencia de Tsang-Tso-Ling, a quien habían llamado por telégrafo ofreciéndole el puesto, ésto es la jefatura de la coalición. Dirigía la maniobra Soen-Chang-Fang, gobernador de Chan-Tung y por mal nombre «Saco de embustes». En el telegrama se le ofrecía el mando del ejército de todos los mariscales unidos, el cual se había de llamar «Am-Kou-Kiun», o sea «Pacificador del pueblo». «Aseguramos a vucencia—añadían los confederados—que nuestra lealtad durará lo que dure el sol en el cielo.»

Verificóse con toda solemnidad la investidura el 2 de diciembre, ante una mesa cargada del incienso ritual. Tsang-Tso-Ling, vestido de paisano, estaba de pie entre su hijo, el victorioso Tsang-Tsue-Leang, y el general Han-Lin-Kiun. Habiendo jurado Tsang-Tso-Ling exterminar a los rojos, el maestro de ceremonias leyó cierta oración escrita en un papel, el cual quemó luego. Estaba cumplida la ceremonia.

Tsang-Tso-Ling se arrodilló, oró, fué a ponerse el uniforme de gala, volvió muy satisfecho, sentóse en la presidencia e hízose cargo del nuevo sello. Inmediatamente tuvo que usarlo, porque los dos generales que principalmente habían contribuído a su nombramiento tenían ahora que ser agraciados con el título de lugartenientes suyos, pues no sólo de gloria y honores vive el hombre. Los agraciados fueron Soen-Chang-Fang y Chang-Song-Sang.

Tsang-Tso-Ling dió luego a luz el consabido manifiesto patriótico:

«Mi único objeto — decía la proclama — es dar
»a la paz del país asiento firme y duradero,
»prescindiendo de toda ambición personal.
»Apenas haya terminado la campaña que voy
»a emprender contra los enemigos del orden,
»convocaré una asamblea compuesta de los hom-
»bres de mayor talento y ciencia que haya en

» China, de modo que nazca de ella una verda-
» dera república democrática, y los descendien-
» tes de una de las razas más civilizadas y favo-
» recidas del mundo se salven del diluvio y de
» los monstruos (1), así como de la rechifla uni-
» versal y del desprecio del mundo.»

Tomóse también la resolución de organizar un ejército de propagandistas encargado de contrarrestar al que precedía, acompañaba y seguía a las tropas del sur.

Pero si en fuerzas armadas parecía superior el bando septentrional, en fuerzas espirituales su inferioridad resultaba evidente. Era un cuartel, mientras que en el Yang-tse, y de allí hasta Cantón, una nación entera, formada por más de cien millones de personas, se erguía, viril y entusiasta, toda al servicio de un alto ideal: independencia y renovación.

Inglaterra no se dejó engañar por los aprestos bélicos de los mariscales. A los quince días del manifiesto la Cancillería británica publicaba el *Memorándum* arriba extractado, y bus-

(1) Alusión, habitual en estos casos, a los clásicos desmanes de los ríos chinos.

caba la solución del problema chino en el sur, no en el norte, enviando, como hemos visto, su nuevo ministro a Hankeu, y siguiendo allí, y en Wu-Chang, las negociaciones sobre los derechos de aduana, las residencias, etcétera.

Por otra parte, tampoco la energía de la acción correspondió al vigor de las expresiones. Aunque la marcha de las operaciones en el bajo Yang-tse estaba pidiendo una ofensiva fulminante, los mariscales acordaron no entrar en campaña hasta la primavera. Al mismo tiempo intentóse muy secretamente un acuerdo entre Tsang-Tso-Ling y Kiang-Kiai-Chek.

Lo esencial (decía el primero) era la unión de los chinos frente a los extranjeros. Pero él nunca transigiría con el comunismo. Esta era la gran plaga que había que combatir. Desechase Kiang-Kiai-Chek la compañía de los comunistas y vería qué fácil les sería entenderse.

El mariscal cantonés no rehuía la conversación, pero aunque poco dispuesto a dejarse gobernar por los elementos avanzados de su campo, tampoco prescindía de ellos. Parece que éstos, sabedores de que había tratos y de que iban y venían mensajes, llegaron a desconfiar y manifestarse descontentos. Pero de diciembre a marzo la táctica dilatoria seguida por el general cantonés en el terreno político, no en el

militar, ha tenido esta consecuencia importantísima: las operaciones bélicas han producido la caída de Shanghai y de Nankin (segunda quincena de marzo).

El daño estratégico es irreparable.

No sólo queda confirmada en los campos de batalla la superioridad de la China del sur sobre la del norte, sino también en el económico. Mientras los cantoneses cuentan ahora con los recursos pecuniarios de las principales aduanas de la República, los mariscales se quedan pobres, lo cual es una enorme contrariedad para caudillos militares que no cuentan con más entusiasmos que los bien retribuidos. Hoy, Tsang-Tso-Ling y sus confederados, aparte Wu-Pei-Fu, que no se sabe por dónde anda, se encuentran en vísperas de suspender el pago del sueldo a sus mercenarios. Su ejército, por tanto, está amenazado de disolución. Sólo puede subsistir si las potencias extranjeras se deciden a subvencionarlo. Pero ¿cómo mantener entonces la comedia del patriotismo nacionalista?

No. El que tiene razón es Borodine, el cual dijo, poco después de la toma de Hankeu:

—El Gobierno sudista de hoy será el Gobierno de la China mañana.

Ese mañana se acerca rápidamente.



VII

LA AURORA ROJA

I

Los hechos históricos nacen unos de otros, enlazados como los eslabones de una cadena. La aurora roja que apunta siniestramente en el horizonte es la consecuencia directa de la estúpida guerra universal, producto de la incapacidad y de la inmoralidad de las altas clases directoras de la civilización blanca.

Lenine y el bolchevismo no son causa del alzamiento del mundo asiático y africano contra ella. Son órganos de una función que aquel cataclismo ha provocado.

No publico esta verdad ahora, *a posteriori*. La prediqué en plena guerra, y apenas acabada ésta. Me tomaré la libertad de repetir lo que escribí de 1917 a 1919:

«Nuestra civilización hase convertido en una

» orgía de gozadores sin alma, para los que el
» único templo es la Bolsa, la cotización de va-
» lores públicos el único libro santo, y las mo-
» nedas y papeles cotizables las únicas reliquias.

» ¿Cómo no había de resolverse todo este
» concurso de pasiones bajas y viles en un ca-
» taclismo económico del que saliesen todos los
» pueblos blancos arruinados? »

.
» Más de setecientos millones de amarillos (y
» razas afines) y casi doscientos millones de ne-
» gros, juntamente con los berberiscos y árabes
» del Atlas, saben hoy de ciencia cierta una cosa
» que antes no sabían, ni siquiera se atrevían a
» pensar: que poniéndose a ello, y teniendo
» buenos jefes y armamento, pueden matar euro-
» peos a su sabor, y que un blanco no vale más
» que un africano, un asiático o un oceánico.

» Esta doctrina, que prácticamente les ha sido
» enseñada por sus amos, será por ellos apli-
» cada en las costillas de los maestros, pero
» entre todos habremos pagado el curso.

» Los empresarios de la universal carnicería
» y del saqueo de Europa no deben, por tan-
» to, tenerlas todas consigo, pues han perdido
» el prestigio moral sin el que todo imperialis-
» mo es precario.

» Pero además se han quedado sin bandera

» para engañar a los pocos blancos europeos que
» crean en ellos después del chasco democrá-
» tico y pacifista que nos han dado.

» Hoy sólo dos grandes principios, quiero de-
» cir dos grandes dogmas, hipnotizantes y capa-
» ces de arrastrar a las multitudes, quedan en
» pie a la vista.

» El uno es la igualdad de todos los hombres
» sin distinción de colores ni de origen.

» El otro es la igualdad ante el derecho a la
» riqueza (o a la pobreza), es decir que todo es
» de todos, lo mismo en Montmartre que en el
» Kamtchatka.

» La primera de estas banderas la ostenta el
» Japón.

» La segunda Lenine y Trotsky.

» ¡Y ambas están en buenas manos! »

(*La derrota de la civilización.* — Barcelona,
1921. — Editorial Minerva.)

Así, si el comunismo se ha escapado de los libros y se ha constituido en gobernante y anda alborotando el mundo con una bandera es porque esta bandera se la han puesto en las manos

los que hoy se levantan contra él para exterminarle, haciendo de defensores solícitos del orden social.

¿Si todos los hombres son iguales ante la muerte (servicio militar obligatorio), por qué no han de tener el mismo cubierto en el banquete de la vida? (comunidad de bienes).

Quizás en la esfera de la razón tiene la pregunta explicación.

En la del sentimiento, no.

En la del sentimiento ¿quién convencerá a los hindúes de que habiendo dado a Inglaterra un millón de hombres para sacarla a flote del pavoroso conflicto en que se metiera por codicia comercial, arrastrando a él al mundo entero, no son ellos tan buenos como los ingleses, y para gobernarse a sí mismos mejores que ellos?

Pues ésta es la doctrina de Moskú, enseñada en centros científicos especiales, en todas las lenguas humanas: en inglés, en ruso, en alemán, en tibetano, en chino... y en árabe.

«Lenine no ha muerto, porque su pensamiento vive en nosotros (escribe el poeta persa Mirza Mahmed Ali Mokrana). Lenine veneraba al Islam y el Islam, a su vez, le venerará.»

«A la injusticia del gobierno satánico (gri-

»ta en la India con voz solemne y grave Gan-
»dhi, el político y místico oriental) el hindú
»debe responder con la *no cooperación*, con la
»ausencia de los tribunales, de las escuelas,
»de las asambleas y con la huelga de los con-
»tribuyentes.»

Toda la India está conmovida. Han estallado motines en Bombay, Lahore, Amritsar. En esta ciudad, para castigar a los que se habían reunido sin permiso del gobierno inglés, hacen las tropas metropolitanas una matanza de ciudadanos inermes: trescientos setenta y nueve muertos; mil doscientos heridos.

Contra el gobierno satánico únense entonces brahmanes y musulmanes (tregua de Simla, abril 1921). Abdal-la Surawardi, vicepresidente de la Asamblea semielectiva convocada por el Gobierno inglés, declara, preso Gandhi:

«Todos los pueblos de Oriente aspiran a la
»independencia. Todos la conseguirán, aun-
»que por diferentes caminos.»

A lo que añade Das, jefe hindú:

«La constitución otorgada no vale nada.»

«No somos nación; queremos serlo.»

«Queremos mejorar la condición de las clases humildes.»

«Si se nos niega justicia no pagaremos ninguna contribución.»

Estas declaraciones son de agosto del 26.

Ya para entonces avanzaban sobre el Yangtse las huestes cantonesas, parientes por la sangre, hermanas por las doctrinas, vecinas por la Geografía, resueltas a rescatar a China de manos de los bárbaros occidentales y de los mariscales del norte, instrumentos de esclavitud en manos de aquéllos.

Paralela marcha llevaba aquí, más cerca de nosotros, la lucha de Egipto con la opresión inglesa.

Inglaterra prometiera a los egipcios, en las horas angustiosas de la guerra, la plena independencia si la ayudaban. Los egipcios ayudaron con hombres y dinero. Inglaterra no les dió la independencia. Protestaron. Agrupáronse, amenazadores, en torno de Zaglul. En 1923, el virrey, lord Curzon, consultado por su Gobierno sobre lo que se debía hacer, contestó:

«Mandar a Egipto ciento cincuenta mil hombres o la independencia.»

Los ingleses discurren generalmente con lucidez. La ofuscación de creer que salvaban su industria, su comercio y su marina mediante una guerra destructora, es un caso notable de invasión del terreno de la razón por una oleada sentimental, es decir irracional. Estaban a la vista las consecuencias, y los ingleses habían

aprendido la lección. Aplicar la doctrina, cara a otras naciones, del último hombre y la última peseta, habría sido una idiotez. Mandaron la independencia.

Pero una independencia atenuada, condicionada, que los egipcios sólo provisionalmente toleran, pero que no aceptan. El antes sumiso *fel-lah*, apático e indiferente, es hoy antiinglés. Un odio general contra los occidentales envenena el alma egipcia. Están, además, convencidos los egipcios de la irremediable decadencia de Europa. Sólo la prosperidad inaudita del país aplaza la catástrofe, pero el día de una nueva guerra la Gran Bretaña los tendrá dispuestos a aprovechar el primer resbalón del opresor para sacudir el yugo.

Y ese primer resbalón acaso está en vísperas de darlo en China.

Por tanto, la llamarada que se levanta en el horizonte, iluminándolo siniestramente, comienza en el Mediterráneo, aquí, cerca de nosotros, más cerca de lo que el vulgo piensa, y corre con dramática creciente intensidad hasta las

orillas del Mar Pacífico (ya despacificado) y del Océano Indico, donde comienza a arder el Imperio insular holandés.

Y mientras los europeos, incapaces de aprender, inaccesibles al escarmiento, se arman patrióticamente hasta los dientes, disponiéndose a caer unos sobre otros (por los petróleos de Albania, o por otros motivos igualmente nobles y elevados), las tropas de Kiang-Kiai-Chek se instalan en Nankin y en Shanghai, restableciendo allí el orden según van barriando ante sí los restos de las indisciplinadas tropas vencidas, que han cometido, como es de rigor en tales casos en todas partes (quiero decir cuando un ejército se descompone y trueca en horda), todo género de desmanes.

Tres opuestos odios envenenan en este momento el conflicto, oponiéndose a una solución pacífica :

El odio del chino oprimido al extranjero hasta aquí opresor, principalmente al inglés, que en China, como en la India y Egipto, es el más aborrecido de los europeos.

El odio del europeo, sobre todo del inglés, al chino rebelde que recobra la dirección de sus destinos arrebatándole el magnífico negocio que hasta ahora usufructuara, y que se cifra por miles de millones anuales. Sólo el comercio que

los europeos hacen en los puertos chinos pasa de tres mil millones. Añádase el rendimiento de los infinitos negocios industriales (fábricas de tejidos, de máquinas, de material de ferrocarriles, de armas, renta de la deuda, etcétera).

El odio de los mariscales, contratistas del magno negocio militar.

De la importancia de éste podrá juzgarse por la siguiente cifra: Tsang-Tso-Ling, ex bandolero mandchuriano, posee hoy un capitalito propio, calculado en cincuenta millones de dólares. Compréndese, pues, que su acendrado patriotismo no le consienta ceder el puesto al perverso comunismo de los hombres del sur, protervos alteradores del orden social y enemigos de la acumulación de la riqueza.

La embriaguez de la victoria conseguida impulsa a las masas vencedoras a expulsar, sin más trámite, a los europeos, de las concesiones. El Gobierno, o sea Eugenio Chen, ministro de Estado, y Kiang-Kiai-Chek, generalísimo, quieren llegar a ese resultado mediante negociaciones. La muchedumbre no quiere esperar. Estos

que no quieren esperar son los calificados de extremistas y ultracomunistas por la información periodística, intentándose contraponerlos a los moderados que siguen al Gobierno.

Me parece que la diferencia viene a ser más de conducta que de doctrinas, y que la divergencia entre los que dirigen y los dirigidos es, en este caso, un fenómeno natural. Los unos empujan en reuniones públicas, alborotos callejeros y aun agresiones a los extranjeros. Los otros contienen, encauzan, negocian.

Los amenazados, acostumbrados hasta ahora a ser respetados y aun temidos, y a creerse inviolables e invulnerables, no se resignan a su nueva situación, no ya de iguales, sino de inferiores, y menos aún a la amarga perspectiva de enormes daños materiales, y teniendo a mano cañones y soldados persisten en la costumbre de emplear la fuerza contra el indígena, sin considerar que éste es ahora el más fuerte. El bombardeo de Nankin es una repetición, muy agravada, del de Uan-Sian, de que arriba hablé. Con actos de éstos se ayuda a la oleada bélica china, exacerbando a la muchedumbre, que acabará por arrollar al Gobierno.

Y, finalmente, los mariscales, viendo venir el conflicto, se aprestan a continuar su negocio ofreciendo sus espadas a las potencias para dar

cruda muerte al dragón del comunismo que, dueño ya del sur de la China, amenaza devorar al mundo. Pero ellos salvarán al mundo. Para el heroico salvamento bastará que las potencias, paladines de la civilización, según es sabido, les faciliten sin regateos el nervio de la guerra, o sea buenas sumas de dinero.

Por otra parte, Moskú, ardiendo en júbilo, celebra con iluminaciones y otras fiestas el triunfo de Kiang-Kiai-Chek, que es para ella el triunfo del comunismo sobre el capitalismo, o para decirlo de otro modo, de Rusia sobre Inglaterra. Pero Inglaterra, por la voz de sus gobernantes, acusa a Rusia de empujar a los chinos contra ella y de propaganda separatista en el Imperio inglés; los Estados Unidos y el Japón aumentan sus escuadras en las aguas chinas; los jefes de las fuerzas navales británicas y norteamericanas delante de Nankin conferencian cual si se confabularan para una acción común, al propio tiempo que las muchedumbres de las ciudades recién ocupadas dan muerte a muchos europeos, asaltan los consulados y se muestran cada día más agresivas contra las concesiones.

Así las cosas, Tsang-Tso-Ling echa la culpa de todo a los bolcheviques, confirmando, con singular oportunidad, las acusaciones de lord Birkenhead y de otros; afirma que los suce-

sos de Nankin (muerte de muchos europeos, asalto de los consulados de Inglaterra, Norteamérica y Japón) ocurrieron por no haberse tenido en cuenta sus consejos, añadiendo (ante los corresponsales de la prensa extranjera en Pekín, para que el mundo entero lo sepa) que está dispuesto a defender y amparar por todos los medios a su alcance las vidas, bienes e intereses de los extranjeros residentes en China (de los chinos muertos en los últimos bombardeos nada dice) en los territorios sometidos a su autoridad, y a luchar contra el bolchevismo, no sólo con todas las fuerzas de que dispone, sino con otros ciento cuarenta mil hombres que tiene en Mandchuria, y que aun no han sido movilizadas. ¡Ha cambiado súbitamente de orientación!

¿Estamos en vísperas de una coalición de los pretorianos del norte con las potencias extranjeras que pretenden mantener bajo su tutela a la inmensa China para seguir explotándola?

Es posible.

Ahora, para terminar, diré en qué consiste ese tremendo bolchevismo cantonés que tales sustos produce a Inglaterra y a las demás poten-

cias y tan indignados tiene a Tsang-Tso-Ling, el de los cincuenta millones de dólares, y a su compañero, el de las cincuenta concubinas, dispuestos hace quince días a unirse a Kiang-Kiai-Chek contra los extranjeros.

Convocación del pueblo a unas Cortes, apenas terminada la campaña, para establecer libremente el gobierno de la nación.

Abolición de los tratados desiguales y substitución de ellos por otros, negociados de igual a igual.

Retirada de todos los ejércitos extranjeros.

Abolición de la jurisdicción consular y de las concesiones territoriales.

Independencia aduanera.

Restricción de las misiones, bancos extranjeros y de la emisión de billetes por los mismos.

Prohibición de que los extranjeros sean propietarios en China.

Prohibición del uso del opio y de su cultivo.

Concesión de la autonomía administrativa al pueblo, el cual tendrá el derecho de elegir a los gobiernos y magistrados provinciales.

Promulgación de nuevas leyes sobre el trabajo y regularización de las que rigen las uniones del trabajo y de las fábricas.

Reconocimiento de la igualdad de derechos

para hombres y mujeres y derecho de éstas para votar y ser elegidas.

Mejora del sistema monetario y reducción de la emisión de billetes de banco.

Tal es el programa de los revolucionarios cantoneses, del que los tres Min no pasa de un extracto para uso del pueblo. Me parece perfectamente razonable. En sí mismo nada tiene de revolucionario, pero comprimido por los explotadores del pueblo chino que intentan ahogar sus justas reclamaciones para continuar explotándole, estallará, produciéndose entonces, tras la guerra costosa y sangrienta, la verdadera revolución, la que podría ser que sacudiese al mundo entero.

En la aurora de ese nuevo día estamos.

FIN

COLECCIÓN NUEVAS IDEAS

CUÁL ES MI FE. LA IGLESIA Y EL ESTADO, por *León Tolstoi*. Profesión de fe por el gran pensador ruso. Obra inédita en español.

EL IMPERIALISMO YANQUI, por *Gonzalo de Reparaz*. La lucha por el petróleo. La intervención en Nicaragua. El conflicto latente con Méjico. Juicios de gran actualidad por una autoridad en la materia como el Sr. Reparaz, que conoce el asunto a fondo por haber residido en América largo tiempo.

ITALIA FASCISTA, por *Juan Chabás*, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Génova. Análisis imparcial, pero vivo, animado, del régimen fascista. Estado cultural de la Italia de hoy. Una fuente de provechosas enseñanzas para los interesados en cuestiones internacionales y sociales.

LO MEJOR DE LA VIDA. FILOSOFÍA PARA USO DE TODOS, por *Arnold Bennett*. Un libro con sentido común. Estilo claro, alegre, humorista, pero serio y con mucho fondo. Un libro para comprender la vida y sacar de ella el mejor partido posible.



Se encuentran estos libros en las librerías de España y América, y están publicados por

EDITORIAL MENTORA, S. A.

Rosellón, 154. — BARCELONA